

QUIJOTE 44

Dedico la obra entera a la memoria
de Alma, que tanto me instó a que
la llevara a cabo.

"Ahí van las ansias más,
presentes y las pasadas;
do más vivas que pintadas
hallaréis mis fantasías,
de mi mano trasladadas".
(Juan Boscán – "Coplas")

PRIMERA SALIDA

A la memoria de Ralph Cowling.

"Ni mármol duro y eterno,
ni música ni pintura,
sino palabra en el tiempo".
(Antonio Machado – "De mi cartera")

ARTURO DESPOUEY

QUIJOTE 44

Novela

Prólogo:

PRIMERA SALIDA

Este relato es el prólogo de una trilogía – “Quijote 44” - en la que se sigue la transformación de un sudamericano en “ciudadano del mundo” y su áspero acceso a la madurez de espíritu y a la "conciencia cósmica" del hombre actual. El Londres de la segunda guerra mundial, el París de la liberación y el Nueva York del comienzo de la era atómica son los escenarios principales de la historia; tres lugares determinantes de un proceso que los traspasos de nuestra civilización acucian de una manera tan dramática como inevitable

En preparación, "LARGA NOCHE DE LONDRES”.

PRIMERA SALIDA

Parte I:

Barco en cuarentena

No sigas rutas terrenales.
Gobierna sobre el mar tu huída.
(Ramón Pérez de Ayala - Poema)

Guy Delatour acabó por fin de subir la planchada del barco. Sólo dos de los amigos que habían venido a despedirlo quedaban de pie en el muelle. Como un caballo que derramara la vista, el viajero vio un brazo levantado en un último adiós, y sin volverse sacudió la cabeza en un movimiento negativo, súbito, casi un tic. Enseguida se arrepintió de haber obedecido instintivamente las consignas de la partida; su disimulo de espía de cine le resultaba ridículo allí, en aquel paralelo, con aquella luz tibia y llena de amnistía de la primavera flamante.

Aquel no era tampoco el momento de abandonar la ingenuidad con que se había producido toda su vida, esa ingenuidad que lo había forzado casi a decir a gritos, siempre, todo lo que

pensaba, como quien tiene prisa por aclarar que no espera nada de nadie; si acaso era el momento de empezar a esgrimirla. Iba a vivir bajo otros signos, en otros aires, manejando otro idioma; a vivir tout court, quizá. Pero en esto no podía pensar aún; primero tenía que convencerse de que partía. Salir, huir de la ciudad afectuosa y casi mediterránea de planta; huir de su gente, tan llena de espíritu de libertad pero también de egocentrismo y de doblez, de ingenua y agresiva pedantería. “Momentos iniciales o palingenésicos”. La frase de Rodó le vino a la mente y lo hizo sonreír.

La agonía que lo hacía levantar la testa encabritada por aquellas calles, la anécdota melodramática de su juventud, la convivencia con la locura, la encendida disputa doméstica y la sucesión de horas de zozobra en clínicas y hospitales; toda aquella larga pesadilla quedaba compensada por este momento en que, sin imaginarlo, empezaba a convertirse en un mito entre los suyos. (Para que pueblos esencialmente mitómanos, como los rioplatenses fabriquen un personaje legendario sólo se necesita una buena medida de contradicción en la vida de un hombre – como la había en la suya – y otra de distancia, esa distancia capaz de conferir a un simple compañero de clase el prestigio de un extranjero que tiene el talento de mantenerse siempre en el extranjero). Pero además él se saltaba la barrera de la crítica, de la censura – suprema gimnasia mental de aquellas tierras – para plantarse en el ruedo de la acción, y no de una acción solita, como la de los profesionales en corredores de clínicas o en bufetes polvorientos. Ahí estaba toda la diferencia. La clase de acción que había elegido era el tomillo, el hinojo, el cilantro que aderezarían luego el mito.

Acción. No más frases para Guy Delatour; no más desesperación traducida en un discurso que algunos calificaban como una mezcla de la burla de Oscar Wilde y el deslumbramiento recóndito de Mallarmé, y otros, más modestos, como el arte de abofetear a los demás con un guante de terciopelo, como si les hiciera una caricia mal disimulada. No más frases; entre ingleses no necesitaría hacerlas. Ahí estaba en lo alto de la planchada. Nada habría podido hacerlo mirar atrás. Salía, se iba; se iba para siempre.

Aquel 28 de setiembre el aire se dejaba respirar cortésmente en todo el Plata y la tarde estaba organizando, en rojos y violetas, esplendores de despedida que en sus costas pasaban generalmente desapercibidos; pero el puerto se hallaba más desierto que nunca. ¿Sería un agente del Tercer Reich alguno de los siete u ocho viandantes aburridos que se paseaban por allí? ¿Era posible que alguno fuera a seguir con sus anteojos el barco en que montaba Guy en ese momento y luego telefonara a algún número de la otra orilla la hora exacta en que llevaría anclas? La idea no lo preocupó. Valía la pena de pagar con la vida, pensaba en este momento por primera vez, aquella “chance” de partir. Porque él sabía – eso sí lo sabía bien – que en

aquella plácida primavera de 1942 Buenos Aires, con Dublín y Lisboa, era uno de los tres centros de espionaje más importantes con que contaba el Eje en el mundo occidental.

Si muchos de los pasajeros de su barco se hubieran enterado de lo bien organizados que estaban los agentes de la capital argentina y de la mortal eficacia con que mantenían informado a Berlín hora tras hora, quizá habría sufrido un síncope fatal el impulso que los llevaba a Inglaterra. Síncope, no de su coraje, sino de su sentido práctico; si morían en el océano no se cumplía el propósito que los llamaba al solar nativo: no podrían estar allí para resistir, con la tibia animación de quien acaba de tomarse una taza de cocoa – esa animación inglesa llena de risas aspiradas y de “yes, yes” tragados hacia adentro como si se padeciera de aerofagia – a un enemigo borracho con la idea de la victoria. Se hablaba de nazis. No eran sólo los nazis los borrachos; eran todos los alemanes que Guy había conocido, todos los que habitaban el Uruguay, y hasta los italianos de una ciudad del norte como Paysandú, aberradamente apostada, en aquel país tan democrático, a la carta del totalitarismo.

Los secretos bien guardados de la guerra quedan guardados por lo menos por cincuenta años; ninguna actividad tan meretriz, tan adventicia, tan insensata del hombre será tratada nunca con tanta discreción como ella, ni siquiera la que lleva a esos pactos oscuros con que los gobiernos compran tiempo para prepararse a hacerla. Pero de los varios secretos bien guardados de esa guerra que ya había llegado a las puertas del Plata el que lo estaba mejor hasta entonces era el del número de barcos aliados hundidos por el enemigo en ambos Atlánticos – norte y sur. Ni a uno ni a otro bando le convenía publicarlo; lo que se iba sabiendo cada vez mejor era la impunidad con que, como lobos sueltos en el medio de un rebaño, los submarinos del Eje salían a la superficie en medio de un convoy y hacían que el océano se tragara todas las noches cinco, seis, siete barcos enemigos.

Un mes atrás, el tema había saltado a la superficie de una conversación gris en la gris oficina de Guy. Esa mañana la Legación Británica lo informó por teléfono de que debía preparar su partida en 48 horas. En torno a él se formó un pequeño revuelo. ¡48 horas para obtener un pasaporte y para renunciar a sus cargos! Cargos, sí, cargos en plural; se era empleado público por un derecho adquirido al nacer; se era periodista para tener localidades gratis para los espectáculos; se era otras cosas para pagar lo indispensable: las copas del café, las habitaciones de las “maisons meublées”, las flores que había que enviar a las dueñas de casa excusándose por no ir a sus cenas. Estas dos o tres cosas tenían siempre postulantes de sobra; todo el mundo se cree con derecho a todo; el caso era encontrar la forma de que lo sustituyeran – literalmente – de la noche a la mañana.

Estos ingleses. 48 horas para conseguir dinero que dejar en su casa y para mandar hacer ropa nueva; 48 horas para dejar toda una vida atrás. Porque – quedara en el Atlántico o bajo los escombros de alguna casa victoriana, o simplemente emergiera a un destino distinto en un mundo distinto – el caso es que sin proponérselo, como una voluntad de sus fibras más íntimas, más señeras, el viajero sabía que se iba para siempre.

Este era un secreto que había logrado guardar tan bien como el mundo en general guarda los de la guerra. Ojalá hubiera seguido la misma suerte de la serie de ráfagas o tormentas de angustia que le sacudían de tanto en tanto y de las que daba minuciosos partes meteorológicos ante cualquier interlocutor de café. Guy Delatour. ¡Qué montevideano podía ser a veces! ¡Y hasta qué punto podía olvidar que para un latino, por más radioescucha que se sintiera, sólo tenía magnitud el drama personal, la anécdota propia! Ya podía él decir por ahí que se consideraba un error geográfico; ya podía decir también que la ingeniosa maledicencia casaba mal con la confesión compulsiva. Él, casi siempre sin darse cuenta, las practicaba con idéntica pasión, como si fueran dos virtudes cardinales. Todavía ignoraba él que hubiera una esquizofrenia rioplatense, y que su propia contradicción formaba parte de la actitud general. Sabía, sí, que había que cambiar de aire; sólo si cambiaba de aire podrían desaparecer para siempre aquellas angustias, confesiones, raptos de ironía y de miedo que componían su máscara de Jano. ¿Sería demasiado tarde para curarse? Sabe Dios. El primer paso era irse, eso sí; y por lo menos este paso había llegado a darlo.

Una vez tomada su resolución, todo bajó de volumen. O instintivamente empezó Guy a callar su intención de hacer definitiva la partida. ¡Qué tortura la de callarse; qué tortura no vomitarle a cualquiera, en cualquier mesa de café, los sueños íntimos, los planes locos, las variaciones de la anécdota doméstica! Una tortura conllevada con buen ánimo – y buenas razones – por él; la idea del exilio profesional a perpetuidad habría angustiado a Silvia – su hermana menor – o irritado a no pocos amigos y conocidos que, por más mal que la vaya a uno en su propio país, consideran que es deber del hombre soportarlo todo de sus conterráneos hasta el fin.

La mañana en que le dispararon telefónicamente la fecha de la partida una compañera de oficina, irrevocablemente casada y decidida a no enterarse del grado de afecto que Guy sentía por ella, le había dicho.

“Delatour: hay algo que yo no entiendo muy bien. Ud. sabe lo que pasa en el Atlántico, lo tiene que saber”.

“Lo sé”.

“Lo sabe o igual se va”

“¿Por qué no?”

“¿Pero Ud. es un héroe!”

“¿Qué me quiere decir con eso: que soy un inconsciente, un hombre con ganas de morir?” Ella rió. “No se preocupe. En la Legación me aseguraron las otras tardes que hace semanas que no se le ve el periscopio a un submarino”,

”¿Qué hipócritas!” comentó la chica sonriendo.

“Hipocresía es el nombre que la discreción tiene en estos países. Pobres ingleses, pero sobre todo, pobres do nosotros” dijo Guy con el aire terminante con que desde hacía un año se enfrentaba a la anglofobia rioplatense.

Aquella palabra grandilocuente de su compañera – "héroe" – le hizo subir los colores a una mejilla interna en que el rubor era más candente que si le hubiera dicho “ladrón”. ¡Héroe! ¿Dónde? ¿Cómo? Aun cuando todos sus poros le gritaban que no pasaría nada, si 48 horas antes le hubieran echado las cartas y dicho que naufragaría Guy, que era ateo y supersticioso – y a mucha honra, pensaba desde aquel paralelo 35 – habría ido a la Legación a comunicar que al viaje quedaba sin efecto. Un año atrás le trazó con sotas, bastos y espadas el mapa de su destino inmediato un su amigo, ex-Jefe de Policía de Montevideo. Había un viaje a Europa, sí; pero ni un solo naufragio en aquellos mares misteriosos de la baraja agorera.

Y ahora él se iba sin decir adiós a aquel hombre que era un mentís más a los pronunciamientos irrevocables de la fisionomía: aquel hombre que tras la máscara feliz del niño indio mimado por los vientos del llano ocultaba mal la percusión de un alma apasionada, disparada hacia las mejores lealtades, terriblemente conciente del milagro que es ir creciendo por dentro. Por los azares y misterios de la lucha submarina un artista del adiós como Guy perdía ahora oportunidades casi necrológicas, como la de decir su admiración por aquel personaje tan poco policíaco. Lástima. Aquel amigo apreciaba de verdad la imaginación con que Guy, sin que nadie lo invitara a hablar, se había pronunciado sobre la muerte en una serie de discursos fúnebres llenos de temblor y de protesta: protesta contra discontinuidad de la vida, contra su desorden, más que tentativa de reconocer por intuiciones la clave verdadera de la existencia humana.

La predicción del amigo le había saltado a la conciencia al oírse llamar “héroe”. De todos modos, la catástrofe máxima que aquel cartomanciano “amateur” le había predicho era el matrimonio con una española de armas tomar. “Héroe”. ¡Qué sarcástica equivocación de identidad! Todavía no se había dicho a los cuatro vientos que el heroísmo era un miedo trascendido; y aunque él lo hubiera sabido en el plasma de su sangre, Guy habría estado seguro de no poder trascender el suyo.

Ahí, desde luego, se pasaba de inocente. Toda su actuación en Montevideo, todas sus actitudes de desafío a la pequeña burguesía de la ciudad, ¿qué eran sino maneras de trascender aquel miedo a la opinión pública que tantas veces le congelaba la médula espinal? ¿Qué otra cosa que desafío, lucha, síntoma de superación de su miedo era lo que Montevideo consideraba un disfraz – sus ropas de “dandy” – y aquella rectitud monolítica con la que pasaba por entre los cerros de una vereda sin mirar ni a derecha ni a izquierda; la misma rectitud de su madre, heredada, sin duda, como la escoliosis que la había motivada inicialmente, pero también afinada, subrayada con obstinación por él mismo?

De tal pasta improbable – y mucho más – estaban hechos muchos bustos adornados “post mortem” con el esquivo laurel del héroe. Pero esto también lo ignoraba Guy Delatour. En todo caso, la antítesis bastaba para hacerlo, si no antipático, chocante como personaje. Lo mejor que pensaba la gente de él es que tanto el atuendo físico como el intelectual que les presentaba todo el tiempo respondían a una postura, eran cosas impostadas, “factices”. Nadie habría podido prever la leyenda que el tiempo tejería en torno a un personaje tan poco representativo de las esencias locales. Poca vista de la gente. Aquel tipo espiritado, consumido, irónico, ardido y ardiente por dentro podía ser muy bien un error geográfico de primer orden; pero la hostilidad, la controversia, son buenos cimientos sobre los cuales levantar los lentos mármoles del mito.

Las que Guy despertó tenían ya antecedentes de infancia. Una mañana, creyéndolo completamente dormido, una tía suya venida a casa de su abuela en una de sus visitas periódicas desde Paysandú había lanzado la primera ráfaga del sibilante viento norte que luego se levantaría ante el paso del hombre. Guy no estaba dormido; Guy la había oído demasiado bien. Para los lectores de Paul Bourget la especulación de la visitante podría ser simplemente un zarpazo de envidia; pero para él, en su propia vida y en aquella casa, sólo podía querer decir una cosa. Aun lo más torpes percibían la latitud de su miedo; aun los más torpes sabían qué inútil era disimularlo con palabras o actitudes desmesuradas.

“No me explico” había dicho la mujer con expresión atragantada y mirada de pollo hipnotizado, “que se haga con un chico lo que Joan y la Nena hacen con este pobre Guy, vaya Ud. a saber con qué motivos. ¿A quién van a engañar? Demasiado claro está que esas ideas raras que nos suelta se las han metido ellos en la cabeza la noche antes. Para que se luzca, claro. ¡Cómo si no supiéramos hasta donde puede llegar un chiquilín de diez años! Sólo un idiota creerá que son cosas que se le ocurren a él; pero aquí no somos idiotas. Me dejo cortar un brazo a que los padres lo tienen hasta la una de la mañana machacándolo y haciéndolo

repetir esas ‘ocurrencias’. ¡Ah, orgullo, maldito orgullo! ¡Las cosas que le hace hacer a la gente!”

Al oír la andanada Guy decidió que en el futuro – por lo menos la mayor parte del tiempo – se quedaría callado: si callaba nadie podría creer a sus padres capaces de la triste superchería. Ni se le ocurrió por un momento pensar que, después de todo, el trámite del que se los acusaba podía haber sido una forma drásticamente finisecular de educación. Pero, naturalmente, él era demasiado tartamudo como para mantener esa promesa: decir “Me quedo callado” era una cosa, y quedarse callado otra.

X

X X

A los 18 años este conflicto se había desvanecido para dar lugar al del atuendo. El disfraz de Guy – bando de independencia y rebeldía que casi cuatro décadas después, con caricaturescas variantes, había de hacer suyo en el mundo una juventud millonaria en número – era la manera más peligrosa que podía haber encontrado para afirmar su divorcio de un medio provinciano, crudamente provinciano, aunque en sus capas más altas se soñara parisino y “à la page”. Aun fijándose mucho, la gente apenas si ve la superficie de las cosas. ¿Qué decía la superficie de aquel muchacho – su bombín, sus bastones, sus polainas de “dandy” – contrastados con la modestia de su casa y la de sus empleos? Sin fortuna y sin derecho al ocio, tampoco había derecho ¡a menos que uno viviera en París! a una elegancia “à outrance” como la que, con su porte rígido y aparentemente orgulloso, les metía él por la nariz a las gentes en los hoteles, cines y confiterías de moda.

En realidad, la vestimenta del curioso personaje no era más que una réplica pasable de la de ciertos actores de cine, especialmente los hermanos Tom y Owen Moore y, mucho más adelante, Fred Astaire; la gente que vestía más a la inglesa y de una manera más conservadora; pero él no se detenía a pensar que lo que es conservador para Marlborough Castle o para el East Side de Manhattan, sólo parecerá aceptable en Calamuchita quince o veinte años después, cuando todos los jóvenes de ésta, obedeciendo a alguna misteriosa consigna de los tenderos, decidan un buen día ponerse una prenda que han venido rechazando furiosamente desde la adolescencia.

Y los que nunca habían oído hablar al muchacho, los que no lo conocían en aquel terreno inamovible de sus opiniones, lo hacían a un lado con la terminante etiqueta de exhibicionista. ¿Hasta dónde, en el fondo, podían tener razón? En Guy el dandysmo apareció compulsiva,

ineluctablemente, como la enfermedad heredada de su abuelo materno que en realidad era y también como la disculpa más plausible a lo que él consideraba su irredimible fealdad; pero sobre todo como coraza y desafío a la vida, que lo había dejado tan solo, tan sin interlocutor esencial, al morir su madre cuando él iba a cumplir apenas quince años.

De niño, en forma de sesudos profesores e insensatos compañeros, ese mundillo montevideano se había reído de la timidez y la tartamudez de Guy; de adolescente, se había reído de su fantasía, de su rara voluntad de crear en la conversación, por industrias retóricas o imaginativas, un ambiente de magia, de "esprit", de ácido ingenio, que les sacudiera a sus interlocutores del alma el polvo de la última derrota de Peñarol o los arrancara de su ensimismamiento frente al destino de la lista 14 en las elecciones. Sólo un loco procedía así; sólo un loco. Pero para los que se reían con él – y no de él – era “un loco lindo”, en el decir de las gentes del Plata. En este momento de partir los había olvidado a casi todos: sólo recordaba lo más ciego, lo más feroz, lo más hiriente de cuanto se le había dicho o hecho.

El mar lavaría todo aquello; aquel eczema juvenil de su rencor, aquella manera de llevar a Montevideo en su sangre como una enfermedad venérea. Por eso quería que el barco zarpara de inmediato; pero todavía quedaba aquella última postergación, aquel último compás de espera en la dominante de ironía con que se había orquestado siempre toda su vida.

¿Tenía razón el viajero? ¿Había alguna disculpa para aquella actitud suya? Sí, quizá una: la falta, entre las gentes que cultivaba, de mentores, de muletas, de ojos que supieran mirar pacientemente detrás de las fachadas de los hombres y rescatar al ahogado que iba hundiéndose secretamente dentro. La capital uruguaya – ciudad que sorprendía a actores, concertistas y conferenciantes europeos porque la “intelligentsia” afloraba allí en todas partes, refugiada extraterritorialmente hasta en el pecho de una vendedora de tienda o de un electricista – no se distinguiría por tirar piedras en la calle al “raro”, al “distinto”, como en una remota aldea baturra. Pero con toda la sensibilidad de cultura que temblaba en la sala de un teatro metropolitano al presentarse una Pavlova o un Rubinstein; con toda la admiración del público por el personaje de otras tierras, no había habido en las calles de Montevideo nadie capaz de decirle a Guy una cosa fundamental: cuando uno era culpable del crimen de ser “distinto”, como él, bastaba trasladarse a una gran ciudad, a una verdadera ciudad, para que la culpa se disolviera en el benéfico aire del anonimato.

Aquel pequeño país tenía poco más de cien años de existencia autónoma. ¿Quién podía exigirle cultura vital, sabiduría, en vez de mera información libresca? De buena fe, nadie. Estaba todavía en la antigua fortaleza española donde al enemigo se le echaba aceite hirviendo desde los balcones. El extranjero de aire, el hombre “factice”, era un enemigo del

mal gusto popular, de la suficiencia magisterial, del esfuerzo “honesto”, de las “estimables condiciones” de tanta gente que se creía con derecho a manosear a las musas, pero fuera de aquel ruedo estricto del arte, su corazón había estado abierto siempre a todo el mundo.

Y no en vano. Tanta gente pensaba en ese momento en él con simpatía; tantos estaban llorando su partida, que si hubiera podido verlos se habría quedado de una pieza. Pero no: ¡quién iba a creer semejante cosa! Aquel hombre que lamentaban no era él. Dos días atrás todavía le habían echado miradas escandalizadas al entrar en un café, y una señora “bien” le había dicho a su hija con una sonrisa de odio al verlo pasar: “Fijate. Mirá qué flacura, qué ojeras. Es cocainómano clavado: me juego lo que quieras”.

Las duras imágenes seguían desfilando por la cámara de sus recuerdos. Partir no era morir un poco; se moría un mucho. Pero aquella muerte sin paz de Guy Delatour era prematura; el alma se le desprendía del cuerpo antes de que hubiera cesado de latirle el corazón, se dijo, ya no con una sonrisa sino apenas con la sombra de una sonrisa, al llegar frente a la oficina del comisario de abordó.

Aun fuera de aquella ciudad, tan pequeña de ánimo y estreñida de perspectiva en la tercera o cuarta década del siglo; aun sin la personalidad de Guy, la suya no habría sido nunca una historia simple. “Todos los libra son histriones” dijo una vez la compañera de oficina que él tanto admiraba al saber que Guy cumplía años a fines de setiembre. “Benditos Libra” le respondió él pensando en la válvula de escape de la realidad que sus imitaciones y recitados le abrían en los momentos más críticos de su vida, y esto con público grande y pequeño, voluntario o forzado, porque su histrionismo era tan espermatorreico como su tartamudez.

Cuando a los 22 o 23 años se montaba en un escritorio de su oficina a bailar un “charleston” nadie veía esa forma desmesurada de alegría como lo que era; una voluntad animal de vivir, de seguir viviendo aun cuando todo lo que pasaba en el recinto doméstico anunciara un derrumbe. Desde la niñez de Carmen, su hermana mayor, él había intuido que sería ella la que precipitara ese derrumbe. Pero la infortunada criatura no lo provocaba sola, el dramón tenía un vasto reparto, y en él iban apareciendo decenas y decenas de comparsas. La sordera general, la falta general de inteligencia del corazón frente a aquel caso de locura era el agravio máximo que su ciudad le había hecho a Guy.

¿De qué le había servido diagnosticar el trauma mental de su hermana cuando ésta acusaba apenas los primeros síntomas? Su intuición semiótica había resultado completamente gratuita; repitiendo sus observaciones en un consultorio y otro, más tartamudo que nunca y a veces agitado por el llanto, había revuelto en vano cielo y tierra buscando quien intentara curarla. Nadie se abonó a su diagnóstico, nadie; ni psiquiatras, ni padre, ni tíos ni amigos, todos

igualmente cobardes o igualmente estúpidos (hay momentos como esos en la historia de un hombre, y aun en la historia de una ciudad). Y ahí había quedado él entre las cuatro paredes de la enajenación: el chaleco de fuerza se lo habían puesto todos a su gana de equilibrio y salud, a su deseo de salvar la paz doméstica y el respeto de unos habitantes de la casa por los otros.

Cobardemente – como si vivir así fuera natural o lógico – sus padres y sus tíos habían dejado pasearse por la casa todos los esplendores de la desviación mental, desde la megalomanía hasta el frenesí religioso, arrastrados en sucesión por una enferma de rostro sereno que parecía llevarlos con la majestad de un manto real.

Había noches en que la hermana de Guy – recién bautizada en la Iglesia Católica por propia decisión – no los dejaba dormir un minuto recitando el Kempis a voz en cuello hasta el amanecer. Guy se levantaba tenso como un arco que no dispara nunca su flecha. Luego, ya en la oficina, se preguntaba si su tartamudez no acabaría por culminar en mudez, pese a las cantidades industriales de sedantes que Carmen lo obligaba a tomar ofreciéndole, en su miedo de ser envenenada, la mitad de su propio vaso, y luego la mitad del siguiente, como una Lucrecia Borgia de barrio visitada por algún condottiero expeditivo.

Pocos minutos después de las ocho – hora de entrada a la oficina – él abría la boca para decir “buenos días” al penetrar en el despacho del gerente; pero la be se resistía a salir tanto como la pe más explosiva. A las ocho y media Delatour no había logrado producir el menor sonido (las respuestas las escribía, rápidas, mientras persistía en su esfuerzo asesino). Pero a mediodía, en vez de correr a su casa y encerrarse en su cuarto a aullar o romper un par de botellas contra la pared del jardín, se iba tan campante a un bar de moda y se bebía un par de “gin fizzes”, prólogo a un largo almuerzo a la francesa que tomaba, generalmente solo, en el Restaurant Turon.

Un poco después, ya en los 25 años, cuando su tartamudez había alcanzado para él la categoría de una parálisis intolerable, Guy se largó a aparecer en los teatros en conferencias o charlas que duraban dos horas y media. El texto, aprendido de memoria, salía de sus labios con artística fluidez; pero al dejar el camarín tenía las piernas duras, los ojos muertos, los nervios lacios. No salían peor de un interrogatorio de la Gestapo los sospechados de haber dejado escapar a algún judío; pero a Guy no se le ocurrió que en su acto de acrobacia agónica pudiera haber nada de valeroso o de singular.

¡Qué juventud! Ni paz en su casa ni paz en la calle. Y Guy habría querido que todo fuera concordia en el mundo; por lo menos el mundo de fuera de su casa. Dentro de ésta, aun antes de la enfermedad de la hermana mayor, la discusión y el insulto estallaban a menudo con

vesubiana ferocidad: el cuadro clásico de tantos hogares platenses donde seguía temblando la pasión mediterránea, que en aquellas grises orillas se sentía más a gusto de lo que cualquiera habría podido imaginar.

Pero la sequía de sentimientos de los Delatour – ¿vascos? ¿bearnesees? ¡qué importaba! secos en todo caso – no permitía que hubiera verdadero cuartel en la guerra doméstica. Después de los gritos y los epítetos no se daba inmediatamente en aquella casa, como en otras del vecindario, una amnistía napolitana resuelta en beso o en caricia ruda, como la del padre que revuelve el pelo de su hijo antes de conminarlo por todos los santos a que se ponga a estudiar.

El de Guy había solicitado desde muy temprano, con sus insultos y sarcasmos, la antipatía cordial del hijo, y muerta la madre a los 35 años, el campo había quedado libre para un duelo cuya enormidad no se le alcanzaba del todo al muchacho por ser un poco el refrán cotidiano de las casas rioplatenses. ¡Oh, los tempestuosos almuerzos en que se hablaba de “football” y que minaban el hígado de los comensales, tanto por las proporciones de los bistés como por el tamaño de los rencores en ellos ventilados! Ya no los habría más para Guy; con su viaje aquel capítulo quedaba cerrado para siempre. Lo irónico del caso es que salía a buscar la concordia en medio de la guerra más feroz que conociera el mundo hasta entonces.

X

X X

Se iba con la promesa de que alguien se encargaría de tomar las riendas en lugar suyo cuando la locura de su hermana mayor provocara algún nuevo escándalo por el que su padre, como siempre, se negaría a asumir la responsabilidad correspondiente (el pobre hombre, con todas sus lecturas científicas, vivía poseído aún por la superstición universal de que la locura era una tara inconfesable, como la tuberculosis y el cáncer).

Se iba ahora; ya estaba en el barco; pero durante un mes le pareció que no se iría nunca. La repentina postergación del viaje – así eran las cosas en la guerra – tuvo sin embargo una consecuencia saludable y varias humorísticas. Primer reencuentro con un amigo que había asistido a una de las comidas de despedida que le dieran de improviso: “¡Cómo! ¡Yo te creía ya lejos!” le oía Guy exclamar con asombro; segundo encuentro, descaradamente, “¿Pero todavía estás aquí? “; tercero, “¿Qué hacés, viajero inmóvil? ¿Todavía sigue Inglaterra en el mismo lugar?” Todo esto en tono afectuoso y cordial, regado de sonrisas, claro está, pero

repetido, con ligeras variantes individuales, demasiado a menudo como para que fuera soportable.

Así, en vez de sustraer su ocio forzado en todos esos sitios de la ciudad que tanto le gustaba frecuentar, el “viajero inmóvil” tuvo que desperdigar la vergüenza de su inmovilidad en casas de inglesas de Progreso a los que acudía como “paying guest” y donde, naturalmente, no se le preguntaba nada.

En aquel largo mes de espera tuvo tiempo de pensar en vez de actuar. Necesitaba pensar para darse cuenta de que en cierta forma había ganado su batalla de Montevideo – una clase de batalla como la que, precariamente, sólo ganan los políticos – y que la victoria le había conquistado un círculo de adeptos fieles. Las dos últimas veces que se presentó en público el teatro estaba lleno. La gente le decía que lo escuchaba por radio aun para hacerle el reproche de que una vez lo había oído borracho ante el micrófono. ¡Borracho! Era una de esas noches en que prácticamente no podía hablar; una niebla londinense por su densidad pero tropical por el calor de que se acompañaba se había cernido sobre Montevideo; humedad irrespirable, de gusto picante como la mostaza, que había resultado fatal para los nervios de Guy. Lo lógico habría sido remplazar su charla con discos; pero algo desesperado y monomaniático lo empujó a actuar; ese algo que lo hacía hablar torrencialmente los días que estaba más tartamudo.

Y así, quien se hubiera llegado al estudio de transmisión esa noche habría visto – en la atmósfera doblemente irrespirable del “studio” cerrado con llave y sin refrigeración – el casi obscuro espectáculo de un hombre desnudo en calzoncillos, con unos paños fríos en la cara y con cara de condenado a muerte, que hablaba ante el micrófono como en el lento, ronco susurro de quien se dirigiera a una mujer para convencerla de que debía compartir con él el orgasmo final de su vida.

Pero dos décadas antes de resuelta casi imperceptiblemente su batalla con la ciudad, cuando la voluntad del muchacho no se había endurecido aún lo bastante como para convertir su miedo en desafío y Guy era simplemente el tartamudo desesperado, el joven angustiadamente alegre sobre el que planeaba todos los atardeceres la idea del suicidio, había surgido gente conquistada por lo que llamaba su “inteligencia”, y que en resumidas cuentas era casi siempre su sensibilidad. A algunos compañeros de Secundaria los habían divertido sus “salidas”, registradas en un periódico manuscrito que él producía enteramente; a otros, una bondad y una humildad que él nunca habría confesado y que ellos tampoco habrían aceptado abiertamente como calidades humanas. Después de todo, atravesaban un período en que la mayor ambición de un hombre en ciernes consiste en dejar por ahí algún petardo

encendido, esperando que el ruido le produzca a alguien algún buen infarto cardíaco, pero la bondad y la humildad eran un descanso, un claro en la selva de utilería que todos ellos, anunciando a los hombres que llevaban dentro, habían montado ya.

X

X X

Todo esto, en una forma u otra, fue surgiendo en los seis diálogos de los seis paseos que, por turno, hizo con sus amigos por los muelles de Montevideo desde las cuatro de la tarde. Tan total era el impulso de la partida dentro de él, tan fuera de allí se sentía ya – como quien hace su primer viaje largo – que Guy se encontró hablando de su vida despegadamente, como si se tratara de otra persona. Los amigos lo escuchaban asombrados. ¿Vida de áspera soledad la suya? No con aquel público que lo seguía, no con aquellas tertulias de café, aquellas reuniones de músicos e intelectuales a las que asistía regularmente; no con sus amigos diplomáticos, sus parientes mundanos; no con el afecto de los burócratas y obreros que trabajaban con él. Pero en aquella ciudad de vida fácil el día duraba veinticuatro horas, no catorce, como en París, o seis como en Nueva York; y de esas veinticuatro horas una buena parte – la parte de periodista, y últimamente la de oficinista o la de escritor – el viajero la pasaba solo. Almorzaba solo; iba al puerto a mediodía solo; solo veía todo los estrenos de cine que debía comentar. Hablaba con todo el mundo – y siempre más de la cuenta – de la anécdota de su drama, pero la sustancia la sufría él solo.

Gregario y solitario Guy. Esta no era por cierto la mayor de sus contradicciones; aquel día habría querido ver a todos aquellos – ¿decenas, cientos? – que le habían inspirado simpatía o afecto en los años de su lucha montevideana, y al mismo tiempo no quería que nadie viniera a despedirlo. Pero al llamar a un solo amigo – Carlos, alto, claro y alegre como un olmo – enseguida se enteraron varios otros. También apareció su padre, un hombre de sesenta y cinco años, elástico, sonriente, con sus ojos cargados de inteligencia y sus chistes pueriles; tartamudo, igual que Guy. ¿Sería el defecto de éste hereditario, o lo había causado una de esas imitaciones involuntarias que dicta el rencor?

El viajero no perdió tiempo en ser duro con él.

“¿A qué has venido aquí? No había ninguna necesidad”.

“Necesidad no, pero ¿no puedo venir a decirle adiós a un hijo?”

“Ya nos despedimos en casa. Este es un momento dedicado a la amistad. A la amistad, viejo. De eso nunca ha habido nada entre los dos”.

El padre iba a decir: “Una culpa mutua, en todo caso”, pero se contuvo con una mirada de perro apaleado. “Muy bien” dijo. “Voy a dar una vuelta mientras te despedís de tus amigos. Pero sí, como dice Rafael, el barco no sale hasta las siete, volveré”.

Sin decir palabra, Guy dio media vuelta, tomó del brazo a Virgilio y se alejó de su padre. ¡Cuántas veces no le reaparecería después en su imaginación este daguerrotipo de la dureza de su raza! En ese momento su actitud le pareció únicamente digna, digna y verdadera; aunque lo avergonzaba secretamente su debilidad por el tango, él sufría tanto como el que más el esplendor tanguístico de no perdonar, de no olvidar. En esto le fallaba esa impostación europea que para la malevolente capital estaba sólo en su vestimenta y sus lecturas en francés y en inglés y para él iba mucho más hondo; la vestimenta, en el mejor de los casos, no podía ser más que una etiqueta, como si toda su figura dijera “Made in England”.

Virgilio era un sesudo crítico cinematográfico de 19 años que había colaborado regularmente en la revista semanal fundada por Guy. En el discurso de ametralladora con que se producía – un discurso staccato, atonal, fulminante de rapidez – era difícil decir otra cosa que títulos de películas, nombres de directores ... o chistes. Los chistes abundaban en este momento, chistes nerviosos de última hora que la gente festeja desproporcionadamente en todos los muelles del mundo. Pero aquel sesudo crítico y archivero con dos patas – un intelectual con vergüenzas de “cowboy” – no se había atrevido nunca a decir a Guy que, fuera de su admiración por su estilo de comentarista, sentía por él afecto, un afecto fundamental, cenital, claro y directo. Esta podría haber sido la ocasión; pero a los diecinueve años uno tiene por delante 20 décadas de vida y la muerte es una cosa que les ocurre solamente a James Cagney o Edward G. Robinson por amor de una ametralladora.

Dos veces abrió la boca Guy para decir algo más que un chiste. Pero era demasiado tarde. Si se declaraba hermano mayor de Virgilio (¡vaya responsabilidad!) el otro nunca le habría perdonado morir en el camino. Siguieron hablando de Chaplin (que Guy había pronunciado cuasi analfabeto desde que se largó a escribir el diálogo de “El gran dictador”); de Charles Laughton, de Preston Sturges. Guy se iba sin pisar la casa de Virgilio y Virgilio sin pisar la casa de Guy, cosa corriente en una ciudad donde compañeros de oficina pasaban veinticinco años juntos tratándose de “usted”.

Dos horas más tarde, el padre de Guy estaba de vuelta en el puerto. Aunque fue un oyente cortés de los chistes de la despedida, no tuvo oportunidad de tartamudear por su cuenta. De todos modos, se mantuvo sonriente hasta el fin, y si alguna vez pensó que aquella era la última vez que veía a su hijo, ello no le causó el menor cambio de expresión, el menor temblor

de voz. Guy no lo pensó ni por un segundo: raro acuerdo en que ambos triunfaron cabalmente sobre los dictados del tango.

De esta manera, creyendo dejar atrás todos esos años de juventud sin juventud – ¡pero cuán llenos de risa de todos modos, cuán punteados de esas locas aspiraciones que sólo se tiene de joven! – Guy Delatour entró en el “Talk of the Town”, preguntó por su camarote con el orgullo que le entendieran su inglés y se cercioró de que sus dos maletas – meticulosamente arregladas por Silvia – estaban encima de su litera. Le pareció que entraba en un sanatorio. ¿Cuántos días tendría que pasar en aquel cajón pintado de blanco? ¡Qué importaba! Se iba; saldría al mundo por fin ¡por fin!

Colgó el Homburg negro en una percha y luego, vestido tal cual estaba: la camisa de pechera a rayas blancas y azules horizontales, con cuello y puños blancos; el traje cruzado de lana azul con finas rayas blancas; la corbata gris perla, los zapatos negros de punta redondeada, el largo sobretodo de “pied de poule” azul y negro – hecho de medida, como el traje, en veinticuatro horas y por un precio irrisorio – subió al salón de estar. Al pie de la escalera, mientras se quitaba los guantes, se topó con Amescua, un periodista andaluz con quien había charlado dos o tres veces en Buenos Aires.

“Caray” le dijo éste cordialmente, echando un vistazo a su indumentaria. “¿Ud. va a Londres ... o viene de allí?”

“Voy, voy” contestó Guy riendo. “Ud. También ¿no?” Amescua asintió con la cabeza. “¡Qué suerte!”

“Hombre, en eso pensaba. Viene en este barco un grupo de beduinos y beduinas de 17 o 18 años ...”

“¿Beduinos?” interrumpió Guy.

“Sí, chavales, gente a medio sacar del horno. Van de voluntarios a Inglaterra seguramente porque sus padres ya no pueden aguantarlos más. Y ‘par dessus le marché’ Son hijos de ingleses, de esos que miran a todo el mundo por encima del hombro”.

“Conozco el paño” dijo Guy. “Gente con más sueldo que conocimientos. Y tímida, para peor”.

“¿Tímida? Hmm. ¿Sabe lo que me dijo hace unos años un ministro británico al dejar Sudamérica? ‘Si hubiera una segunda guerra mundial – que no habrá – a todos los hijos de mi tierra que forman parte por aquí de alguna colonia inglesa los metería en un ‘paquebot’ gigantesco con rumbo a mi país y avisaría a los submarinos enemigos que van allí’”.

“Qué manera andaluza de exagerar”.

“Muy británico que digamos no es el hombre, a decir verdad”.

Amescua era hombre fuerte, de mediana estatura. Su cabeza romana parecía estar pidiendo los honores del yeso: tenía plateado el pelo, redondos los ojos verdes de gato, fuertes los dientes. Las manos eran grandes, de dedos largos, y pese a que los años le habían puesto alrededor del talle uno de esos cinturones salvavidas de carne tan típicos de los españoles sedentarios, se movía todavía bajo los dictados levantinos del garbo. Cuando hablaba lo hacía con acento entrañable, que era la calidad imaginada por Guy en un Ortega y Gasset o en un Marañón: un acento afirmativo y apasionado, de maestro o de clérigo excepcional, en que inteligencia y afectividad reverberaban paralelamente, como Guy no las había visto nunca fluir en gentes de cierta raza.

“¿Y su mujer? ¿Cómo lo ha dejado venir?” preguntó Guy a Amescua.

“No me habría dejado nunca. La pobrecilla murió hace dos meses”.

“Caramba, cuánto lo siento” dijo el viajero con acento de verdad verdadera.

“Ud. la vio en un par de cenas ¿no?; pequeña, nerviosa, rotunda. Pero no sabe cómo era en la intimidad. ¡Ay, por qué entenderán tanto las mujeres de cosas de la tierra y tan poco de las otras! Amalia no me tenía el menor respeto. Siempre me trató como a un chaval de diez años: “Dobla esto así, inclínate para tomar la sopa (la que tiene que limpiar las manchas de grasa soy yo); haz el favor de secar el piso al salir del baño (la que se agacha luego soy yo); no seas cerdo y ponte otros calzoncillos; esos los has llevado ya dos días. Todo el tiempo así. Insoportable, absolutamente insoportable”. Guy sonrió. “A veces, no sé si dormido o despierto, soñé con la liberación que podría traerme su muerte; pero ahora que se ha muerto, la echo terriblemente de menos. Así somos. Quizá necesitara de todas esas agrias admoniciones para pensar en cosas serias. Todavía está ahí; todavía la oigo regañarme; pero ahora, en vez de su muerte, pienso en la mía”.

“Qué disparate” protestó Guy, elevando la voz.

“¡Qué quiere Ud.! Los españoles somos muy aficionados a la muerte. Después de los 50 o 55 años – yo ya tengo 57 – todo se nos vuelve melancolía y parálisis del alma”. Y Amescua agregó sonriendo: “¡No descubrirse un lavado químico del cerebro que le pueda meter a uno dentro todo el tonto optimismo de los jóvenes mientras está todavía lleno de salud y de fuerza!”

Guy rió sin ganas. Una mano le tocó levemente el hombro. Michael Brady, un inglés de Northumberland, alto, huesudo, pelirrojo, tenso, era el hombre a quien venía a esperar al “lounge” del barco. Amescua desapareció con una excusa y Michael dijo a Guy con una reverencia:

“Milord”.

“Sirrah, te acepto la burla. Como los ‘lords’ de Hollywood, salgo vestido por los demás. Sí, sí. Salvo los zapatos, todo esto te lo debo a ti”.

“Me lo debes, sencillamente; ya me lo pagarás. Mira: Odile te envía un curioso aparato” le dijo, produciendo un enorme paquete y poniéndolo en manos de Guy.

“Hmm. Quizá sirva de cachiporra” contestó éste sonriendo.

“Es posible; como linterna, parece más bien un faro”.

“Agradécele el regalo en mi nombre. Deliciosa chica, Odile. La echaré realmente de menos”.

“¿Tú?” le dijo Michael. “Antes de arrancar ya te has olvidado de todo. Desdóblate si puedes; verás qué alegría loca te ha salido a los ojos”

“No sé desdoblarme; no he estado en la India, como tú. Me sentiré liberado, si quieres, pero no alegre. No se nace de nuevo a los 30 años. Ven. Vamos a tomar una copa”.

En ese momento pasaba junto a ellos un pájaro rubio, redondo, portátil, de afilado pico. Toda su cara era una intención de guiño. “Tiene que ser cookney” dijo Michael con una sonrisa de simpatía. El camarero se volvió hacia ellos.

“¿Cómo lo sabe si no me ha oído hablar? Le advierto, señor, que mis haches están puestas muy en su sitio”.

“Y también el gusto de vivir, espero. Los cockneys son como los madrileños de Londres ¿sabes?” explicó Michael a Guy.

“Con todos los perdones, querrá Ud. decir que los madrileños son los cockneys de España” siguió retrucando el hombrecillo.

“Puede ser. No entiendo mucho de antropología, ¿sabe?” le dijo Michael con aquella ironía suave que tocaba todo cuanto decía.

“Pero ese es el estudio de los monos ¿no?” Los tres hombres rieron. “Lo que Ud. busca está arriba, milord” agregó el pájaro rubio.

“Milord. ¿Ves?” La risa continuó y los amigos subieron, seguidos por el camarero. El bar – todo caoba y cuero verde – era pequeñísimo. Pero había en él una intimidad, un “comfort”, algo de acabado y refinado nunca conseguidos en los sitios montevideanos que Guy frecuentaba. Pensó que si hubiera tenido un bar así en Montevideo su necesidad de Europa le habría picado menos en algunos momentos.

Mientras les traían los “gin tonics” Guy disparó:

“Me prometiste unos consejos”

“Es verdad. Uno no podrás seguirlo: el de ser puntual” dijo lentamente el inglés. “Más vale que llegues tarde y que digas que lo haces como una cuestión de principio. Conque

declares que eres sudamericano y escritor, la gente comprenderá. Pero si fueras inglés, quedarías “déclassé” para siempre. Entre nosotros – tú lo sabes mejor que nadie – la impuntualidad es una falta grave de educación, como el no afeitarse”.

“De eso tendré tiempo todos los días; no voy a tener tres empleos, como aquí”.

“Un momento; no te disculpes antes de que concluya mi catálogo. Hay una cosa más importante: no des nunca por hechas cosas que tengas sólo en la imaginación. Si hablas de ellas como hechas la gente te creerá; pasado un tiempo te preguntará por ellas, las querrá ver. En Inglaterra es simplemente inconcebible esa forma de mentira. Yo sé que aquí se practica con la ilusión de tener un poco de prestigio extra; pero allá, te lo aseguro, la cosa no funciona”.

“¿Y qué más?”

“Nada más”.

“No me jorobes. ¿Es ese tu testamento de hermano?”

“Yes, milord”.

“¿Y qué consejos darías a tus compatriotas? ¿Cómo son? ¿Son desconfiados, reservados, exigentes, chauvinistas? ¿Con qué me encontraré cuando llegue allí? Yo he aceptado una beca por un año, pero no sé de cuánto dinero dispondré al mes. ‘Suficiente’ me han dicho. Tu dirás que no hablan de cantidades por pudor; pero yo ese pudor lo encuentro impúdico. ‘¡Suficiente!’ ¿Cómo si todos tuviéramos los mismos deberes ... o los mismos apetitos!”

“Cuando veas cuánto dinero tiene al mes los londinenses para vivir, verás que es suficiente”.

“Para gente que espera de los demás la puntualidad, la exactitud, la verdad, actuar con esos misterios y tapujos es un poco inexplicable ¿no?”

“¿Y por qué esperas que los ingleses sean consistentes ... o perfectos? No lo son. Pero tienen respeto por los demás, un respeto que yo llamaría colectivo, social ¿sabes?”

“Sí, sí. Un respeto que consiste en no levantar la voz, en tener las uñas limpias, en estar bien afeitado. ¿Todavía no se le ha saltado la laca a esas leyes bajo las bombas?”

“No lo creo. El que las quiebra es como un intocable de la India. Los extranjeros se salvan; la exención no es completa, pero se salvan”.

“Ridículo”.

“¡Qué quieres! En la guerra, sin disciplina, no se salva nadie. Sólo en el campo de batalla se puede morir con la barba crecida. La falta de disciplina es lo que, en cierto modo, los pierde a Uds. Si en tu Uruguay existiera el servicio militar, sabrías por qué te lo digo”.

“Muy bien, muy bien” masculló Guy, irritado más que ligeramente. “Volviendo atrás. No sé a qué te refieres al hablar de ‘cosas que tengo en la imaginación’. ¿Qué cosas?”

“Sí lo sabes, lo sabes muy bien, old boy. Decir que la editorial tal publicará en diciembre un libro tuyo del que no has empezado ni el primer capítulo. Decir que te van a estrenar una obra que no ha leído ningún director. Esas cosas. En Inglaterra se le perdonan a Bernard Shaw (que es irlandés, no lo olvides): pero para decirlas, primero tiene uno que ser famoso”. Michael se pasó horizontalmente la mano por la frente. “Te pido que lo tengas presente siempre; no sabes qué importancia tiene allí esa forma de mentira, aunque aquí parezca una manera inocente de soñar. Allí, en cambio, es una especie de estafa; ya comprenderás por qué pasado un tiempo. Y perdóname” añadió con tono terminante, secándose con un pañuelo las manos sudorosas y metiéndolo luego, con displicencia digna del Dr. Johnson, dentro del puño de la camisa.

“¿Nada más, entonces?”

“Nada más. No tienes mucho mundo – aunque sí muchos gustos mundanos – pero eres inteligente y aprenderás. Lo malo es que al principio te sentirás perdido. Londres es enorme, enorme ... o informe. Esa será la prueba de fuego para ti: resistir el anonimato. Cuando se va contigo por 18 de Julio y te paras en cada árbol a hablar con alguien, se tiene la sensación de estar paseando a un perro. Uno se queda pensando si eres un tipo famoso, o simplemente notorio”.

Guy volvió a reír ante aquella complicada forma de halago. Sentía un afecto enterizo por aquel hombre con silenciador, cuidadosamente aceitado en todas sus bisagras pero potencialmente explosivo; había tardes en que, sin dar ninguna explicación, Michael huía en coche de su oficina para disolver en velocidad alguno de sus raptos de histerismo. Era el único amigo recóndito que Guy hubiera tenido nunca; todo lo que sabía de Michael era aquella parte de su historia doméstica que igualaba la suya punto por punto: una hermana bellísima que no come “por guardar la línea”, que pesca una congestión pulmonar, que en plena convalecencia se escapa por las noches para ir a algún baile, que recae, que acaba por contraer una seria tuberculosis y que, del colapso del pulmón a las sales de oro – a la larga tan corrosivas para el equilibrio mental o la salud cardíaca como los mismos bacilos de Koch; así decía mucha gente – acaba por penetrar en la tiniebla de la demencia precoz, que nadie llamaba todavía esquizofrenia. La misma historia había puesto a dos muchachos demasiado sensibles en lucha abierta con padres, amigos, enfermeros, policías, jueces, con todo el mundo; la locura es un maelstrom que lo inunda todo, que arranca con todo lo que toca. La idea de que algún

psiquiatra capaz habría podido detener esa catástrofe era una ilusión que los hacía mirar con mayor amargura todavía la impotencia de los médicos frente a ambos casos.

“Hablando con el corazón, si se puede ...” dijo Guy para reanudar la conversación interrumpida.

“No me gustan demasiado las canzonette napolitane”.

“Yo no sé de qué pasta estarán hechos los ingleses” continuó Guy sonriendo. “Espero que no sea de la tuya”.

“Que es pasta sciutta, probablemente. Pero hay ingleses e ingleses. Yo soy como soy y sanseacabó”.

“Siempre huyéndole al afecto”.

“Y tú, siempre desparramándolo” le replicó Michael en un brillante saque de tennis.

“Es posible. Mejor lo mío que lo tuyo”.

“Cada uno sabe lo que le conviene, old boy. Y si no lo sabe, los demás, tarde o temprano, se lo hacen saber”. La bocanada azul que Michael echó al hablar se confundió con la que su amigo lanzaba en ese momento y estableció entre los dos una simbólica cortina de humo. Pero era el momento de la despedida, y Guy hizo un último esfuerzo por disipar la verdadera.

“Michael, yo sé que no tendré nunca un amigo como tú. Tú eres el que está detrás de mi partida; con el Consejo Británico, con la Legación, con todo el mundo”.

“¡Qué imaginación!”

“Di mejor qué medios de información. Porque los tengo. Y además quizá Uds. los ingleses no sean tan reservados como pretenden”.

“No sabes toda la historia. Involuntariamente yo te he impedido salir a Londres en pleno ‘blitz’, cuando más querías ir”.

“Si es involuntariamente ...”

“Una secretaria del Ministro que no podía verme ni en fotografía escondió la documentación en que se pedía tu beca; sabía que era yo el que te recomendaba. Pero en una limpieza hecha hace menos de un mes (ella se fue hace más de un año) se encontraron todos los papeles”.

“Eso es peor que una canzonetta”.

“Ya te dije que hay ingleses e ingleses”.

“Pero yo no soy inglés. En este momento, por lo menos, no quiero serlo. Tengo que hablar, decirte todo lo que siento”. El azul de los ojos de Michael se le puso más oscuro con el pánico que le dieron esas palabras. “Tengo que decirte que si no fuera por ti me pudriría aquí

haciendo cosas artísticas o culturales siempre gratis y llegaría a los cincuenta años algo amargado, perdido en querellas estúpidas de escuelas y movimientos, yo que he nacido navegante solitario y quiero serlo hasta el fin. Sin esa traducción técnica que me has conseguido no habría podido vivir este mes. Sin los doscientos cincuenta pesos que me has dado para hacerme ropa ...”

“Prestado”.

“Dado. Sabe Dios cuándo te los podré devolver. Sin ellos tampoco podría irme. No me habría ido, para empezar, sin conseguirle tú esos dos puestos a Silvia y a su novio. Ni sin tus maletas”.

“Qué impertinencia, hacer una lista tan detallada”.

“Sí, ya sé; aquí la hacemos únicamente cuando nos ponemos a echarle en cara a algún hermano los favores que le hemos hecho. Pero tú me lanzas al mundo sin que sea tu hermano, y eso ...”

“Bah”. Michael miró a Collins, levantó un dedo e hizo un movimiento circular en torno a los vasos. “Es hora de que pruebes tus fuerzas en alguna parte, lejos de aquí”. Un par de minutos después apuró su nuevo “gin tonic” de dos largos tragos, se levantó, dejó en la mesa media corona y un chelín y se puso el sombrero.

“Good luck” dijo a Guy con una sonrisa, más de los ojos azul de Delft que de los labios juntos en un mohín un poco petulante.

“Nunca podré darte bastante las gracias ...”

“Sí” contestó extendiéndome la mano. “Sí podrás: haciendo allá un buen papel”.

Impulsivamente Guy le dio un abrazo ante el cual su amigo retrocedió un tanto alarmado, tambaleándole el sombrero en la cabeza. Y enseguida, para ocultar su confusión, Michael dijo en aquel español tan lustrado y pulido que aprendiera cuidadosamente en Madrid:

“Vosotros los latinos resultaríais unos tipos magníficos si no fuerais tan teatrales”.

Luego, estirando a Guy la punta de los dedos, como hacía siempre – en vez de ofrecer la mano entera – repitió su “good luck” y bajó rápidamente las escaleras.

Maldita sea la buena educación. En ese momento Guy habría querido que su adiós a Montevideo fuese byroniano, pirotécnico, al tenor de los años de fuego y hierro pasados en él. Pero esto fue todo; este constipado adiós británico. ¿Sería posible que los gestos del afecto causaran siempre tanto horror a los ingleses? No, vamos; de otra manera ya se habría extinguido la población de las islas, pensó con una sonrisa. Michael era un caso especial. Pero él no debía juzgarlo; él, un tímido capaz de saltarse a la garrocha las barreras más altas de su timidez, tenía el deber de comprender al otro tímido maniatado, engarabitado, casi incapaz de

expresarse. Y los hechos estaban ahí, cantando un himno de grande y hondo afecto por parte del inglés. Pero ¿sería afecto o simplemente admiración por el arrojo con que Guy se lanzaba al contacto humano esos días en que, muerto de sed después de alguna de sus frecuentes caminatas por la ciudad, daba diez veces vueltas a la manzana del café donde quería pedir agua y, por no tartamudear, se iba sin pedirla y sin tomarla?

De todos modos, el final era triste, insípido y gris. “Un final de ‘Norma’”, como diría algún letrista de tango. Brr. Esta era una sensación que había que sacudirse de encima. Guy se quedó en el bar para tomar unos “sandwiches” de pasta de anchoa, el primer paso que lo alejaba de las mesas de la canallesca abundancia rioplatense.

Al entrar en su camarote encontró la luz encendida. En una litera baja colocada frente a la suya había un hombre joven, corpulento y – esto lo vio después – blando, con una blandura un poco oriental. Tenía cara de niño vestido de terciopelo negro y cuello de encaje en una boda inglesa: nariz pequeña y arregazada, ojos grises claros, boca carnosa de querube, cejas gruesas, pelo ondulado. Absurdo, sencillamente absurdo. Pero era un rostro que Guy envidió en silencio.

Al oírlo, el desconocido tiró una cartera de cuero sobre unos papeles que al parecer estaba revisando. El movimiento disimuló bien su sobresalto.

“Perdón” dijo Guy.

“¿De qué? Pierre de Grut” respondió el otro presentándose. Hablaba con un ligero acento portugués. Se levantó. Tenía casi su misma estatura: 1.86 o 1.87 ms.; pero no lo parecía. Guy quemaba todas sus calorías, liquidaba inmediatamente en tensión nerviosa sus comidas pantagruélicas, la abundante seguidilla de sus “cocktails”; el mejor régimen para adelgazar era esa fiebre de ver y sentir, de sufrirlo y gozarlo todo, compulsivamente, que dictan ciertos metabolismos como el suyo, ordenados por quién sabe qué genes, qué cromosomas. Se dieron la mano. De Grut metió los papeles en la cartera con deliberado desgaire, la cerró con llave y la tiró al portamaletas de gruesa malla que había al costado de su litera.

“Hora de dormir, ¿no?” dijo lacónicamente.

“Sí, señor. En cinco minutos estoy listo”.

“Oh, no. No lo decía por eso. Tómese el tiempo que quiera” dijo el otro, barriendo el aire con ademán elíptico y teatral, como los de los franceses.

Guy se desvistió en un santiamén, enfundando el cuerpo longilíneo – pecho anchísimo, hombros cuadrados, piernas de bailarín y brazos flacos de adolescente – en un pijama gris, y se acercó al lavabo. Llena todavía la retina de aquellos rasgos armoniosos de su compañero de camarote, contempló, mientras se lavaba los dientes, aquella su cara larga y huesuda, que en

vano intentaba acortar la línea horizontal del bigote; aquella su barbilla saliente, casi prognata; aquella su nariz que la forma del cartílago hacía bajar, al sonreír, como si fuera la nariz de un viejo; aquellos sus enormes senos frontales – síntoma de un genio que bien sabía que no tendría nunca – y que dejaban hundidos, echándole mucha más edad, dos ojos pequeños, brillantes como cuentas de azabache. “Lo que lo salva a Ud. de la fealdad es que en su cara hay la misma distancia de la frente a las cejas que de las cejas a la nariz y de la nariz al término de la barbilla” le dijo una vez un escultor con tono profesional, sin imaginarse la operación de cirugía ética que con ello practicaba en el complejo de inferioridad de Guy.

Mucho, mucho antes de que las afirmaciones de la edad adulta le torturaran en esa forma los huesos de la calavera, su abuela, frente al rostro banal y redondo de japonesito feliz que tuvo hasta los cinco años, lo había catalogado como feo y se lo decía a voz en cuello. “No sé, Nena, como has podido dar a luz un bicho así. Menos mal que tienes a Carmen para conformarte” gritaba aquel personaje a la madre de Guy con una voz destemplada que parecía salir ventrílocuamente de su boca perfecta, completada por una naricilla, unos ojos verdes, una frente y una armadura ósea también perfectas (pero la belleza suya terminaba en la cara, porque por fortuna para ella – que las tenía comprometedoramente cortas – las mujeres no usaban las piernas en esa época). Y desde los tres años de Guy los epítetos que le dirigía su padre con más frecuencia eran “orejudo, belilún”, con lo que añadía la acusación de estupidez a la de fealdad que siempre le estaba haciendo su abuela.

De un modo u otro, la conspiración doméstica había sido perfecta para aplastarlo, y de no tener él la rebeldía y el descaro para contestar que en fin de cuentas lo salvaron, se habría ahogado en aquel pantano irrespirable de su timidez. (¡Cuánto más tarde supo que aquella era una práctica habitual en los hogares franceses! En nombre del intelecto – le dijo una vez una prima suya de vuelta de una temporada en el Languedoc – la sensibilidad de los hijos se suprimía allí como una aberración. Guy pensó en Gide, en Rimbaud, en Proust; su prima agregó que el trámite se cumplía en Francia con la misma feroz eficacia con que en el Japón vendaban en otros tiempos los pies de las niñas para impedirles que aumentaran de tamaño. ¡Pero quién iba a creerla! Francia era el centro del mundo, el espejo de todas las perfecciones. Además, la gente dice cualquier cosa).

Al enjuagarse Guy la boca se le fueron borrando esas voces e imágenes del pasado. De pronto sintió que el hombre del pijama color manzana lo estaba mirando, se dio vuelta y vio que era una mirada fija pero sin expresión, como la de un ciego. Avergonzado, le sonrió con una sonrisa idiota, le dijo “Buenas noches”, apagó la luz y se metió en la cama.

II

La tristura e grant cuidado
son conmigo todavía.
(Pedro López de Ayala - "Cantares")

Diez horas más tarde se despertó. Nunca había dormido diez horas seguidas; este barco era verdaderamente un sanatorio. Despertó recordando el elenco que Collins, el camarero, le detallara la noche anterior: treinta y tantos voluntarios anglo-argentinos, casi todos de menos de veinte años: pocos personajes, entre ellos un contralmirante retirado; judíos polacos que iban a unirse a las fuerzas de su país en Inglaterra; alguna maestra o mujer con cara de maestra, que miraba con desconfianza a todo el mundo; viejas misteriosas que casi nunca salían de su camarote. El cuadro era tan deprimente que Guy rió.

“¿No vamos a São Paulo o a Bahía?”

“Nunca se sabe, pero no es la costumbre en estos tiempos, milord” había dicho, con más franqueza de la que quizá le estuviera permitida, el pequeño gorrión del bar.

Alguien golpeó con los nudillos en la puerta y entró: otro pájaro de chaqueta blanca, más seco que el de la noche anterior pero más vivo de movimientos.

“¿Qué es esto?” preguntó Guy al recibir una taza de sus manos.

“El té de las siete de la mañana, señor. El que todo marido inglés que no está borracho o ausente lleva a su mujer a la cama para recordarle que debe preparar el desayuno de las ocho”.

“Gracias” dijo el viajero con una sonrisa.

“Me llamo Frank, a sus órdenes, señor”. Era un pájaro carpintero, con un ojo redondo y alegre y un pelo rojo, alborotado como un copete.

Apenas el “steward” cerró la puerta, Guy se tiró en la litera y corrió el ojo de buey. Desde el barco anclado en el río la costa de Montevideo se veía nítida a unas diez cuadras de distancia. El barco inmóvil, pero él ya lejos de allí. Se sintió como otro pájaro más, un pájaro de dibujo cómico del cine que sale confiado a andar más allá del borde de un precipicio, se da cuenta de pronto que está en el aire y vuelve corriendo – no volando – a tierra.

Al enjabonarse en la ducha y sentir su piel transformada en gutapercha vio que el agua que caía era salada. No estaba, evidentemente, en el Augustus o en el “Giulio Cesare”: el “Talk of the Town”, condenado a pasarse quién sabe cuánto tiempo sin tocar puerto, no podía malgastarse su provisión de agua dulce en el regalo de un baño romano para sus pasajeros. Pero aquella restricción de guerra, a diez cuadras de distancia de la costa, era ya una forma de partida. Menos mal. La sensación tonificó al viajero mientras se afeitaba y vestía.

En el puente, de Grut, de camisa y pantalón blancos, observaba la costa de Montevideo con un par de grandes anteojos de carrera. Estaba de espaldas a Guy, fofo, enorme, abandonado y tenso a la vez. Dos veces miró rápida y furtivamente a uno y otro lado antes de volver a su intensa contemplación de la costa.

“Si viera esto en un ‘film’ norteamericano de espionaje no lo creería” pensó Guy.

El río gris, que al llegar a Buenos Aires y hundirse en el barro se volvía color de rosa, como el Nilo, estaba, en aquella tibia mañana de setiembre, azul y plata, resplandeciente y ancho. Se veía clara la cinta color crema de las playas montevidéanas y las casas bajas entre las que temblaban al sol los pálidos eucaliptos de Carrasco; el verdecodón de las tiernas hojas primaverales; los caseríos del Cerro, encaramados sobre la bahía casi gaditana y cubierta de un bosque de mástiles; paisaje lavado, quieto, plácido, como todos los días de ese mes de ocio que había transformado a Guy Delatour en turista dentro de su propio habitat.

Montevideo. Pensar que algún inglés de paso podría haberlo encontrado parecido a Capetown, a Victoria, con sus palmeras y la inmaculada limpieza de sus calles. Montevideo mordisqueado por el río como mar, empapado en una luz transparente, lento y contemplativo frente el disparate perpetuo de su arquitectura. Montevideo suyo; en ningún otro sitio podría sentirse tan dueño del aire y de la circunstancia; el mundo sería siempre como aquel barco donde se hablaba otro idioma y, en consecuencia, la gente sentía de otra manera. ¿En qué otra ciudad habría podido entrar a las boleterías de teatros y cines y elegir sus localidades gratuitas con autoridad de amo, como lo había hecho allí hasta entonces? Pensó en el mimetismo de Montevideo, en su italianidad, en su hispanidad, en los tics de lo que en otras épocas fue un verdadero francesismo. Pensó en la hora de las copas en el Nogaró, donde no oía casi más que inglés y habría podido creerse casi en Londres (pero un Londres sin catedrales e iglesias antiguas, sin “beefeaters”, sin tradiciones, sin raíces, y esa era la gran diferencia); en los “week-ends” de Progreso, con aquel “loganberry jam” de Mrs. Grenfell y el servicio de plata victoriana con los apoya-platos de encaje de Brujas. El final de su batalla de Montevideo había sido un facsímil británico tan poroso y tranquilizador como el paisaje vernal al que echaba en ese momento una última mirada. Pero ahora veía de una manera punzante cuánto quería a aquel campo de batalla, y cuán exacta era la relación entre amor y fragor; el Montevideo del que llevaba saturadas las venas era el de los días amargos, el de las derrotas nunca registradas ni reconocidas.

De repente pensó en Silvia, tan dedicada a su novio y tan llena de amor por él, pero tan reacia, como todos los Delatour, a la caricia física de los de su sangre, y sin que pudiera hacer nada por evitarlo, se le llenaron los ojos de lágrimas, que pronto le empezaron a correr por la

hirsuta mejilla. Silvia hermosa, rebelde, vegetariana, pura. No recordó ningún episodio, ninguna escena de la vida en común; casi no había episodios. Silvia era como una prolongación de él mismo. Al morir la madre teniendo ella cinco años y él quince, la niña había acabado por aceptar mentalmente aquel golpe incomprensible, pero sin digerirlo con el corazón; y Guy, empujado por ominosas intuiciones, había intentado hacer las veces de padre y madre al mismo tiempo. Su fracaso había sido ruidoso pero, por increíble que parezca, había unido todavía más a los dos hermanos, con una unión que estaba por encima de la genealogía y de la anécdota.

Silvia quedaba sujeta ahora a la influencia absoluta de su novio, con quien llevaba una vida casi independiente y por lo general alejada de la suya. Era todo un adiós, y casi un adiós para siempre, el que Guy se había resistido a darle en el puerto. ¿Hablarían el mismo lenguaje cuando la reencontrara, si es que la volvía a ver alguna vez? Dos hermanos como aquellos eran como dos “mediums” y no necesitaban ni siquiera mirarse para saber lo que pensaba el otro de un “film”, de un libro, de una persona que acababan de conocer. ¡Qué vacío, qué incurable úlcera interna se estaba abriendo él mismo al renunciar a aquel entendimiento!

El viajero se sacudió la idea de la cabeza; ahora debía pensar en todo menos en eso. Miró el reloj: eran las ocho. Se pasó el pañuelo por la cara, congestionada por el llanto, y se alisó el pelo con la mano mientras volvía a mirar la costa sonriente. Al bajar al comedor, había logrado colgarse de los labios una sonrisa Cook’s.

X

X X

No era un comedor, era un refectorio. Y el barco, con sus paredes metálicas pintadas de un blanco sucio, no era un sanatorio, sino un hospital, se dijo al entrar allí. Unas doce mesas alargadas, pegadas por un extremo a las paredes, aseguraban la estabilidad de los mayores y otras ocho más grandes, sueltas, el baile de los jóvenes en alguna posible orgía atlántica de los elementos.

Los voluntarios angloargentinos se apelotonaban a un par de metros del mundo adulto. Pero para ellos el mundo cesaba totalmente de existir a treinta centímetros de sus hombros. Al contemplar la sonrisa anémica, las espinillas obstinadas, el “rouge” barato y el color de los “sweaters” que llevaban las reinas de aquel escogido cardumen humano Guy se alegró de ser un anciano provento de treinta y tres años, condenado a no meterse en aquella “nursery” por ningún concepto.

Dos ojos verdes que parecían salir de un baño de colirio le sonrieron al sentarse a su mesa. Iluminaban con despeggo, casi con indiferencia, una cara de Cósimo Tura hecha de mieles renacentistas en la que anacrónica, apasionada, daba el tono una jugosa boca mulata. La mujer, majestuosa, monumental; su sonrisa, su silencio, trasuntaban esa forma difícil y agresiva de hermosura que los médicos llaman cenestesia.

Guy recorrió la mesa con la vista. El contralmirante retirado debía ser aquel hombre de camisa blanca con cara de pez recién sacado del agua, un pez astroso y jadeante; junto a él una especie de profesor de “pince nez”, de sonrisa miope y desdeñosa y narinas enormes, en las que se le había ido la mano al Creador, se identificó como becario del Consejo Británico y como viajero novicio, vestido con un traje de lana gris, con chaleco y hasta cadena de oro; un funcionario de la legación Británica en el Uruguay volvía enfermo a Londres, tan enfermo que casi no se lo veía, y ¡atención, aquí había alguien conocido! ¿Cómo se llamaba esta proyección hacia el sombrío futuro de una de aquellas “reinas por un día” de las adolescentes mesas vecinas; esta inglesa dientuda y ferozmente saludable que Guy había conocido en sus “week-ends” de Progreso? Era también angloargentina, con todo lo que la combinación de nacionalidades podía significar de envarado, de distante, de falsamente “distinguido” para una pequeñoburguesa de no muchas luces como ella. Al encontrar a Guy en casas de gente amiga siempre afectaba no reconocerlo. Ahora lo saludó inmediatamente, con una sonrisa en la que creía poner familiaridad y hasta cierta simpatía de vecina pero en la que él vio solamente la actitud dura y desdeñosa de otras veces. ¿Cómo se llamaba? Guy se vio inclinado a olvidar el nombre para siempre; todavía no había empezado a hacerse la paz en su revuelto corazón de prófugo.

“¿Qué es ‘haddock’?” preguntó de repente, leyendo el menú, el becario argentino.

“Un pescado seco, como el bacalao, y cocinado en leche” explicó el contralmirante.

“Puha” comentó el muchacho. “¿Y ‘porridge’?”

“Probablemente, una forma de luto escocés por lo que le hicieron a María Estuardo”, dijo Guy. “Avena hervida con agua y sal, a la que se le agrega leche fría”.

“Qué barbaridad” comentó el pasajero con tono truculentamente criollo. “¿Y entonces, qué tomo?”

“Hombre, jugo de naranjas, té con tostadas ...” La pomona de los ojos verdes le sonrió protectoramente.

“¿Tá loca? Con las tostadas me atoro; el jugo de naranja me parece horrible” dijo el muchacho como quien no puede esperar auxilio ni de la Cruz Roja.

La carcajada de la mesa fue unánime y despertó a los ocupantes de aquella cárcel cuadrilonga. Así la vio Guy desde el primer instante, como una cárcel. Pero existían en el mundo gentes que sólo en una cárcel habían logrado encontrar la libertad.

X
X X

A las once y media de la mañana, después de haber mirado otro buen rato la costa de Montevideo, Guy subió al bar.

“Si le gustan los ‘cocktails’, aproveche, milord” le dijo Collins. “Los londinenses, como los franceses, no saben lo que son”.

“¡Ah, Londres! No creo que ninguno de nosotros pueda llegar a manejárselas bien allí. No, nunca”.

“¿Por qué no? En esta vida todo es cuestión de presencia. Ud. la tiene, milord. Si pide algún disparate, el camarero dirá: ‘Caprichos de gran señor’; y si le pide consejo, dirá: ‘Es un hipócrita, pero qué gusto de que lo traten a uno como un connaisseur’”.

Guy, celebrando con una corta risa el estilo con que el cockney se embarcaba en sus hipérboles, le pidió un Martini. ¿Dónde estaría Amescua?. Al salir de Montevideo rodeado de ese cónclave superlampo Guy necesitaba un poco el apoyo moreno y atezado de su hispanidad. Pero Amescua tardó en subir y, en el curso de dos martinis, todo lo que le quedó a Guy por hacer fue observar la gracia y el arte con que se había desparramado en un sillón y puesto a dormir una chica de piernas largas a la que la falta de experiencias le había dejado todavía la cara por hacer. La miró con persistencia, dándole una orden mental de que se despertara; pero pese a los 120 vatios de energía que concentró en sus ojos, la casi bella durmiente no se inmutó. El andaluz sorprendió su expresión de fracaso con una risilla prudente. Guy miró a Collins y levantó dos dedos.

“Hablando en serio, Amescua, ¿se puede saber qué lo lleva a Londres?”

“Le diré. Yo estaba en Barcelona al final de nuestra guerra, cuando los bombardeos”. La rápida tijereta de movimiento del pulgar y el índice repasando el labio inferior de Amescua desmintió lo seguro de su tono. “Puede que me lleva ahora a Londres la gana de compensar aquella sensación de impotencia; de ver que alguien hace algo contra los aviones que traen la muerte; que hay casas; que hay refugios; que hay fuego antiaéreo.”

“Pero hace meses que no cae una bomba en Londres” le contestó Guy. Su interlocutor le dijo con una mirada maliciosa: “¿Ud. quiere entonces la verdadera razón?”

“No, no. Seré indiscreto, pero curioso no”.

En un pequeño tropel de voluntarios argentinos que entró al bar en ese momento una chica en oro y rojo, rubísima y envuelta en tartanes de MacDonald, le saltó a la vista a Guy. Nunca lo había mirado nadie de manera tan directa; aquella mirada lo hizo sentirse culpable de quién sabe qué indelicadeza. La chica era deliciosa. Se movía como un gamo pero cogía las cosas con los tactos seguros de una iguana; tenía una turbadora voz ronca de mujer y una risa de hombre, clara como una campana. Al pasar miró a Guy como si lo conociera de toda la vida. Él, con una sonrisa a la que los huesos salientes de su cara dieron un toque inevitablemente mefistofélico, reconoció este cambio de sentir; primero acusación, luego confianza, con una inclinación de cabeza. La rubia no perdió tiempo en contestarle levantando el brazo desenfadadamente.

“La verdadera razón” dijo Amescua con aire de estar proponiendo otra fórmula sustitutiva, “no se la puedo decir a todo el mundo. Hay palabras que asustan todavía a la gente. Pero la muerte de mi mujer ha coincidido con mi menopausia. No sonría; los hombres también la tenemos a nuestro modo. Por eso no puedo sacarme de la cabeza esta idea de la muerte; la menopausia es el fin del vigor, el fin de la fuerza. Y después de eso ¿qué viene sino la muerte? Ahora estoy lleno de muerte; la idea de la muerte me sale hasta por los oídos. Quien se sienta así en estos momentos ¿dónde puede estar mejor que en Londres?”

“Pero es una idea nada más, ¿no?” dijo Guy.

“No, no, idea no; más bien es una sensación, una cosa casi orgánica. Estoy sano, con una presión perfecta; no me pasa nada, no se inquiete. Pero en Buenos Aires me irritaba excesivamente la vidorra porteña; la riqueza, el exceso de luces, la manera increíble de comer que tiene la gente. ¡Ahí es nada! Media docena de pasteles a la salida del cine, con dos tazas de chocolate, dos horas después de las pastas italianas y los flanes con dulce de leche y los “churrascos” episcopales de la cena. Sólo se comía así en España ... mientras se pudo. ¡Ah, hombres! Tanto vivir sin vivir, solamente existiendo. Hay noches en que he pensado: ‘las bombas de Barcelona eran más reales’. Ya sé lo que me va a decir Ud.. Se lo puedo decir con un refrán de mi tierra: ‘La viuda llora y otros cantan en la boda’. Es lógico que así sea; pero cuando la viuda es uno, al que le venga con refranes se le rompería la crisma del primer voleo”. Hubo un silencio. El andaluz suspiró. “Se está demasiado bien en Buenos Aires: una vez muerta mi mujer, yo no aguantaba todo ese bienestar. Cuando me escribieron de Londres comunicándome la partida de Salas y preguntándome si quería reemplazarlo en la agencia, dije

enseguida que sí. Si algo me irrita allá, no será precisamente lo que me saca de quicio en ‘la reina del Plata’”.

“¿Pero no se le ha ocurrido pensar que, en su estado de depresión, un irritante puede ser lo mejor para Ud.?”

“No” dijo Amescua con una sonrisa de los ojos mientras Collins depositaba circunspectamente los “cocktails” en la mesa. “No creo en la virtud de los irritantes. Todavía no he podido perdonar a mi mujer todo lo que me irritó en vida”.

“Y ahora lo irrita todo lo que no sea la dulce y noble muerte en que está pensando”.

Amescua levantó la cabeza y lo miró. “Ni dulce ni noble: pero verdadera. Tendríamos que morir todos los días quince minutos para ser animales soportables. O por lo menos ver morir a alguien todas las noches. La codiciable vida nos parecería así lo que verdaderamente es: una mentira transitoria, dicha sin mucha imaginación, sobre todo cuando se la ve vibrar, ladrona e innoble, en la cara de los demás. A mi edad y en mi soledad es cuando el hombre empieza a despreciar verdaderamente al género humano por no hacer de la vida algo más verdadero, más duradero, más alto; y yo no quiero despreciar a nadie. Pase lo que pase en Londres, en algún rincón de su corazón o de su mente la gente que vive allí podrá comprenderme. Sólo porque está en guerra, naturalmente; sólo porque allí la muerte es un amigo que se anuncia con sirenas, como quien llamara por teléfono, y luego se deja caer por la casa de uno casi todas las tardes a las siete”.

“Que se dejaba” corrigió Guy.

“Y que se volverá a dejar, no lo dude” le retrucó el andaluz.

“Amescua, amigo. Yo creo imaginarme lo que le pasa, pero comprenderlo – lo que se dice comprenderlo – no” le dijo, casi involuntariamente, Guy. “Si ‘plausible’ No fuera un adjetivo un poco ridículo para el caso, diría que su explicación lo es; tan plausible como la de un personaje de Mauriac”.

“Dios libre y guarde” rió Amescua, levantando su copa. “Ya veremos los dos si es plausible o no”.

“Happy birthday to me” dijo Guy. “En las prisas de la partida todo el mundo se ha olvidado de que hoy era mi cumpleaños”.

“Happy birthday to you” le hizo eco, repentinamente, de Grut, inclinándose entre ambos y saludando a Amescua como si fueran viejos conocidos. “¿Cuántos? ¿Treinta y cinco?”

“Y tres”.

“Le llevo dos, entonces. La próxima vuelta es mía”.

“No habrá próxima vuelta; ne quid nimis” afirmó Guy colocando su latinajo como todos los que no han estudiado latín y absolutamente convencido de que ni Pierre ni Amescua sabían que había dicho “nada con demasía”. “Estoy en mi cuarta copa, y ni siquiera son las doce. Esta noche sí le acepto la invitación. Gracias”.

Amescua miró a de Grut y le dijo puntiagudamente: “Habíamos comenzado con Delatour un pequeño juego de salón: el de confesar las verdaderas razones por la que vamos a Inglaterra”.

“¿Es una invitación a participar? Bueno, las más no pueden ser más sencillas. Mi mujer estaba teniendo en Río un embarazo horriblemente difícil. El primer hijo. Y en cada vuelo a Bélgica o a Francia yo estaba más nervioso y hacía las cosas peor. Finalmente me fui a Dakar, me metí en un avión y llegué a Río al día siguiente del nacimiento de mi hijo”.

“Así por las buenas” comentó Amescua. “Caray qué tío”.

“Bueno, lo hice con autorización, pero ...”

“Pero quien lo autorizó no estaba autorizado para autorizarlo, ¿no?” dijo inconsecuentemente el andaluz.

De Grut se encogió de hombros. “La travesura me está perdonada y vuelvo. Cuando Jean-Loup cumpla un mes, daré una tenida de rompe y rasga aquí en el barco. No me mire con esa cara, Amescua. El chico lo cumplirá; es una bestia robusta que pesaba casi cinco kilos al nacer”.

“Qué porvenir” comentó Guy.

“Bien, tenemos una cita aquí luego, enseguida de la cena. Hasta luego” dijo autoritariamente el belga después de reír y antes de seguir adelante.

“Mire, míreme un poco a esos beduinos” sugirió a Guy, casi en un susurro, su interlocutor. “Pensar que esta gentucilla, en el mismo cogollo de su miedo a la vida, nos desprecia por estar ya atacados por la gangrena de la vejez. ¡Ah, la juventud! ¡Qué estado lamentable! Lo único bueno que tiene es que no dura mucho”. (La frase tenía que ser de G. B. Shaw; Guy, que la había creído suya cierta vez, renunció ahora a toda posible paternidad sobre ella). Yo recuerdo que a los 15 años no podía tolerar que me dijeran que había alguien más joven que yo; creo que en el fondo aspiraba a que la especie humana se acabara conmigo” dijo Amescua, ya más fuerte y con tono más firme.

Los dos rieron anchamente mientras se levantaban y salían. Echando otra mirada hacia la costa, Guy, con una casi indiferencia que lo hizo de repente perder un latido del corazón, vio brillar al sol la falsa plata de los tanques de combustible de La Teja, entre los cuales había pasado tantas mañanas y tardes en los últimos años. Adiós a la camaradería de esas gentes,

que era tan cierta como la primavera de Montevideo; sus nuevas amistades – si las ganaba – debían pasar por ciertos tamices; nunca tendrían la gratitud de los afectos de los veinte años, la confianza de saberse uno nacido bajo un mismo cielo y vivir bajo el santo y seña de idénticas discriminaciones y prejuicios, porque es el error general lo que más une al hombre, maldita sea. Se lanzaba a un definitivo mar de soledad; pero este era el único mar en que hasta ahora había sabido nadar pasablemente.

X

X X

Cuatro de la tarde. “Drill” de naufragio en la cubierta de estribor.

“Salvavidas puestos, please” ordenó el Capitán al aparecer. Era un hombre reseco, con la cara destrozada por los fuertes cosméticos del aire marino y del sol y la voz destrozada por el “whisky”. “La alarma serán seis llamadas cortas y una larga. Treinta segundos después de escucharla, tienen que estar listos frente a la puerta de sus camarotes. No aquí en cubierta; dentro, en el pasillo. ¿Entendido?” Nadie dijo una palabra. “Ahí esperarán órdenes. En cuanto las tengan se meterán en los botes. Uds. en el número tres; este otro grupo en el número cuatro. Lleven el salvavidas en el brazo durante todo el viaje, por favor”.

“¿Siempre?” dijo con su turbadora voz ronca la chica en rojo y oro: el rojo de sus lanas, el oro de su cabeza. “No me dirá que vamos a estar en peligro siempre”.

“Yo no he hablado de peligro. Es una medida de precaución”. Y luego, dirigiéndose a Guy y desatándole y volviéndole a atar expertamente el salvavidas: “Permítame. Así está mejor. Un compañero de viaje ideal para todos: silencioso, discreto y cómodo”. Y a la chica del tartan MacDonald: “Ya verá Ud. cómo no estorba las actividades humanas más habituales ... o las más placenteras”.

Ella enrojeció y los demás rieron; la tensión había aflojado.

“Eso es todo, señoras y señores”.

Pero nadie hizo caso de la advertencia. No por nada se trataba de un pasaje rioplatense; todo el mundo bajó a dejar los salvavidas en su camarote mientras el barco levaba anclas.

En la escalera Guy tropezó con un oficialito que no parecía tener más de diez y nueve años: cabello sepia y ojos azules, clavados en los suyos. Incómodo, le dio las buenas tardes.

“Sir” contestó gravemente el niño, sin dejar de mirarlo.

Y de repente, desde algún gramófono portátil que los voluntarios tendrían en algún camarote, lo envolvió gangosamente al bajar la resina de unas voces mulatas cantando el refrán de una película de Sonja Heinie:

“Pardon me, boy,
is that the Chattanooga choo-choo ...?”

Malditas musiquillas baratas. La frase más profunda, la imagen más sorprendente no podrían nunca con su poder de evocación. Cuanto más barata y odiada la melodía, más tiempo daba vueltas en la cabeza el disco de su banalidad; y luego, veinte o treinta años después, más furiosa e inexplicablemente reaparecía en la memoria, como una escupida del pasado. Esta era ahora tan viva como un dolor de oído, y tan inesperada; casi todo el corazón de Guy estaba soliviantado por el rencor, y aquí venía este suero de la angustia romántica a bajarle el tono vital. “Chattanooga Choo-choo”, decorado de sonido para su entrevista final con un amor de los 19 años que había ido a ver a Buenos Aires un mes atrás, como un español que fuera a contemplar el terruño amadísimos antes de morir.

A los 19 años, la sola risa de aquella chica le había echo erizar todos los pelos del cuerpo y entender, palabra por palabra, todos los versos de “Romeo y Julieta”; pero ella, educada en la escuela de las Nita Naldi y Jetta Goudal de la pantalla muda, se complacía en encenderlo y hacerle ver luego, con toda la ciencia stendahliana de sus 17 años, que al necesitarla y reclamarla así él era un delirante crónico; apenas una máquina capaz de producir imágenes disparatadas que la divertían más que los mejores chistes. “Chattanooga Choo-choo”. Cuánto temblor – adolescente y actual – bajo el ritmo imbécil que surgió en la entrevista, no sabía de dónde. Con sus negros ojos árabes, su vivacidad, su risa caliente y excitante, aquella criatura estaba tan seductora como quince años atrás, exactamente igual de físico y de espíritu; pero a los treinta años largos eso le daba un aire embalsamado y por momentos superficial. O por lo menos así lo resolvió él con la sabiduría de un animal de Esopo.

Entonces ¿por qué le hacía tanto efecto ahora escuchar de nuevo aquel sonsonete? Lo había disfrutado oyéndolo con Silvia en el cine como puntuación de un brillante número de zapateo; y en el jardín de Mrs. Grenfell, lanzado bruscamente al aire como el agua de una manguera, lo había arrancado hacía apenas una semana de aquel simulacro de existencia en alguna localidad suburbana de Londres – Richmond, Hampton Court – que venía haciendo antes de partir. Ninguna razón fundamental para que se sintiera como se sentía en este momento – aunque en dos o tres pasajes de la entrevista bonaerense le temblaron las piernas – pero lo que la musiquita podría evocar, si es que había algo, le invadía ahora la garganta en

pleno descenso de la escalera cortándole la respiración como la tenaza de una mano que quisiera tirarlo brutalmente contra todo lo que dejaba atrás.

El tiempo, con lápiz de censor, había corregido así lo que Guy creyó diez años atrás deficiencia fundamental de su sensibilidad. En otra cubierta – la del impecable vaporcillo escocés de la carrera, en el que arrastraba su derrota desde Buenos Aires después de cada visita – el inocente se decía: “¿Pero qué me pasa? Tendría que estar desesperado y, sin embargo, no me tiro al agua, no lloro, no me dan ganas de gritar. ¿Seré incapaz de sentir?” Lo que en realidad quería decir era: “¿Dónde está mi sentimentalismo?” Estaba ahí, a flor de piel, rascado hasta sangrar por la música imbécil; Collins querría ver en él un “lord” de película filmada en Elstrec, pero la verdad es que ahora le subía por la tráquea un corto sollozo de tango que lo confinaba a las tres paredes de un plató de la “Lumiton”. Pero afortunadamente su sollozo se pareció al “ay” de un asmático. Además, no lo escuchó nadie; la pena tiene mucha astucia para disolverse, como un polen molesto, por las arboledas de la indiferencia colectiva.

X

X X

A la hora del almuerzo Cortés leyó en la cartulina blanca que le dio la inglesa dientuda: “Nombre – Grado – Religión – Número – Servicio – Ingresó al hospital el ...” y, no sin su pizca de “humour”, preguntó: “¿Pero aquí hay que estar enfermo para que le den a uno de comer?”

Aquella mujer a la que Guy se había referido siempre in mente como “la papa hervida” dio vuelta a la hoja. En el reverso, tan cuidadosamente impreso como la ficha de un hospital, estaba el “menu” del día: “Luncheon: Mulligatawny soup – Grilled cod – Anchovy butter – Mutton and kidney pie – Golden bucks – Baked jacket potatoes – Cold: Pork loaf – Luncheon sausage – Salad – Sweet: Lemon pancake – Cheese – Coffee”.

“En una guerra no se puede desperdiciar el papel” explicó su otra vecina de mesa después de presentarse Cortés; pero al decir a este su nombre – Mildred Stokes – tenía los ojos puestos en Guy.

El becario echó una mirada de apátrida a aquel “menu”.

“La sopa no la tome; es siempre poca y mala” terció el contralmirante, acudiendo en su ayuda. “Como salimos de Buenos Aires, habrá un poco de carne fresca. Échele sal y pimienta y puede que sepa a algo. Le recomiendo el queso; es siempre Cheddar o Cheshire, tan bueno como los mejores franceses. Y mientras haya ensalada, le guste o no, tómela. De hambre no se va a morir”.

“¿Pero hasta cuándo va a durar esto?”

“Hasta cuando su madre lo espere de vuelta en el puerto de Buenos Aires con una fuente de ravioles en las manos. Es bueno que lo sepa: todos dicen que en Inglaterra la cuestión comida está todavía peor que aquí” agregó Guy.

“¿Pero cómo no le explican a uno estas cosas antes de partir?” El arquitecto estaba rojo, encrespado, y lanzaba silbidos involuntarios de víbora de cascabel.

“Pensarán que Ud. no es hombre para preocuparse por esas frivolidades” dijo Mildred con una mirada ligeramente burlona, copiada con eficacia de la que muchos porteños le echaran en innumerables ocasiones.

“¿Y en Londres, si uno gasta plata, no se puede ...?” insistió el descorazonado comensal.

“Hay un precio máximo – que en realidad es mínimo – en todas partes: en el Ritz, en uno de esos grasientos agujeros indios de Soho o uno de esos túmulos de South Kensington que persisten en llamarse hoteles” explicó Pierre. “Con quince chelines Ud. puede hacer tres comidas malísimas en una misma noche. Conejo hervido con repollitos de Bruselas hervidos; tajadas transparentes de ternera aguachenta con repollitos de Bruselas hervidos; un pastel de papas con hilachas de “corned beef” y repollitos de Bruselas hervidos. Casi nada de sal; nada de pimienta. Esto es el heroísmo mayor de Londres: comer alegremente e sa bazofia. Pero en el Ritz hacen una langosta que no está mal y queda todavía buen “champagne”, buen Château Laffite y un excelente Chablis seco; borrachera cara pero de primer orden”.

“¿Y es así como piensan ganar la guerra? ¿Emborrachándose?” dijo Cortés. La mesa volvió a reír. “Lo peor son los nombres. Cómo engañan e impresionan. Mulligatawny soup, por ejemplo. Parece uno de esos platos que le debían servir a Somerset Maughan en sus viajes por el Oriente”.

“Yo lo tomé una vez con él en Calcutta” dijo el astroso contralmirante, acaparando la atención como si hubiera dicho “Abracadabra”. “De esto hará unos 15 años. Yo sabía que S. M. era un viajero impertinente; pero nunca me lo imaginé aburrido, como resultó ser. De la sopa no hay nada que decir: siempre fue horrible”.

De nuevo estalló en la mesa una risa general. Cortés miró a todos con cierta desconfianza; ¿sería él el elegido para la burla ritual? Pero olvidaba – o mejor dicho, ignoraba – en qué consistía la educación anglosajona de la gran mayoría de aquellos comensales. La tomadura de pelo había sido para ellos un juego escolar, casi tan remoto como las verraqueras de la infancia y tan inconfesable como la masturbación.

“Me pregunto que diría Ud. si hubiera viajado con Céline” añadió el becario levantando el carnosos bello interior en un gesto petulante. Había que hacer ver quién era uno a estos tipos que comían con Somerset Maugham.

“¡Ah, Céline!” dijo enigmáticamente el contralmirante.

En su expresión de pez jadeante vio Guy la puerta abierta a alguna de esas barbaridades que necesitaba soltar de vez en cuando.

“¡Ah, Céline! ¿qué? ¿Ha leído Ud. por lo menos su ‘Voyage au but de la nuit’?” le preguntó como quien pone el estoque en las costillas del adversario antes de decirle: “En garde”.

“Por supuesto, si no, no hablaría de él” respondió el otro con el cortés desdén de un administrador colonial. Se llamaba, un tanto absurdamente, Platon-Cadbury.

“¿Y lo ha podido aguantar todo? ¿Semejante vómito?” insistió Guy.

“Vómito o no, el hombre tiene talento. Sólo el público más reaccionario de Francia ...”

“La gente que tiene alguna sensibilidad también lo rechaza. La otra se deja convencer siempre de cualquier cosa” afirmó Guy con toda la suficiencia montevideana de que era capaz.

“No me diga que es Ud. partidario de la sacralización del arte” murmuró el contralmirante con una sonrisa vagamente despectiva.

“¿Y qué le queda al hombre sino el arte? La ciencia le ha negado la religión. Y si los intelectuales le niegan ahora la ilusión de la dignidad, si se reducen a pintar la vida como una cloaca ... Está bien, en general lo es: pero ... ¿y si hubiera otra vida? Seguir tan infantilmente las exageraciones de Freud y sus limitaciones es un doble suicidio, empresa de amputados o de locos. Yo ya sé que estamos en eso desde hace tiempo,, ya lo sé; si no, Hitler no existiría”.

“Pero todos no son Céline” dijo Mildred como una advertencia a Guy. (¡Poner tanta pasión en la opinión sobre un libro! ¿Qué clase de hombre era aquél?) “Y el ‘Viaje’ tiene sus cosas. La parte de la guerra en las trincheras – el principio – es muy valiente, y la descripción de Nueva York muy curiosa”.

“Sí, pero ¿y el resto?” siguió Guy. “En cuanto el novelista quiere hablar de ternura humana, tartamudea, se repite, cae en una cursilería de ‘Hirondelle du Faubourg’. Y la gente del libro que no tiene algo de ternura – mayoría aplastante por cierto – tampoco tiene más de una dimensión: o es sórdida o es vil o es asesina. ¡Qué infierno debe ser la vida de un hombre que ve las cosas así! Además, eso es hacer mal arte; las verdaderas relaciones humanas son contradictorias, llenas de conflictos; es el conflicto lo que importa. Y hasta las más negras tienen relámpagos de afecto; si no, ya no quedaría nada de la civilización. Perdón por decir

perogrulladas; pero no creo que, como va la guerra, sea el momento de decir únicamente ‘mots d’esprit’”.

“Los franceses creen muy elegante verlo todo negro” dijo el contralmirante.

“Así están donde están” le retrucó Guy como relámpago. Y Midred:

“De todos modos, en Céline queda la denuncia de la guerra”.

“Pero queda en el aire”. Guy volvía a la carga levantando la voz. “Esas ratas de alcantarilla que pasan por el libro no merecen que se ponga fin a las guerras por ellas. La gente que niega la dignidad humana, como Céline, gritará contra la guerra, pero es la primera en aplaudir luego al guerrero, al conquistador. Eso es lo que hace ahora: colaborar con los nazis en gran forma. Me lo ha dicho en Montevideo uno de los actores de Jovet”.

“Y de Napoleón ¿qué opina?” preguntó el becario argentino soliviantando involuntariamente a la mesa en otra carcajada que él tampoco se pudo explicar. En los dos grupos grandes de voluntarios jóvenes fueron muchas las cabezas que se volvieron al ruidoso rincón con expresión irritada. ¿Era posible que un montón de vejestorios como aquellos se divirtieran en tal forma?

“Hombre, la pregunta me parece muy pertinente” le contestó Guy, ya bastante apagado el ardor egocéntrico de su opinión. “Fue un emperador impostado y, según dicen, un guerrero al que no le gustaba guerrear; pero aun siendo corso, llevaba en el cerebro el morbo francés de la realeza”.

La matrona de los ojos verdes salió en apoyo de Guy:

“Por eso hay Célines hoy en día, pienso yo. Una clase mandante podrida, y unos cuantos aventureros en torno a ella. A mí me parece que en Francia hasta los aristócratas más rancios se mueven y actúan como si no creyeran verdaderamente en sus pergaminos. Yo he conocido unos pocos; y salvo un par de mujeres, casi todos eran artificiosos, teatrales. En ese sentido no parece haber mucha diferencia entre ellos y los nobles de mercado negro creados por el Emperador”.

“¡Bah! Teatrales, los aristócratas han sido en todas las épocas y en todas partes” dijo, frunciendo el ceño, el arquitecto.

“No los verdaderos. ¡Ah, no! Al aristócrata de verdad se lo educa para que actúe con sencillez, para que se sienta cómodo con todos” saltó el contralmirante, echando ligeramente la cabeza hacia atrás. “No olvide Ud. que es gente que ha heredado siglos y siglos de memorias de guerras, de perderlo todo y volverlo a recuperar con un esfuerzo titánico. Y siglos y siglos de responsabilidad. Es la responsabilidad lo que hace que el verdadero aristócrata tenga una sencillez natural y un señorío casi tan grande como el del campesino, Responsabilidad para con

todos y en cada minuto: sus sirvientes, los labriegos, el cura ...” añadió fríamente Platon-Cadbury como si fuera el viejo duque de Marlborough – el Mambrú de las leyendas y las canciones – quien hablara en nombre de toda su casta. “Pero en cuanto se dice ‘aristócrata’ todo el mundo piensa hoy en el derecho de pernada, en el fascismo. Todo se reduce a lugares comunes, a ideas fijas”.

“¡Bah! Gente de sangre azul, por suerte, ya no queda. Todo eso está muerto y enterrado” dijo Cortés tomando nerviosamente su vaso de cerveza y volcando unas gotas sobre el mantel.

“¡Uy, qué equivocado está!” lo refutó Pierre. En aquella mesa, por lo visto, no dejarían en paz al arquitecto. “Cuando voy en misión a Francia tengo que ver continuamente con alguno de esos muertos. Son casi todos mujeres y gozan de excelente salud. Es una de las cosas más curiosas de esta guerra. En la resistencia en Francia – cuatro gatos locos – hay un 70 o 75% de duquesas y condesas mezcladas con refugiados españoles que no tienen en qué caerse muertos. (Los duques asoman muy de vez en cuando la nariz fuera del desván). Ellas representan ‘la dignidad de la casta’ y los refugiados la simple dignidad humana, o sea el odio al fascismo. Extraño consorcio; pero analizándolo a fondo puede que no lo sea tanto”.

“Me parece que aquí no soy el único que exagera” dijo Guy.

“Es la pura verdad” afirmó Pierre frunciendo el ceño. “Naturalmente, hay gente que lo llama resistir a cualquier cosa: escuchar las transmisiones de la BBC, equivocar a algún soldado dándole instrucciones falsas cuando pregunta una dirección ...”

“Vamos. De esa clase de resistencia hemos sido víctimas todos los visitantes de París, en todas las épocas” agregó sonriendo el contralmirante.

Adolfo Cortés, francófilo rioplatense como todo hijo de vecino que se estimara, hizo un solo comentario rencoroso:

“Mire Ud. las cosas que uno viene a saber”.

Con los ecos de un sonido de ultratumba se elevó de pronto, desde el rincón situado junto al ojo de buey, la voz aflautada de Miss Greyfield (¡ese era el nombre, vive Dios; Miss Greyfield!) dirigiéndose directamente a Guy:

“Yo tenía entendido que Ud. era escritor”

“Aspirante” respondió él con una sonrisa burlona.

“¿Y no tiene respeto por un valor establecido como Céline?”

“Ud. no parece haber conocido a muchos escritores” dijo a Miss Greyfield el contralmirante contrariando una de las reglas del juego inglés, que es no contestar nunca en nombre de otro. “Para hablar mal de sus colegas son peores todavía que los cómicos”.

Guy aceptó la interpolación de buen grado, sonriendo con demasiada fijeza.

“Yo, antes que todo, soy crítico. Un crítico está muerto si no le falta el respeto a las opiniones consagradas. Yo no lo hago porque sí, sistemáticamente; pero el caso es que, por una razón u otra, acabo por hacerlo siempre. Si Céline fuera menos escatológico – pero la vida francesa, a juzgar por el cine y la literatura, es escatológica -; si estuviera menos desesperanzado con respecto al hombre, me merecería más respeto. Pero después de Zola, probablemente no quedaba otra cosa que la letrina; el racionalismo cartesiano sigue el camino del intestino grueso, si perdonan Uds. la expresión”.

“¡Bah! Ud. es un moralista con toda la barba” le espetó Cortés con un gesto de asco en la boca, como si hubiera escuchado el peor de los vaniloquios.

“¿Y qué otro remedio? Si el mundo estuviera menos podrido ... Además no hay estética sin su ética, y viceversa”. Guy no daba su brazo a torcer. “El mundo ha dejado de hacer arte desde que empezó a tomar la trastienda del hombre por su tienda. En literatura, en música, en pintura, todo lo que se hace son apuntes para una obra a realizarse después, si es que el mundo vuelve a encontrar su quicio ... o si hay ‘después’, cosa que todavía está por verse. Lo malo es que tanta gente se tome en serio esos apuntes y notas. ¡Ay, quién pudiera volver a las cavernas! Por lo menos en esa época se dibujaba bien”.

Mildred rió. “¡Cómo le gusta exagerar! Veo que aquí no vamos a tener tiempo de aburrirnos”.

“Pero es Céline el que exagera, no yo” dijo Guy sin sonreír, reapareciéndole en los ojos, con un relámpago de fuerza y casi de dureza, la pasión polémica. “Y todo el que exagera así contribuye a empujar al hombre a un destino de rata de alcantarilla. ¿Cómo salir luego de ahí? Por la mística del paso de ganso, parecen creer tantos intelectuales. Y por la mística del antisemitismo. Los Céline, los Maurras, los Drieu la Rochelle adoran a Hitler porque no tienen la fuerza necesaria como para creer en la dignidad humana”.

“Típicos representantes del sistema capitalista”. Cortés había esperado pacientemente para presentar su tarjeta de visita, y ahora lo hizo como quien muestra un as de oros.

“Pero está la idea de la resistencia” dijo Platon-Cadbury. “Claro que para resistir hay que tener algún ideal; y el racionalismo cartesiano, en esencia, prohíbe los ideales siempre que, como un par de senos fofos, se salgan del corsé de la retórica”.

El contralmirante rió con ganas y, al volverse un poco de perfil, Guy aprovechó para mirarlo. Observó la barbilla metida entre los dos carnosos pliegues del cuello, la boca de pez – dos líneas juntas que completaban una delgada media luna cuyos cuernos apuntaban hacia arriba, hacia los pómulos -, la nariz ancha y aplastada, como la frente. Era una cara casi idéntica

a la del rabino que había casado a uno de sus mejores amigos bonaerenses. Platon-Cadbury dijo luego despaciosamente:

“El francés es un pueblo que no se toma en serio la Biblia porque tiene el prejuicio de que se trata de una colección de cuentos orientales un tanto oscuros y pornográficos, como ‘Las mil y una noches’. Eso ha de venir probablemente de los tiempos en que la Iglesia no permitía leer el Antiguo Testamento sino a contados fieles”.

“¿Es posible?” interrumpió Miss Greyfield. El contralmirante siguió sin inmutarse:

“Un pueblo que comete un harakiri colectivo eligiendo a Descartes en vez de Pascal – harakiri porque el hombre es un ser esencialmente irracional, no racional – tiene que ver una afrenta en toda forma innata de religiosidad. Ese es otro precio que hay que pagar por el racionalismo. La razón sola, que nos repite: ‘Hay nada más que una vida: ésta de la tierra’ nos empujará siempre a ser materialistas. ¡Qué quiere Ud.! Los pueblos reaccionan siempre por causas profundas, por razones de filosofía vital; no crean Uds. nunca a los que dicen que ‘las guerras las hacen los fabricantes de armamentos’. Las hacen la estupidez del hombre, sus ideas fijas, su chauvinismo, su necesidad de creerse superior a los demás; los fabricantes de armamentos, ayudados por los políticos, explotan todos estos defectos, y ni siquiera piensan en la otra falsa razón que tanto se esgrime por ahí: ‘la agresividad natural del hombre’”.

“Hear, hear” dijo Guy. “Eso es precisamente lo que tengo contra los autores como Céline ¿ven? A todos les disgusta la especie humana porque en el espectáculo vulgar y torpe de la calle ven quizá un reflejo de todo lo que odian en sí mismos. Pero a menos que uno se dé por muerto antes de empezar a vivir, no se puede aceptar un mundo que niegue al hombre la posibilidad de levantarse alguna vez, de sentirse héroe aunque sea por unas horas”.

Cortés soltó una risotada insultante:

“Moralista 100%, como yo me imaginaba. Ud. se da cuenta de que, en los tiempos en que vivimos, se está quedando atrás, ¿no?” preguntó a Guy.

“Sí, y a mucha honra” dijo éste con la voz un poco ahogada.

Mildred hizo un corto gesto afirmativo con la cabeza; Miss Greyfield dirigió al uruguayo una larga sonrisa de asco y el contralmirante otra, corta, de simpatía. Mientras se decía todo aquello Pierre de Grut se había revuelto nerviosamente tres o cuatro veces en el asiento, pero su expresión, en general, seguía siendo enigmática.

Con la frase de Guy quedó terminada la conversación general. Miss Greyfield atacó en éxtasis su “lemon pancake” hecho con huevos en polvo y jugo de limón de lata y la charla se disolvió en una serie de duetos y recitativos sobre lo que se podría o no se podría hacer dentro de aquella jaula blanca en ¿quince ... veinte ... treinta días de navegación?

X
X X

En el bar, después de la cena, resucitó el tema de las razones personales de aquel viaje. Pierre, que a las segundas de cambio se puso a tutear a Guy, adelantó una teoría sobre las razones de éste:

“Después de tu perorata sobre Céline, yo ya me las sé. Tu no soportas la idea de que se quiera exterminar una raza”.

“Naturalmente que no. Siempre he sido orgánica, biológicamente apolítico; pero esto va mucho más allá de la política”.

“Ojalá todo el mundo lo viera con tanta claridad” murmuró sombríamente Amescua.

“Si Europa se cruzó de brazos en un principio, ahora los tiene atados” siguió Guy. “Y hace ya dos años que tengo vergüenza de nuestros veraneos en Punta del Este, de nuestra vida fácil, de nuestra indiferencia ante tamaña monstruosidad. América toda padece de una apatía suicida frente a esta guerra”.

“Lástima que por ahí no haya más Delatours” dijo Pierre.

“Los habrá, estoy seguro; pero les es difícil intervenir. Está la cuestión de las nacionalidades; está la casi imposibilidad de entrar a la Europa ocupada. Además, yo no voy a Inglaterra por puro idealismo solamente. Hay siempre razones personales para que uno se deje dar el empujoncito final”.

“Eso ya me gusta más” dijo Amescua. “El idealismo uruguayo, francamente ...”

“Pero ya verás que una vez que llegues a Inglaterra, esas razones personales naufragan, desaparecen, como las de casi todos los que estamos metidos en este baile”.

“Ojalá” respondió a Pierre el uruguayo. “Esta guerra es como una herida que va a quedar abierta mucho tiempo. Hay que fortificarse para la vista de la sangre, y sobre todo hay que estar preparado para lo que siga”. Lo sorprendió la unisonancia de su voz: ¿entraría de verdad el antipático de su gran simpático en un período de paz? No, ni hablar; las virtudes de neponete que tiene el alcohol son fugitívisimas; tres horas después desempolva y saca a luz muchas más cosas de las que ha borrado.

“Lo que sigue a una guerra es el odio” volvió a terciar Amescua. “Más odio todavía. Si lo sabré yo. Para eso no puede prepararse nunca un hombre como Ud., Delatour. Ni Ud. ni nadie, en suma. Ni a la edad de Cristo, que cumple hoy ¿no?”

En ese momento la chica en rojo y oro comentó con desparpajo al pasar: “¡Caray, qué bien conservado para su edad!”

“¡Te lo ha dicho en serio! ¡En serio!” gritó el belga, sacudida su carne fofa por una risa infantil. Guy se levantó como tocado por un resorte.

“Venga para aquí. ¿Cómo se llama”

“Karen. Karen Mc.Donald”

“¿Bebe una copa con nosotros por mi cumpleaños?” le preguntó Guy, ofreciéndole su banqueta con un gesto.

“Por supuesto. Gracias. ¿Su copa?” le preguntó ella a su vez, indicando el Martini casi intacto. “¿Me permite?” y sin esperar la respuesta se tomó un respetable sorbo. “Ca ... ramba, qué fuerte. Me gusta” añadió con toda la franqueza de sus ojos azules. “Happy birthday” y siguió bebiéndose el Martini de Guy.

“No sabe lo feliz que me hace. Aquí en este momento se necesitaba una mujer”.

“Bueno, le diré, con el carácter perro que tengo y mi pasión por los deportes violentos, ni mi viejo ni mi vieja están muy seguros de que lo sea”.

“No sé a qué sexo quiere pertenecer: será al de los ángeles. Pero no crea que con eso me asusta. Yo la raptaría y la atraería permanentemente a nuestra mesa en el comedor” le dijo Guy.

“Está loco. Mírale la cara al comisario. Aquí el protocolo es más rígido que en Buckingham Palace. Ahora que me gustaría ir ¿sabe? Ya se han hecho Uds. de una mala fama interesantísima: dicen que todos son intelectuales. A mí me daría miedo estar allí, pero al mismo tiempo me fascina escuchar las conversaciones que no entiendo bien”.

Cinco minutos después, con la promesa de verlos más tarde, Karen se había reintegrado a su clan, que la recibió con un silencio de cejas levantadas.

“Escocesa cien por ciento. Apuesto lo que quieran” dijo Pierre.

“Una verdadera delicia de chica”. Amescua le sacó a Guy las palabras de la boca. Luego siguió: “Si la viera a menudo se me iría este mal gusto de boca que tengo frente al mundo. Sí, no me mire así, de Grut. Me revienta el mundo; todo lo que se hace en estos momentos me parece una locura y un horror. Si la gente me aburriera tanto como me revienta, ya me habría suicidado”.

“Afortunadamente, bien se ve que no lo aburre” dijo el aviador.

“Pero me da vergüenza ser hombre en esta coyuntura. Se habla de organizaciones, de planes para un mundo nuevo después de la guerra. ¡Qué mundo nuevo ni qué niño muerto! Las guerras son inútiles porque, una vez acabadas, los que las han sufrido no quieren otra cosa que olvidarlas; y sus hijos, que salen al mundo con un grito de ‘justicia’ en los labios, lo descubren

todo: la dignidad, el desinterés, el amor, cosas en las que no han tenido todavía tiempo de ejercitar sus fuerzas o su paciencia. Naturalmente, lo primero que se les ocurre es que una revolución o una guerra – ‘su’ revolución, ‘su’ guerra, las primeras puras o justas de la historia – arreglarán lo que el mundo no ha arreglado en treinta siglos”.

Pierre, comiendo aceitunas, lo miraba dominando su impaciencia con una sonrisa. “¿Así festejan Uds. sus cumpleaños en el Uruguay? ¿Con esta clase de charlas?” preguntó. “¡Qué país!”

La verdadera filiación del aviador se le apareció a Guy de pronto con un resumen de rasgos y gestos que había estado observando sin pensar en ellos: una piel de hombre mimado, bien alimentado; la paciencia del que está acostumbrado a que lo sirvan, los gestos elegantes y viriles de las manos, la manera de tenerse en la mesa, la mirada imperiosa, el desapego cortés con que se dirigía a los otros: cosas todas que a Guy le hicieron pensar en casas de campo, partidos de polo, “boîtes de nuit”, cuentas de banco, mujeres pulidas e irónicas que sucedían sus elegantes desnudos en el mismo lecho. Todo esto él lo habría querido tener ... tres o cuatro horas al día; pero el resto de la jornada sospechaba, detrás de tanta afirmación del ego, de tanta seguridad, un vacío que era quizá lo que había precipitado a Pierre a la guerra; y este vacío empezaba a acercarlo al aviador mucho más de lo que habría podido imaginarse 24 horas antes.

“Y seguimos saliéndonos del tema. La culpa es de Delatour, que por lo visto no quiere decirnos qué razones – de verdad de verdad – lo llevan a Inglaterra” gritó Amescua con una sonrisa cordial.

“Es que no sé muy bien cuáles son. Las razones íntimas, las más personales, claro” dijo Guy. “En Montevideo me he sentido muy bien en los últimos tiempos; esto no es de ninguna manera una fuga”.

“Pero sean cuales sean esas razones, son buenas: desde anoche no lo he oído tartamudear una sola vez” le señaló el andaluz.

“Es verdad. Pues ... ¿qué le voy a decir? Hay una cosa fundamental. Uds. son europeos y no saben demasiado bien lo que es vivir de prestado, como vivimos en el Río de la Plata. Bueno, Amescua sí, Amescua puede que lo sepa. Hablo de copiar a París, de no atreverse a pensar sobre una cosa hasta no saber qué dice París. Hace tres años que París está callado y que nosotros vivimos en vilo. La pausa me empujó a dirigir el interés por un lado a España, y por el otro a Inglaterra”.

“Menudas coordenadas” dijo el periodista a tiempo que Collins llegaba con la nueva vuelta de Martinis.

“Si no saliera a Inglaterra en este momento tan particular de mi vida, justo cuando debo salir” dijo Guy “nunca sabría lo que puede darme, lo que puedo encontrar en ella. Y sin eso ¿cómo va a conocerse uno nunca? Y sin conocerse ¿cómo va a expresarse? Sé lo que puede darme España; el arte me lo ha dicho claramente. Una ‘saeta’, una jota, unas palabras agrias de Unamuno, unos versos de Santa Teresa me tienen enseguida despierto y vivo, conmovido hasta los entresijos; nada de mi tierra podrá producirme jamás ese efecto. España radical, radical de raíz: ¿cómo, sin trabajar por meterse en el corazón de América, se ha metido de todos modos! La tristeza gallega, la fuerza vasca, el duende andaluz; cómo me llega todo eso. No sé de muchos en mi país que sientan así a España. Los hijos de los inmigrantes, quizá, pero estos con pasodobles, con cuplés, con prostituciones del patetismo español. En otras partes de América la cosa cambia; pero entre nosotros los demás miran por el gran ventanal de Francia a un jardín bien afeitado, todo simetría, por donde nunca circula un vendaval y las rosas parecen artificiales. Pero yo no: España mirando a la muerte y con su vida subrayada, redoblada por esa preocupación; esto es eterno. Dejemos a París que se masturbe con sus ismos; todo eso se acaba ya, se acaba en este instante”.

“Pero Inglaterra y España” preguntó Pierre, “¿no son una antítesis? El llano de la pasión ... y la colina de la cerveza tibia”.

La risa hizo tartamudear ligeramente a Guy:

“De ... una manera ... secreta ... no ... no ... no hay tal antítesis. En España es la sangre de uno lo que tira, el clan. Esto se ve en todo: en la literatura y en la vida. El clan se agranda en Inglaterra, donde, según veo y me dicen – no lo puedo jurar: primero tengo que observarlo allí, en pleno funcionamiento – al niño se lo educa para que viva en función de los demás, borrándose un poco o un mucho – esto depende del temperamento – para que los demás sean”.

“Justo” dice Amescua.

“Pero de todos modos, ni en un lado ni en el otro el hombre está solo sobre la tierra, según lo veo yo. Familia o pueblo, su necesidad de dar amor está servida y, para mí, esto se refleja en dos formas, dos matices de la dignidad. Y esto también identifica de una manera sutil a los dos pueblos ¿no? Mis amigos de uno y otro país me dicen que tanto en España como en Inglaterra el hombre todavía deja su quehacer, abandona el arado, cierra su tienda, cuando hay que poner en el buen camino al extranjero extraviado”.

Hubo otro silencio. Luego dijo Pierre, con una chispa de placer en la pupila: “Yo he conocido en un barco, cruzando el canal de la Mancha, a un matrimonio inglés con sus dos hijos. La palabra ‘poêlé’ en el menu los azaró. Naturalmente, me lancé a aclarársela. Esa noche, al desembarcar en Dover, me ofrecieron la hospitalidad de su casa; luego he vuelto siempre.

Soy un miembro de la familia; los chicos me consideran su tío. Una amistad de ferrocarril no lleva en Francia a esas consecuencias, pero en España sí; esto también lo sé por experiencia propia. España e Inglaterra: algo fundamental las une, sin duda alguna. Curioso ¿no?”

“Menudas coordenadas” repitió el andaluz. “Pero no sigan hablando así de España, porque me van a tocar un lado que se me ha puesto muy flaco”.

“¡A qué poca gente le importan estas cosas! Yo no oigo hablar más que de ideas. Ideas, maniobras políticas, astucias” protestó Pierre. “El mundo está reventando, y qué pocos se ocupan de realidades esenciales”.

“Los poetas” dijo riendo Guy.

“Y yo que les he tenido siempre tanta desconfianza”.

“Pues son los que más sienten. Y los únicos que saben”.

Poniéndose grave y mirando de frente a Guy, Amescua dijo:

“Ahora sé lo que le pasa. Ya conozco sus razones. Ud. busca un espejo para ver qué significa de verdad ser uruguayo”.

“¿Ud. cree ...?”

“Ya lo verá” siguió el improvisado vidente. “El primer paso es bueno. Hay que salir, hay que salir”.

“Pero los que vuelven no se adaptan nunca. Son desterrados a perpetuidad”.

“¿Y qué? Ud. no pensará en volver volis nolis ¿no?” dijo Amescua, colocando su latín como quien mueve a su vez una torre sobre el tablero de ajedrez. Pierre empezó a pensar en alguna frasecita posible para él; pero lo único que se le ocurría era “urbi et orbi”, “sursum corda”, y se dio por vencido. Amescua siguió: “Ud. no es un uruguayo de espíritu vegetal. Para encontrarse basta con ver la imagen de uno en otros lagos más turbios. O más limpios. De todas maneras, la gente de su tierra tiene suerte. Por ser medio franceses y medio alguna otra cosa que no sé bien qué es, no les dolerá nunca su Uruguay, a lo lejos, como nos duele a nosotros los españoles nuestra España”

“No generalicemos” dijo Guy.

“Sí, generalicemos, generalicemos. La ‘élite’ se opone siempre a la generalización. Pero siempre hay rasgos en común entre las gentes que salen de cualquier parte: Ud. es tan completamente idealista como todos sus compatriotas”.

“¿Le parece?”

“O peor. Si no ¿qué demonios estaría haciendo aquí en este barco? En España ya no quedan Quijotes: la semilla voló a América. Ud. podría hacer un Alonso Quijano excelente.

Mire esa cara larga y chupada; míreme un poco esas manos; mire la fiebre de esos ojos insatisfechos. Tiene todo el tipo”.

“Pero no toda la locura necesaria” observó Guy.

“Eso lo dice Ud.”

Amescua y de Grut volvieron a reír, y luego, como si se hubieran puesto de acuerdo, levantaron los vasos.

“Por la resurrección de Don Quijote” entonó Pierre.

“Buena falta le hace al mundo que alguien empiece a enderezar sus entuertos” dijo a su vez el andaluz, más animado al recordarle las cortinas oscuras que de repente corrieron los camareros sobre los ojos de buey - inaugurando para el pasaje los misterios del apagón nocturno – que se alejaba por fin de Buenos Aires, escenario de aquellos dos meses en que vivió tan ahogado por los recuerdos, tan falto de aire en los pulmones, que se veía de un momento a otro morir del corazón.

III

Batalla y sal ¡qué mar tan engañado!
Barcos de humo cruzan tus cristales.
(Fernando Pereda – “Mundo”)

A la mañana siguiente hubo dos o tres aventureros que, desafiando la temperatura más invernal que primaveral, aparecieron en pantalón de baño o severo Jantzen negro y se tiraron sobre sus toallas a tomar sol encima de la bodega del barco, cuya tapa estaba cubierta por un hule negro gastado y sucio. Guy, como alma que lleva el diablo, dio sesenta veces la vuelta al barco (vuelta que concluía en menos de un minuto y medio) y Adolfo Cortés, con un grueso librico de Sir Christopher Wren y una silla de lona a cuestas, corrió por todos los rincones, esperando vanamente encontrar uno limpio de monosílabos ingleses y de risas idiotas.

A Guy le gustó el “blackout” porque aquellas voces nasales, muchas veces metálicas, que durante el día decían tantas docenas de tonterías por minuto, se asordinaban al salir a cubierta por la noche, se cargaban de misterio o de sentido o se disolvían en sugestivos suspiros. Pronto vio que la satisfacción erótica que los pasajeros, evidentemente, no podían tener en un camarote compartido con dos o tres personas más era posible en rincones que la oscuridad hacía secretos y que de repente se poblaban de jadeos rápidos, premiosos, llenos de urgencia vertical. Puritano de los pies a la cabeza, como todos los Delatour, ese susurro de

excitación de amor en la sombra satisfizo algún repliegue no muy limpio de su mente, pese a que la pornografía pura lo escandalizaba como a una maestra cualquiera de Wisconsin.

Aquella posible casa de citas flotante, con su banda de babor destrozada por el reciente choque con otro barco en Sudáfrica y pronto y mal reparada, se balanceaba suavemente, como si avanzara sobre colchones neumáticos. Mientras Guy escudriñaba apasionadamente el cielo sobre aquel hule negro que cubría la bodega, pasaban como sombras los voluntarios polacos escupiendo jotas y erres que suscitaban en los otros voluntarios, más imperiales, imprevistas gárgaras de risa.

De la cabina del Capitán el viento trajo varias veces la voz de algún tenorino cantando “O sole mio”. ¡Oh, manes de Lubitsch, que lo usaba siempre en sus “boudoirs” monróvicos o ruritánicos poniéndolo, como afrodisíaco, a la altura de los perfumes y del “champagne”! “O sole mio”. Pantalla de la imaginación donde figuras y cosas tienen la tenue consistencia de una idea y nunca están “expuestas” lo suficiente como para transformarse en imágenes. Si uno cierra los ojos y se propone verlas con todos sus detalles, como si viera un cuadro de película, la evocación se le resiste con furia, es un parpadeo y nada más. Pero si los mantiene abiertos es posible que revea algo inesperado, como Guy vio ahora: un grupo de niños con gorros de marino, de charolada visera, que tocaban “O sole mio” en la plaza de Trouville en Pocitos, en aquellos carnavales irrecuperables en que la burguesía montevideana sancionaba con su presencia las batallas libradas entre las volantas o los viejos Popes y Panhard-Levassors y el público arracimado en la rambla. Los galanes iban prendidos a la capota de cada vehículo y barbotaban frases madrigalescas, de las que las voces impostadas tras los antifaces de terciopelo negro fingían burlarse. Aquellos músicos callejeros eran los hermanos Chain; a Guy le costó casi treinta años saber en el corazón, con una intuición repentina, que eran inmigrantes judíos. Algunas notas salían roncadas de sus violines baratos; había que superponerles el recuerdo de un do de pecho de Caruso para sentir la vibración napolitana de aquel lamento.

Y el recuerdo de su madre – tan esporádico en los últimos años como para hacerle pensar que su subconsciente lo rechazaba con deliberación – le saltó a la garganta. Ella miraba con ternura esas cabelleras rubias, esos labios demasiado recortados, esas expresiones concentradas de los niños músicos, en medio del abandono carnavalesco de la gente “bien”. Era ayer y hace dos mil años. Era su vida y era otra. Pero y ésta, y ésta ¿con qué pié entraba en ella? De Inglaterra, de su gente, de los giros callejeros, no tenía sino una vaga idea literaria; no sabía en inglés el nombre de ningún utensilio doméstico ni la letra de ninguna “nursery rhyme”; no sabía qué reglamentaciones imponía la guerra a los británicos, ni qué iría a pasarle en Londres. Había muerto entre los gordos adoquines del muelle de Montevideo, y esta era otra

reencarnación inmediata, en la que entraba ya formado físicamente, aunque tan indefenso casi como el niño que empieza a reconocer con el tacto las cosas que tardará todavía años en nombrar.

X

X X

Noche de sábado. En el salón de estar – que parecía más elegante y mejor puesto cuando uno lo llamaba “lounge” – se organizó el primer baile del viaje. Era el lujo más triste de aquella aventura, porque enseguida mostró el color de las gentes que la emprendían. ¡Pobres voluntarias, expuestas al beneficio de una capa de polvos sobre sus narices lustrosas y al maleficio de unas sedas y unos organdíes que colgaban descorazonadamente de aquellos cuerpos sin definir! ¡Pobres oficialitos licenciados por primera vez del misterioso puente de comando! Se veía claro que estaban bendiciendo fervorosamente la memoria de Sir Walter Raleigh, porque ¿qué demonios habrían hecho con sus manos y sus bocas si en aquel momento no hubieran podido fumar en cadena? Hablar estaba totalmente fuera de la cuestión, y hablar con gestos ¡peor aún!

Entre alguna mirada que le echaron los participantes al recién llegado vino, cargada de electricidad, la de aquel chico rubio – antes había parecido pelirrojo y ahora rubio – que le había dicho “sir” al cederle paso en la escalera. Esta vez el tenientillo sonrió, y Guy se sintió molestado.

“Swing” en un disco de Artie Shaw (los voluntarios más políglotas lo llamaban “alcaucil”). No había ningún “jitterbug” en funciones; todos lo bailaban en el parálítico estilo de los “fox-trots” de 1920. Silencio. Miedo. Los voluntarios parecían muertos. ¿Serían muertos aficionados que iban a buscar la muerte certificada, la muerte con diploma?

Guy miró y buscó con la mirada a Mildred, a Amescua, a Pierre de Grut; nadie. Pero Collins lo sorprendió con el espectáculo de su cuello rígidamente enfundado en una camisa almidonada y el de aquella esfera vivaz de su cabeza enrojecida un tono más por el lazo negro de la corbata que lo estrangulaba.

“¿Vamos a Halifax?” le preguntó Guy, recogiendo el rumor que Miss Greyfield había traído esa mañana a la mesa.

“Ojalá” contestó Collins. “Eso significaría que no vamos a formar parte de ningún convoy”.

“¿Pero un convoy no da más protección?” preguntó Guy. Collins lo miró entrecerrando los ojos. ¿Qué lo movía a aquel gesto: la impaciencia, el asombro? Collins era de los que usan para el asombro las expresiones con que los demás traicionan su desconfianza.

“¿Un convoy? ¿A dos nudos y medio o tres? Ese es el error del Almirantazgo. Cabezas duras. No los convence nadie, milord” dijo con fuerza el barman. “Esta cáscara de nuez puede hacer catorce nudos por hora. A catorce nudos siempre dejaríamos atrás a todos los submarinos enemigos”.

“Pero dicen que ahora el Atlántico está completamente tranquilo”.

“Hmm. La procesión anda por dentro. Por dentro del océano, naturalmente”. Collins hizo uno de esos guiños mecánicos suyos que nada tenían que ver con lo que estaba diciendo. “A mí me han torpedeado ya dos veces, milord, y las dos en un convoy”.

“Y aquí lo tenemos, casi tan grande como la vida” le dijo Guy con una sonrisa.

“De todos modos, es una experiencia que no le recomiendo a nadie. Pero estoy hablando de más, como siempre”.

“Le aseguro que en este viaje no pasará nada”.

“¿Y cómo puede decirlo, sir?”

“¡Ah! Yo tengo mis intuiciones, mis avisos. Nunca los he analizado, pero están ahí y de pronto saltan”.

“Espero que esta vez el salto no sea mortale. Ahí abajo llevo dos botellas de ‘champagne’ para cuando lleguemos a Inglaterra. Si no pasa nada, nos las bebemos juntos, milord”.

“Trato hecho” dijo Guy, saliendo como una flecha y dejando a todos los “zombies” atrás.

Al abrir la puerta de su camarote encontró a Pierre escribiendo en la cama. La corriente de aire establecida entre la puerta y el ojo de buey entreabierto tras la cortina del “blackout” hizo volar la hoja en que escribía. Guy la recogió; la pluma la había estado recorriendo velozmente, pero era una hoja en blanco.

“Qué interesante. Tinta simpática. Por lo menos aquí en este camarote pasa algo” dijo con sarcasmo, devolviéndosela a Pierre.

“Yo siempre la uso para escribirle a Francine” contestó éste sonriendo. “Sabes que podremos despachar correspondencia al llegar a Freetown, ¿no?”

“Ah, ¿por qué es Freetown? Comunícale al Capitán: a lo mejor no lo sabe todavía” dijo Guy, enarbolando bien en alto el estandarte de su malhumor.

“A estas alturas ya ha recibido sus instrucciones, no te preocupes”.

“¿Y tú cómo lo sabes?”

“No lo sé; lo deduzco. Es lo más lógico”.

“Pues en este barco lo veo todo menos lógico de minuto en minuto” dijo Guy tirando su chaqueta sobre la cama.

“Mira, viejo, yo no tengo por qué darte explicaciones de nada. Pero como la gente se especializa en malentendidos ... El caso es que me gusta ponerle porquerías a Francine en mis cartas ¿sabes?”

“¿Porquerías?”

“Sí, cosas de cama. No hay matrimonios que no hablen de ellas ...”

“Probablemente porque no las hacen”.

“Pero nosotros sí. Nosotros somos gente normal. Y además, nos gusta hablar de ellas, así cada carta la sentimos como un reencuentro último, completamente personal. Una amiga que tengo en Londres, en la censura, me ha contado que la mayor parte de los soldados dicen porquerías increíbles a las mujeres o a las amigas a las que escriben. Pero nadie se imagina lo mejor: que hablando de lo mismo ellas siempre les matan el punto”.

“Hermosa especie humana” dijo Guy con cara de no creer un minuto en lo que el aviador prófugo le contaba.

“Por esa amiga sé que a veces, cuando las cartas insisten demasiado en esas cosas, los censores les cortan pedazos aquí y allá, por si se trata de algún código”.

“Código es: el código de la pornografía innata en el hombre”.

“Francine ha recibido dos o tres cortadas así; pero nunca me había dicho nada por no despertar sospechas. Y es por eso que he decidido usar esta tinta”.

“Yo no te he pedido ninguna información. Tú no estás ...”

Pierre lo interrumpió secamente:

“Tonterías. Ahora, encima de esta carta, irá otra bastante más decente sobre el viaje ... sobre ti”.

“¿Y tú crees que tu mujer va a perder el tiempo en leer todo eso cuando la espera debajo tu ultra-refinada pornografía?” El tono de ironía era el de los buenos tiempos de Guy. “Ultra-refinada tendrá que ser, por todo lo que te oigo y lo que veo en ti”. Pero Pierre rió:

“Lo leerá todo. Es una mujer que sabe jugar a varias cartas; una mujer, no las jirafas anémicas de este zoológico que tenemos a bordo”.

X

X X

Karen era una de los tantos pasajeros que le habían sacado el cuerpo al baile. La decisión se veía recompensada por un raro momento de soledad en su camarote, adonde entraba, en monótonos manotazos, la controlada furia del “swing”. Una prima suya le había regalado para el viaje uno de esos visos con los que las mujeres salían a bailar a las terrazas del Tigre y de San Isidro desde hacía varios veranos, hombros, escote y brazos bien cocinados por el sol y al descubierto, como si el canibalismo fuera a ponerse de moda de un momento a otro. El vestido estaba nuevo; en este caso la consabida muletilla de “sólo me lo he puesto una vez” tenía casi visos de verdad; pero arrimado a su mejilla aquel color limón furioso hacía aparecer la piel de la chica algo menos nueva de lo que era, algo menos frutal, y ello le dio una rabia incontenible.

De todos modos, dejó salir a sus compañeras y, una vez que se vio sola, se puso el vestido por primera vez. Parecía una recién casada reventando bajo el algodón satinado con el orgullo de haber descubierto legalmente que el sexo era quizá más excitante que la natación; pero sus carnes duras y no menos satinadas que la tela reventaban solamente de salud, de gimnasia, de vitaminas bien asimiladas; para ella el amor era todavía un misterio más profundo que el de la Santísima Trinidad.

Se miró de los pies a la cabeza en el espejo. Estaba idéntica a su hermano Mark la noche que se disfrazó de mujer en una representación estudiantil. Podía ser que esos hombros cuadrados fueran culpa exclusiva de la natación y esas manos tan anchas se le hubieran puesto así de remar; el hecho es que, visto por primera vez, todo ello parecía agenciado por su propia hipófisis. El espectáculo le pareció humillante. Karen se arrancó el traje rompiendo una de las tirillas del hombro, se sacudió los zapatos tirándolos contra una de las literas bajas y, no sabiendo como castigarse, se pintó los labios de negro. Al verse así en el espejo, casi idéntica a Nancy Carroll al pestañarle su primer “sí” a Buddy Rogers, se dejó caer sobre su litera riendo a carcajadas; sus rabias no duraban nunca más de dos o tres minutos.

Toda esta fachada de masculinidad, esto que no era sino una corteza, la debía a la estupidez de las tres primas que vivían en su casa, blast it; a los siete años Karen se habría quedado decorando la casa de muñecas en el jardín de Belgrano y haciendo dibujos con ellas, pero por no tener que registrar sus quejas gangosas, aguantar su falta de oído para el canto de los pájaros y hasta para los vientos, la lentitud con que leían dibujando vocales y consonantes con los labios y la presunción de sus tirabuzones rubios, que ella detestaba, salía de repente como un ventarrón y se trepaba a los árboles como si huyera de un zorrino que acaba de ponerse a orinar.

Una vez en lo alto, se colgaba de alguna rama gruesa, alarmando a su madre, a su tía y a las vecinas, a quienes, impertérrita, oía gritar a voces por varios minutos seguidos. Algo más adelante salió a pegarse con los chicos de la cuadra porque ser mujer – según la imagen que le presentaban sus primas – le parecía de una mariconería despreciable; ¿acaso no podía haber mujeres mujeres, sin el dobles y el cálculo de las niñas de su escuela, magistrales urdidoras de tejemanejes? Los varones envidiaban y calumniaban, pero por lo menos se les podía romper la cara.

A los doce años la pusieron sus padres medio pupila en una escuela británica; algo había que hacer para quebrar a aquella potranca, para desbravarla. Allí simpatizó con Betty Ramsay, y estaba a punto de hacerla su amiga íntima – su única, su primera amiga íntima, con la maravilla que hay en que lo acepten a uno nemine discrepante – cuando Karen le mostró unos versos copiados de un libro que su tía Alexandra había traído de Nueva York pavoneándose como si se hubiera hecho amiga de Dorothy Parker o algo por el estilo.

Betty, una pelirroja lustrosa, cuyas sonrisas tenían un radio de cinco metros de efecto, leyó, fijando tanto la mirada en la hoja que parecía haberse quedado bizca:

“My cocoon tightens, colors tease,
I’m feeling for the air;
A dim capacity for wings
Degrades the dress I wear”.

“¿Y esto qué es?” le preguntó sin la menor sospecha de la que se le iba a venir encima.

“¿Palabras cruzadas? ¿Vos qué creés?”

Betty Ramsay lanzó una de esas gloriosas risas idiotas de los doce años.

“Cualquiera ve que son versos. ¿Tuyos? Sí, tienen que ser tuyos”

“¿Y porqué no de Shakespeare? Elogiarlo a uno así y llamarlo imbécil ... no le veo la diferencia” le contestó Karen arrancándole la hoja de las manos. A Betty le temblaron los labios; a Karen le estaban temblando por dentro otras cosas. Qué manera de fallarle aquella amiga; qué manera de repetirle otra vez el devenir de las cosas que el mundo en que vivían, toda aquella colonia inglesa de gente tan correcta y hospitalaria, tan fiel a Agatha Christie, tan señorial en el ministerio de la mesa, siempre pendiente de la llegada a Harrods de los frascos de mermelada de jengibre o de las latas de “shortcake” escocés, tan sentimental cuando escuchaba a Gracie Fields, convenientemente apenada por la súbita viudez de Marina de Grecia y patrióticamente escandalizada cuando, después de ver con frecuencia a Wallis Walford

Simpson en las ilustraciones del “Tatler and Bystander”, habían empezado a circular por entre la colonia, como ratas asustadas, los rumores que la vinculaban al rey; que toda aquella gente que hacía la caridad anónimamente y no dejaban nunca a los viejos morir solos, fuera tan tercamente sorda a la poesía; la poesía, que era la clave de todo. Para ella era lo mismo que si su familia hubiera pasado la vida en un frasco de alcohol (¡menudo guindado se habría sacado de sus primas!).

Y ahora, ni siquiera con el oído deslumbrado y abierto de los doce años podía darse cuenta aquella pelirroja de mierda que el cuarteto, o lo que fuera, de Emily Dickinson que ella le había traído esa mañana era el propio retrato patético de Karen: el de una oruga a punto de reventar en mariposa cuya “incierto aptitud de alas estropea el vestido que lleva puesto”.

Betty Ramsay se estaba llevando ya las manos a la boca cuando Karen le gritó:

“Como llorés, te encajo un par de cachetadas”.

“Pero ¿por qué? ¿Yo qué he hecho? ¿Qué tienen esos versos, alguna clave?” dijo Betty sacudiendo los brazos como si estuviera nadando en seco.

“Todos los versos la tienen. Siempre. Menos para los deficientes mentales” le gritó Karen antes de salir corriendo y dejarla plantada, confirmando todas las advertencias que le hicieran sobre ella antes de comenzar los cursos. Pero diez días después ocurrió algo misterioso; dentro de su pupitre había una libreta de notas encuadernadas en tafilete, flamante, recién comprada, y dentro un pliego azul que decía: “Espero que me perdone. K.”

En el recreo la pelirroja se lanzó al cuello de aquella apasionada agente del Parnaso, que le compró un helado para rematar la amnistía. Pero Karen no le hizo ninguna pregunta personal; esa tarde sus dos conversaciones se limitaron a un interrogatorio implacable sobre la última película de Joan Crawford y Clark Gable que había visto, y sobre “Tempestad al amanecer”, un drama pasional de Boleslawski con Kay Francis y Walter Huston. Lo quería saber todo de Betty: si las películas eran un “paquete” o si había algo “fenómeno” en alguna de las dos; si se mostraba algo inconveniente; cómo eran los peinados de las estrellas, los mejores efectos de luz (¿y quién se acordaba nunca de un efecto de luz?); si Joan estaba más castaña o más morena, con más hombreras que antes o no; si la atmósfera rusa del drama de Boleslawski era como para reírse o no; si era posible que a ella le gustara un drama de esa clase. La pobre Betty se quedó apabullada. Nunca se imaginó que en una película hubiera tantas cosas que ver. No sabía tampoco si aquella ofensiva de interés iba a terminar peor que la ofensiva de desprecio de que fuera víctima diez días antes; la ansiedad de Karen era casi la misma de entonces.

Pero sonó la campana y todo quedó ahí ... para reanudarse cuatro días después, en que a la hora del recreo Karen exigió a la aterrorizada Betty que le contara lo que hacían, paso por paso, Ginger Rogers y Fred Astaire bailando juntos por primera vez en “Volando hacia Río”. Betty intentó imitarlos. Intentó es un término modesto: “se rompió toda”. Hasta rompió varias ramas de un laurel del jardín. Éxito cómico-coreográfico como el suyo no volvió a registrarse nunca en la historia de la escuela.

Detrás de todo ello había, naturalmente, un secreto: Karen había descubierto la ópera, que era una cosa casi tan absurda como su familia, pero infinitamente más seductora. Cuando la gente cantaba su amor a voz en cuello ... era lo mismo que subir al cielo. Hasta el amor entre gordos le llegaba a uno al corazón; hasta los gordos tenían derecho a enamorarse mientras entonaran aquellas romanzas. Lloró tanto con “Traviata” que estuvo dos días pensando si la felicidad no se expresaría únicamente por medio del llanto; si ese era el caso, los suyos debían ser desgraciadísimos, pues no hacían más que sonreír y sonreír, para decir “good morning”, “good evening”, “good night”, para hacerle reproches, para discutir si ese verano volverían a Necochea, para decirles a los amigos cuánto los conmovían o impresionaban los discursos de Churchill. Todos se reían despectivamente de la ópera, planta preciosa que desde Purcell parecía haberse secado en las húmedas pasturas de Albión. Y Karen no habría descubierto nunca aquella dulcísima tortura (en “Bohème” la hicieron callar varias veces, de tanto que hipaba) si no se hubiera atrevido a tener un gesto que en su casa habrían calificado de delincuencia pura.

Al bajar al “subte” una tarde pisó un sobre y lo recogió. Estaba abierto y tenía dentro dos entradas para la próxima “matinée” del Colón. Ninguna dirección, ningún indicio; nada. “¿A nombre de quién?” le preguntó un hombre que parecía estar sufriendo muchísimo detrás de sus gafas y que sonreía con obstinación. “No sé. Una persona que viajaba conmigo en el subte las dejó caer distraídamente. No sé más que el apellido: López, pero ni dirección ni teléfono ni nada. Seguramente las vendrán a reclamar aquí”. “Es difícil, señorita” ¡Señorita! Karen se sintió importante y se puso automáticamente en puntas de pie. “Lo más lógico es que se dirijan a Ud. ¿no?” “En ese caso diré que he dejado las entradas aquí” contestó ella maldiciendo la honestidad que le habían enseñado en su casa. ¡Tenía tantas ganas de ver el Colón y de cerciorarse de que en el teatro había verdaderamente palcos “grillés”, desde donde uno podía ver sin ser visto, como las señoras más o menos honestas que iban en otros tiempos a atisbar a las ruidosamente deshonestas desde los reservados del “Maxim’s”!

El boletero, cuyo sufrimiento le daba quizá percepciones no comunes entre los de su gremio, adivinó ese deseo y vio qué esfuerzo le estaba costando a Karen ser persona decente.

“Ponga su nombre en el sobre, señorita. Y su teléfono. Si las vienen a reclamar yo le avisaré; si no, venga a la hora de la función y espera hasta último momento. Ese señor ... López (López ¿no?) puede darlas por perdidas. Pero ya están pagas y sería una lástima desperdiciarlas ¿no cree?”

Así se inició el vicio secreto de la pasajera en rojo y oro. Cuando de vuelta de las “matinéas” su tía y su madre le preguntaban qué películas había visto, ella repetía el “récit” de Betty Graham con tanta fidelidad que la familia empezó a tranquilizarse. La pubertad es muchas veces una bendición; esta chica se estaba normalizando; acabaría por gustarle Shirley Temple; quién sabe si por último no llegaba a hacerse verdaderamente amiga de sus primas. Quizá dejara de jugar al “basket-ball”; las amistades de la familia veían mal que se pasara tanto tiempo saltando y corriendo y dando golpes en la Asociación Cristiana Femenina.

Pero el hecho es que tantos buenos auspicios no se reflejaban en la cara de la niña. Por su amor por la ópera Karen se privó de tantas cosas durante dos años, anduvo tanto a pie para ahorrarse el importe del boleto de ómnibus o de subte, se quedó sin comprar “sandwiches” para la merienda durante tantos meses y renunció tan por completo al cine – y con ello a entender la acción de los dramas que veía – que finalmente, mirándose una tarde en el espejo, se encontró con una cara parecida a la de Mimí cuando empieza a dejar su segundo y último pulmón en la lavandería adonde la ha lanzado su malentendido con Rodolfo.

Tenía hambre de Verdi y de Puccini y hasta de Wagner, pero tenía también todas las otras hambres de los 14 años. No sólo de pan vive el hombre, y no sólo de poesía y música la mujer, empezó a decirse. En la habitación del fondo de su casa había, apilados, cientos de libros que nadie leía, ni siquiera ella, Un día tomó dos y los vendió; como resultado de aquel robo la “Sonnambula”, acompañada por una caja entera de “toffees”, fue el paraíso, el supremo regalo de su vida hasta ese momento.

Música y poesía. Mientras no abrieran la boca, Gene y Dick, sus compañeros de remo, eran la poesía encarnada: rubios, altos, de brazos fuertes y sonrisa antiséptica, uno con los ojos siempre húmedos y otro incapaz de sostener la mirada de Karen por más de dos o tres segundos. Felizmente se producían por monosílabos, casi todos de carácter técnico. Pero envejecerían; se parecerían a sus padres; la poesía del físico se iría al cuerno. ¿Qué le quedaba entonces? Los otros “buenos mozos” de pelo renegrido y charolado sonreían siempre también, pero criollamente pagados de sí mismos, y miraban a una chica como si le fueran a hacer inmediatamente el favor de deflorarla. Esos se metían con ella de cuando en cuando, y cuando los tenía bien cerca ¡qué patadas estupendas les daba algunas veces!

Poesía y música; mirar a Gene y Dick. Era su mundo pero no era el mundo. Y nunca haría lo que quería, nunca sería ella misma. Hasta que vino la guerra, un pretexto patriótico para liberarse de su familia y para que su familia se liberara de ella. “¡Lo único que faltaba, tener una hija que fuera Capitán del Ejército!” gritó su padre al escuchar la vehemente proposición de Karen. ¿Y por qué no? ¡Puesto que había un ejército de mujeres! Fuerza a ella no le faltaba; coraje tampoco. Insistió y pinchó y jorobó, hasta que un día el viejo Mc.Donald dejó de sonreír y dio un par de tronitantes puñetazos en la mesa. Una semana después descubrió el robo de los libros. Karen confesó su delito con entusiasmo, casi con orgullo; enseguida sintió que esta deshonra era por fin la clave de la libertad, el pasaporte final al territorio de la aventura. Su padre la echaría de su casa, pero ella tenía adónde acudir.

Pero la bomba que dejó caer en aquel congreso permanente de sonrisas al contarles que se había alistado provocó una catástrofe con la que Karen no contaba. ¡La querían; la querían todos! Su madre, su padre, sus hermanos, su tía, sus asquerosas primas. No la comprendían pero la querían. ¡Qué mundo más loco!

Pero no aflojó. Esa misma tarde, para olvidarse de tantas lágrimas, se estuvo una media hora dándole de golpes a un “punching-ball”, como consecuencia de lo cual casi no pudo mover los brazos durante tres días. No la iban a atrapar así, como una nuez ahogada en un mar de jalea de membrillo; porque de repente el cariño de los Mc.Donald se puso tan pegajoso como aquel postre que ya estaba echando de menos antes de tomarlo por última vez.

¡Qué demonios! Sería un Capitán del Ejército no más. La guerra no iba a durar treinta años. Y si no aparecía en toda la superficie de las Islas Británicas un muchacho que fuera alto, rubio, tierno, manirroto, capaz de ardimiento poético, de paciencia para la música y de emplear más de quinientas palabras cuando hablaba, se iría a vivir sola a Chelsea y se mezclaría con esas viejas de melena recortada que en los conciertos del Royal Albert Hall, según las fotos, se recogen la cabeza como si fuera un melón demasiado maduro mientras sorben a Tchaikovsky por todos sus poros. Pero viviría su vida, su propia vida, por más incompleta que fuera. ¡Tanta música que queda sin oír y sin escribir; tan pocos libros de poesía que se venden! ¡Toda la belleza perdida e inusitada en este planeta; toda la majestad de Dios desperdiciada en tantos lectores de Agatha Christie! Pero ella estaba ahí para consumir, para alimentarse de la necesaria magia, para aplaudir y agradecerse a todos los Orfeos de la tierra. Todavía tenía muchos años de llanto por delante. Esto ... si el “Talk of the Town” llegaba a destino, se dijo poniendo el dedo medio de cada mano sobre el índice antes de levantarse para restituir a aquellos labios negros el insuperable arrebol de los veinte años.

¡Qué esfuerzos tuvo que hacer Guy para no reír la noche siguiente, al hacer Miss Greyfield irrupción en el comedor! Reír avergonzadamente, en primer lugar. Si alguien le hubiera vaticinado alguna vez en Progreso el efecto totalmente afrodisíaco que la “papa hervida” iba a ejercer sobre un grupo surtido de hombres durante un viaje transatlántico, él habría calificado la profecía de maliciosa crueldad. Pero hasta el erotismo podía ser cuestión de latitud y de circunstancia en vez de irradiación entre orgánica y espiritual de la criatura humana, como Guy había creído siempre.

El escote en punta de Miss Greyfield, su blusa rosada y la complicada arquitectura de su peinado, uno de esos edificios trabajosos y largos de completar con que inglesas y norteamericanas, incomprensiblemente, iban a las fábricas a contribuir al “esfuerzo de guerra”, agitó a los hombres de su mesa como una mano que les fuera subiendo por los muslos. Era increíble. Desde el otro extremo de la mesa Pierre se levantó para respirar su perfume dulzón – “Schocking” de Schiaparelli –; el contralmirante le anunció que tenía un “carton” de cigarrillos para ella. Guy se quedó mirando fijamente el escote y sintiendo en su sexo ese cosquilleo del que ha estado horas al sol.

Pero cuando el hervor de la sangre masculina pareció calmarse un poco la inglesa dientuda abrió la boca para soltar una noticia que era su segundo shock de la noche. La abrió y la volvió a cerrar: alguien había dicho mientras tanto “Peter Clark” para presentarla a un nuevo comensal y ella lo saludó con una indiferencia tan ofensiva que Pierre y Guy, cada uno por su lado, pensaron enseguida que lo conocía íntimamente. Clark salía de la enfermería del barco con la tez sonrosada, agresivo en su nariz centroeuropea y sus cejas espesas pero plácido en el ojo líquido, redondo e infantil; no parecía haber estado indispuesto en su vida.

“Ha pasado algo muy interesante” dijo ella inclinándose y exhibiendo mejor los senos. “Un submarino ha hundido a un transatlántico inglés hace una hora y en este momento nos sigue”.

“¿Qué transatlántico?” preguntó Pierre.

“Creo que el “Malaga Star”.

“¡Bueno, por fin un hundimiento! Era hora de que ocurriera algo” saltó Adolfo Cortés, con los ojos fijos en aquel escote triunfante. “Desde que salgo a cubierta a las siete y oigo a esos malditos voluntarios polacos dar patadas, mientras el estúpido de su instructor les grita ‘léva, léva ...’”.

“... hasta que huye todo el día con su silla como alma que lleva el diablo apenas oye a los otros voluntarios ..” lo interrumpió Guy.

“... nunca pensé” siguió Cortés mientras cambiaba nerviosamente de lugar el salero, y su vaso de cerveza, y el pote de mostaza, “que este viaje podía ser tan deprimente. Sin intención de ofender, claro está”, dijo, demasiado tarde para evitar el coro cómico de “ohs” que se levantó de todas las bocas.

“Muy interesante su noticia, Miss Greyfield” dijo a ésta Platon-Cadbury. “Parecería venir derecho de la cabina del Capitán”.

“¿Por qué? ¿Ud. cree que acostumbro visitarlo? ¿Eh?”

“¿Y por qué no? El Capitán es un hombre de buen gusto” respondió Platon-Cadbury un poco secamente.

Mildred creyó llegado el momento de intervenir.

“Contralmirante, no me gusta esa manera de ‘humour’. Si quiere Ud. reconocer lo atrayente que está esta noche Miss Greyfield con ese peinado y esa ‘toilette’, hágalo francamente y se acabó. ¿Qué es esto de sacar las castañas con mano ajena atribuyéndole su propio interés al Capitán?”

Guy admiró sinceramente el tacto de la pomona romana, una de las pocas mujeres que conocía capaz de decir frases largas sin enredarse. La estocada fue oportuna y maestra; aunque su enemigo el contralmirante salió de ella ligeramente rasguñado, Miss Greyfield pudo esponjarse dentro de su blusa como una gallina clueca. Luego, con esa fluidez de discurso que le daba el viaje, esa despreocupación que por primera vez le levantaba del pecho una mano de hierro, Guy dijo:

“Querido Cortés: lamento desilusionarlo, pero este barco hace catorce nudos por hora”. (De algo había de servirle su amistad con Collins).

“¿Y con eso qué me quiere decir?”

“Que no hay submarino que pueda alcanzarnos”. Y como Guy vio que Platon-Cadbury quería hablar, se adelantó a decirle: “Conste que sólo he visto una vez al Capitán, y eso con testigos”, arrancando una carcajada a toda la mesa.

X

X X

Otra mañana más, la segunda en que levantarse más temprano le traía a Guy la recompensa de un encuentro con Karen en cubierta. Los rojos del cielo en esas primeras horas

de la mañana – pinceladas horizontales que atravesaban los riñones de nubes – lo arrancaban de aquel universo nocturno, tan cercano, en que tocaba casi las estrellas. La brisa era un rudo manotón de amigo, un saludo personal de la mañana, y casi habría podido decir al recibirlo que se sentía demasiado bien, con un gusto a bizcocho en el alma – o en algún centro inmaterial de su ser – antes de iniciar esa serie interminable de vueltas al barco en que una hora después lo sucedía matemáticamente el contralmirante.

Karen con sus faldas escocesas, su risa, su locura por el rojo, siempre saludando y sonriendo a todo el mundo, a ese mundo que sus compañeras de las espinillas y los pantalones tenían prohibido mirar; Karen, invariablemente sola, allí, antes de que se levantaran las otras chicas. Karen, como clarín de soledad. ¿Qué tendría dentro? ¿Cómo se podría llegar a ella sin ser recibido con esa burla que Guy, más o menos, esperaba de todas las mujeres?

El ‘léva, léva’ del instructor polaco en la desordenada lección de gimnasia de los voluntarios los hizo reír las dos mañanas que se encontraron. Rieron con la misma fuerza que Adolfo Cortés ponía en su despliegue de excandescencia. Ella se preguntaba al mismo tiempo: “¿Qué tendrá este tipo dentro? Tan gentilhomme y caballeresco, pero así y todo tan distante”. ¿Qué esperaba para decirle algo más personal, o aunque fuera algo verdaderamente inteligente, verdaderamente crítico? Su sarcasmo era ya un refrán del barco.

La segunda mañana encontró una fórmula para hacerlo salir de sus casillas: le pediría que le escribiera unos versos de recuerdo.

“¿Versos?”

“Sí”.

“¿Por qué?”

“Porque sé que Ud. escribe”.

“Y a Ud. .. la mujer de los deportes violentos, ¿le gusta la poesía?”

“¿No le gusta la música a los cirujanos?” dijo ella con adorable risa ronca.

“¿Qué ... qué poetas lee?”

“Me gusta leer poesía en inglés, por lo complicada y difícil que es su forma; sentirla es un motivo de orgullo, como si uno resolviera una ecuación de matemáticas superiores”.

“Miren Uds. la que decía tener miedo de los intelectuales. ¡Qué manera de tomarnos el pelo! ¡Ah, Karen, Karen! Gracias, pero rechazo la comisión; soy incapaz de hacer lo que me pide”

“¿Por qué no prueba ahora? Libre y solo, entre el cielo y el mar”.

El rió. “Ud. se da cuenta de que estamos en 1942? Ni tiene Ud. una cintura de avispa, ni usa manchon (nosotros nunca dijimos “manguito”), ni vamos a París, ni soy Rubén Darío”.

“Pruebe de todos modos” le dijo ella con tono de desafío.

La próxima vez que se vieron él anunció que intentaría un soneto. Y saltándose con no mucha gracia otra barrera de timidez: “¿Habrá alguien que, al final del viaje, se lleve el premio mayor de la lotería?”

“¿Qué premio?” En la pregunta de ella latía una genuina curiosidad.

“Ud. ... ¿O no sabe que todo el pasaje está enamorado de Ud.?”

“No me diga” contestó ella riendo y ruborizándose a un tiempo. “El caso es que yo no encuentro un solo hombre capaz de interesarme; no hablemos ya de enamorarme”.

“¿Ni uno solo? ¿Somos todos tan horribles?” le preguntó Guy con una mueca de burla en la que, si ella no hubiera sido tan joven, habría podido leer lo ofendido que estaba y el esfuerzo que hacía para contestarle.

“Horribles no, pero a mí me gustan los chicos de mi misma edad: 19, 20 a lo sumo. Son una cosa limpia y recién hecha; no hay que idealizarlos, basta con mirarlos; no saben lo que son las tretas y los trucos de los hombres. Mis padres dicen que es una aberración, pero me gustan así, y ¿qué puedo hacer?”

“Aberración no; probablemente, un gran aburrimiento” contestó él.

“Eso sí. Tienen poco en la cabeza, y de lo poco que tienen – máquina, yates, coches – más vale que no hablen. Pero me gusta que sean delgados, atléticos, con cara de ‘babies’; sobre todo que sean torpes en el amor. Un hombre mayor como Ud. o un viejo de cuarenta están ya podridos de argucias para conquistar a una mujer. Y todo lo quieren es conquistarla para una noche o dos, no enamorarse de ella. Qué asco”.

“No todos serán iguales”.

“Mírese a un espejo. Todo Ud. está lleno de ... ¿cómo es esa palabra que vi el otro día en el diccionario y me gustó tanto? Arti .. ah, sí, artulugios. Todo lo que dice es seducción pura. No la de los seductores de Florida o Esmeralda, pero seducción al fin” dijo ella sonriéndole como si acabara de darle el sí.

“Ah, insensata. Si supieras la verdad” pensó Guy. “Y si supieras que dar el corazón a alguien es perderse para siempre y, a la larga, perder también a ese alguien. ¿Dónde cuerno habrá ido a parar tu pureza dentro de veinte años?” Pero tuvo el coraje de decirle, aunque con un temblor de rabia en los párpados:

“Exceptuándome a mi, tiene Ud. razón. Pero marche presa”.

Karen se alejó con aquella sonrisa incomparable de criatura que ha venido varias veces a la Tierra y se siente cómoda entre los secretos humanos: sonrisa incomparable e inmotivada, esto Guy lo veía muy bien ahora. El quedó completamente aplastado; gracias a la constante e

inteligente compañía de Odile, había olvidado por completo, en las semanas anteriores a la partida, qué cruel puede ser una mujer que no ha vivido, que no ha sufrido el toma y daca de dos egos aguzados en un lecho donde se juegan el orgullo animal y el orgullo social al mismo tiempo. Y se mordió la gana irresistible de gritarle: “¡Imbécil! ¿Cómo va a ser tierno el hombre si en estas tierras no hay mujer que le enseñe la ternura? Ni siquiera la primera, la fundamental, que lo mimaba excesivamente de bebé y luego lo deja suelto para que se haga hombre entre las bestias de los demás hombres, como Dios le dé a entender”.

Pero de todos modos, como estaba solo, gritó “¡Puto mundo!” Luego, casi tan alterado como después de una de aquellas discusiones que tenía con su padre desde los tres años: hinchada la garganta, hinchados el esternón, el corazón, el alma, tenso otra vez como si fuera una flecha por disparar, se largó a andar por la cubierta superior. Estuvo andando casi dos horas, en las que el oxígeno que le entró avasallador en los pulmones lavó su ira y al mismo tiempo le permitió eludir el dudoso placer de un panqueque de pasta sintética empapado de “golden syrup”, que era la atracción del desayuno. En una de sus vueltas tropezó con Peter Clark.

“¿Alguna noticia de ese submarino?”

“Parece que hace una hora, nada más, hundió al ‘Ottawa’. Transatlántico canadiense. Y lo de ayer es cierto. Era el ‘Malaga Star’.

“¿Anda solo?”

“Parece que sí. Italiano con tripulación alemana, dicen”.

“¿Cómo se pueden saber esas cosas?”

“Oh, en la guerra todo se sabe. Pero guarde el secreto ¿eh?”

“¿Para qué, si todo se sabe?” le contestó Guy riendo. “Y además, Miss Greyfield lo desparramaría enseguida”.

“¿Pero quién le hace caso a las mujeres?”

“Los reyes. Los hombres de Estado. Gente así” dijo Guy con una sonrisa casi sibilina, jugando a su vez a hacerse el misterioso. Pero la sonrisa se le secó ligeramente en los labios al mirar la camisa del contra maestre. Hacía por lo menos seis días que no se la cambiaba.

X

X X

A las diez estaba Guy en el “lounge” con sus notas, decidido a seguir con la traducción técnica que salió de Montevideo sin concluir. En la puerta del salón encontró a Adolfo Cortés,

un Cortés hosco, en tirantes negros sobre una amplia camisa blanca. Por lo menos esta sí estaba blanquísima.

“Desde esta mañana siento un frío bárbaro” le dijo el argentino.

“¿Por qué no se pone el saco?” le preguntó Guy por no decirle: “No sea patán; nadie anda en tirantes en un barco”.

“Pero no es esa clase de frío. Es como si algo dentro de mi cuerpo me estuviera avisando que va a pasar algo”.

“¿Una tormenta?” dijo Guy haciéndose el idiota. “Pero Ud. es porteño. Yo creía que solamente los hombres de campo sentían las tormentas”.

“No una tormenta: algo. Los ‘mediums’ dicen sentir sensaciones parecidas, tener instintos como este mío ahora. Estoy seguro de que todos mienten; pero lo mío ... lo mío es verdad”.

“Ya vi desde un principio que Ud. era un personaje excepcional” le dijo Guy con la expresión más seria del mundo. “Pero si mal no recuerdo, anoche Ud. pedía que pasara algo”.

“Algo, sí; no esta clase de avisos que te hacen correr electricidad por la piel” respondió malhumoradamente el arquitecto al salir.

En el “lounge” vio por fin Guy a una de esas pasajeras misteriosas de que Collins le había hablado la primera noche: mandíbula prognata, cara larga y pómulos brutales (“Debe ser idéntica a su padre” pensó Guy), y la gata morena que él había visto dormida en un sillón la mañana de la partida. Al mirarla ahora y verla despierta lo emocionó la manera que ella tenía de coger un cuaderno y luego abrir su pitillera como si no pudiera asir totalmente los objetos, impedida por algún elegante reumatismo (“No tiene la menor idea de lo que es reumatismo, mi pobre Guy”).

El silencio tenía una densidad de agua pesada. Pasaron cinco minutos. De pronto Guy sintió también “algo”: un cosquilleo dentro del pecho. Un segundo después sonó el timbre de alarma seis veces, rápida pero casi imperceptiblemente, y luego una séptima vez, con un sonido resonante. Guy no contó los timbrazos, pero en el corazón de las dos mujeres aquel aviso tuvo un eco inmediato. La muchacha lo miró por espacio de un segundo (la pausa impuesta por la cortesía británica) y luego dijo con voz sorda:

“La alarma ¿no?”

“Sí, puede ser. Algún ensayo; ¿qué quiere Ud que ocurra con este sol y a esta hora?”

Ella lo miró como si estuviera loco y bajó los escalones de tres en tres mientras él miraba fuera por el ojo de buey. Envuelto en la gris veladura en la distancia se veía un barco de guerra.

“Es un acorazado” dijo en voz alta a la señora – casi señor – del tejido, que se levantó trabajosamente de su “wing chair” y se acercó a él. La persona asomó la cabeza por el ojo de buey, vanamente, pensó Guy, porque estaba seguro de que no veía nada y que había asentido sólo por no tomarse en líos con un desconocido.

“¿Qué pueden hacer, cañonearnos?” preguntó ella inesperadamente.

“¿Nuestros aliados?” (Arte fácil y tranquilizadora la de responder a una pregunta con otra).

El roble de la escalera crujió escandalizadamente al subir la chica los escalones, también de a tres.

“Llamado a los pasajeros. Todo el mundo en cubierta con su salvavidas” gritó ella jadeante.

“¡Gracias!” le contestó Guy, mientras ella volvía a desbarrancarse por la escalera. “Tómese su tiempo, señora” dijo enseguida a la mujer – o lo que fuera – decidido esta vez a ser verdaderamente más inglés que los ingleses. “El acorazado debe ser norteamericano” añadió improvisando; a aquella distancia sólo la tripulación habría podido individualizarlo. “No llevamos bandera ni nombre pintado en el casco ... Es lógico que nos hayan detenido. Pero no pasará nada. A la luz del día esas cosas se arreglan pronto”.

“Gracias. Le agradezco mucho” dijo ella, bajando pausadamente la escalera.

Guy no se movió. El no sentir ningún miedo le dio una alegría irreprimible, casi salvaje. Sus miedos del Uruguay eran sin duda formas de miedo a la vida. A la vida, sí, pero no a la muerte. Por lo menos a la muerte no le tenía miedo. ¡Ah, como quería que su madre hubiera podido estar dentro de él en ese momento! Pero ahora que había reaccionado como se imaginaba que reaccionan los hombres comunes y corrientes desechó su arranque por umbilical y pueril.

Después de terminar la página que estaba traduciendo, el viajero bajó morosamente a su camarote, se refrescó la cara y se peinó, tomó su salvavidas y su sobretodo – en el que estaba metida la enorme linterna de Odile – y se puso en el bolsillo de la chaqueta sus documentos más importantes. Luego subió a su puesto en la cubierta de estribor. Nada. Nadie. Mirando siempre al mar, subió a la cubierta del puente. Allí en la popa, casi en su totalidad, estaba congregado el pasaje. Extraño. Vio a Amescua al fondo de un grupo; la mejilla amarillenta, los labios exangües, pero sin salvavidas a cuesta. Más extraño todavía.

Pierre estaba en mangas de camisa y tampoco tenía consigo el salvavidas. Al mirar alrededor suyo Guy vio que una tercera parte de los pasajeros no lo llevaban. ¿Era esa la

disciplina sajona? Pues entonces ... Pero antes de registrar la crítica en su mente, Guy pensó: “¡Bah! ¡Sajones! A lo mejor ninguno de estos ha salido nunca de Buenos Aires”.

¡Qué esponja de silencio llenaba todos los espacios vacíos del barco! ¡Qué rigor casi mortis se había asentado en todas las caras! Era fácil ver por qué aquella disciplina – individual o social – ofendía tanto a los mercuriales o histriónicos latinos.

Acercándose a Guy, Pierre movió la cabeza hacia adelante y señaló la extensión de mar frente a la popa. Guy vio dos barcos silueteados en todo su esplendor de cañones, mástiles y torretas de tiro contra el cielo pálido del Atlántico Sur. Con su autoridad de testigo casual de la batalla de Punta del Este, reconoció ahora de verdad a uno de los barcos como acorazados y pensó que el otro, más pequeño, debía ser un “destroyer”. Parecían estar a unos cinco o seis kilómetros del “Talk of the Town”; sabe Dios cuánto sería eso en brazas marinas.

El sol bendecía discretamente a la muda asamblea; la brisa ligera traía a los músculos de todos, flojos por la “détente” nerviosa del viaje, una gana extra de vivir. Todo negaba allí el peligro. Guy se puso a sonreír a los que miraba, pero sólo recogió un general fruncimiento de labios y ceños. No tener miedo era una cosa; parecer frívolo otra. El más acusador de todos esos gestos fue el de Adolfo Cortés al echar a correr de repente hacia la escalera que lo llevaría a su camarote, bien atado el salvavidas sobre su matinal atavío.

Había muchos pares de gemelos contemplando los dos barcos de guerra y tratando de adivinar sus intenciones; muchos, pero entre ellos no figuraban los de Pierre de Grut. Ni éste ni Guy necesitaban de ellos para ver lo fundamental: los reflectores blancos de ambos barcos enviaban insistentemente un mensaje al “Talk of the Town” mientras éste viraba lentamente hacia la derecha. Entre los pasajeros inmóviles Pierre denunciaba su inquietud con unos cortos pasos rítmicos de guaracha, involuntario vaivén que apenó a Guy.

¿Qué sentiría toda aquella gente? ¿Qué había detrás de aquellas máscaras? Guy pensó en las descripciones del silencio absoluto que le hicieron una vez – con más imaginación que apoyo experimental – una mezcla extraña de físico y biólogo australiano que había conocido en Buenos Aires; ese silencio en que el hombre oye perfectamente, con enloquecedora percusión, el cuerdo tamborileo de su entraña cardíaca y los pulsos menos cuerdos de sus sienas. Si de repente se hiciera un silencio absoluto allí, en medio del océano, ¿podría oírse el latido clamoroso de todos aquellos corazones, gritando una verdad que las caras negaban?

Guy buscó con la mirada a Mildred Stokes. Ni rastro de ella. Volvió a mirar detenidamente al vasto grupo: Mildred no estaba allí. ¿Cómo era posible? ¿Qué función podía tener aquel barco que ...? Al detenerse sus ojos en la escalerilla la vio subir cargada de salvavidas: tres en cada brazo por lo menos, y dirigirse a un grupo de voluntarios donde había

varios no preparados para la emergencia. La majestuoso pomona les tiró los artefactos a la cara y luego, como si tal cosa, sacó un tejido recién comenzado de uno de los amplios bolsillos de su abrigo y se puso a mover las agujas como si le hubieran dado veinticuatro horas para concluir su “sweater”.

Cortés la siguió en cubierta unos minutos después, mientras los potentes reflectores lejanos lanzaban todavía su mensaje. Hombre prevenido vale por siete; mientras sus compañeros de viaje perdían el tiempo en aquella prudente expectativa él se había encajado encima su traje gris, chaleco con cadena de oro y todo; se había puesto un sombrero de fieltro y traía, en el brazo que le dejaba libre el salvavidas, un grueso sobretodo.

“¿Qué pasa?” dijo a Guy con voz de hombre satisfecho con su listeza. Imitando a Pierre, el uruguayo señaló con la cabeza los dos barcos y el mensaje con que los soles blancos artificiales perforaban la luz natural.

“Un momento” le respondió el otro arrojándole su abrigo antes de volver a desaparecer por la escalerilla. Al mirar con divertido asombro al arquitecto en fuga, Guy vio que debajo de los pantalones grises llevaba otros, más claros, de lustrina. (“¿Qué suerte la del inglés: ahogarse y salvar la ropa!”) Pasaron algunas horas que los relojes registraron como segundos. Nadie se movía; nadie decía nada. Había muy pocos oficiales en cubierta. El de cara de niño – ahora parecía un niño de palo – no miró esta vez a Guy con persistencia; enseguida de hacerle un saludo casi imperceptible volvió los ojos a los dos barcos sobre los cuales los había tenido fijos casi todo el tiempo.

A aquel aire le faltaba oxígeno: ¿cómo era posible? Al pasar junto al oficialito, Collins sacudió de pronto la cabeza de izquierda a derecha apretando los labios, con uno de esos gestos de hombre de pueblo que parecen querer decir: “Mala suerte” o “¿Qué le vamos hacer!” El chico palideció de pronto; la grana de sus labios se degradó hacia el rosa sucio.

Guy alcanzó al camarero en cuatro zancadas.

“Collins. ¿Pasa algo?” le dijo sonriendo.

“Pasa que nos hemos detenido, milord” contestó el cockney sin sonreír y otra vez con los ojos semicerrados; pero ésta Guy no supo respondiendo a qué.

“¿No ven que son barcos norteamericanos?”

“Sí; pero ellos no ven que somos británicos”.

Collins siguió su camino. Avanzando por el lado de babor aparecieron de pronto tres mujeres, una de ellas un capricho goyesco; el rostro hinchado y deforme, como el cuerpo; la piel llena de pequeñas pústulas y los zapatos abiertos a los lados con sendos tajos para contener el grueso vendaje de piernas y pies. Amescua la miró con compasión y Guy con horror. Las tres

traían puesto un abrigo de piel y el salvavidas encima: eran evidentemente de la casta previsoras de los Cortés y estaban ya completamente listas para dejar el barco. Pero sus preparativos equivalían a una opinión sobre el incidente oceánico, y opinar era una manera de crear alarma, cosa tabú en aquella guerra; Guy recordó los “affiches” londinenses que viera en Montevideo.

Nadie las miró; nadie pestañó; pero una corriente secreta de reprobación pasó de diafragma a diafragma, como un mal aire. Y cuando la figura goyesca tomó su cámara para fotografiar a los perros de la patrulla atlántica, el oficialito pareció interpretar, al arrancársela de las manos, un vehemente deseo general.

“¿Con qué derecho ...?” gritó ella.

“Ud. lo sabe perfectamente bien”.

“Devuélvame esa cámara”.

“No puedo, señora; ya lo hará el Capitán al final del viaje”.

“¿Qué cree Ud. que soy yo, una Wren? Aquí no estamos en Inglaterra”.

“Ahí se equivoca, señora” dijo el oficialillo, serio y amable al mismo tiempo. “Estamos: esto es Inglaterra”.

Dando media vuelta, la dejó desinflándose en un resoplido de ira. En lo alto de la escalerilla se encontró con Adolfo Cortés, que subía enfundado en un grueso traje negro de invierno, el tercero que se ponía encima en pocos minutos. Enfundado era la palabra exacta; estaba metido en una funda en la que apenas podía moverse. Al ver a aquel guardarropa humano Guy soltó una risa sincera, incontenible, que en el vasto silencio de la cubierta sonó como una bofetada. Rápida como un proyectil antiaéreo, la mujer de las pústulas volvió la cabeza hacia él.

“Son of a bitch” dijo lo suficientemente fuerte como para que la oyeran los que estaban más cerca suyo. Pero la voz de Cortés, más alta y más nerviosa, se superpuso a la de ella:

“Si no son barcos aliados ¿por qué no tiran contra nosotros de una buena vez?”

Un cañonazo le dio una respuesta elocuente, pero no muy breve. El cristal del aire pareció romperse con la detonación, cuyos ecos enturbiaron por varios segundos los oros cítricos de la luz. El “destroyer” – o lo que fuera – se había acercado al “Talk of the Town” y ahora lo apuntaba con sus dos cañones mayores. El vasto grupo inmóvil tuvo un sacudimiento perceptible, como si un gran petardo hubiera estallado en la bodega del barco; pero los rostros permanecieron impávidos.

“A la puta. Esto se pone serio” dijo Cortés tomando su abrigo de manos de Guy y echando a andar con tal prisa hacia la escalerilla que pareció por momentos que se iba a caer.

Tres o cuatro pasajeros lo imitaron con mejor éxito. Se les veía, sí, la prisa loca de borrarse de la lista de presuntos blancos en cubierta, pero no la gana desahogada de correr.

“Mira, Pierre” dijo Guy. “Acaban de soltar una lancha”.

“El cañonazo ha sido entonces un aviso para que nos detengamos. Ahora vienen a ver si somos lo que decimos que somos”.

“¿Y lo somos?” pareció preguntarle Guy con una mirada de soslayo. Con su risa sorda y su manera de frotarse una mano con la otra el belga reconoció que su observación no había sido particularmente feliz.

“Vamos al bar. Vamos. Si está abierto y funciona, es que tú tienes razón”.

Esta proposición animó más a Pierre:

“Y si no funciona” dijo, “en el camarote tengo una botella de ‘Old Smuggler’”.

Los dos echaron a andar despreocupadamente, con una despreocupación que a la mujer de las pústulas le pareció un nuevo desafío. Pero a los veinte pasos Guy detuvo a Pierre con el gesto.

“Un momento. Voy a llamar a Amescua. Hace unos momentos el pobre tenía una cara terrible”. Los tres se reunieron en la escalerilla.

“Que no se diga. Todo un veterano de la guerra civil” le dijo como saludo Pierre, con una falta de tacto casi inconcebible en él.

“Veterano de la vida, pongamos” dijo Amescua con la voz ronca y los ojos inyectados.

“Pero ¿qué se había hecho, viejo? ¿Ha estado enfermo?” preguntó Guy.

“No. Me he emborrachado; lo peor que podía hacer. Yo le dije que iba a escribir un par de notas para los diarios, pero no es verdad. He bebido como una bestia. La vista de Buenos Aires me era insoportable, pero el no verlo ha resultado peor. Ayer me tomé una botella entera de ‘whisky’ y anteayer otra. Mal remedio. Tengo el hígado hecho polvo y la especie humana, en esas condiciones, le parece a uno peor que nunca”.

Bajaron. El bar estaba abierto y Collins detrás del mostrador, siempre serio. Pierre acompañó su pedido habitual de otro no menos habitual:

“Y un ‘whisky’ sencillo para el señor”.

“No, yo no puedo” dijo Amescua.

“¿Tan seria es la cosa?”

“No puedo”.

“Hágale caso a un profesional de la borrachera” siguió diciendo Pierre. “El organismo enfermo ‘a la mañana siguiente de la noche anterior’, como dicen los ingleses, necesita un poco más de tóxico para entonarse. Los médicos se lo pueden explicar químicamente si quiere”.

“Pero Ud. no es un profesional de la borrachera” protestó el ‘amateur’.

“¿Ah, no? ¿Y cómo cree Ud. que logran mandarnos cada vez al continente? Una sola misión de bombardeo basta para quedar enfermo de los nervios por un mes. Si no nos esperara la amante que nos tiene pronta la Fuerza Aérea – una botella de Gordon’s – ¿quién iba a volver a salir?”

“Pero cada vez no ...”

“Cada vez sí. Por tres días vivimos en el limbo. Luego nos dan un litro de café, un par de duchas frías y un ‘briefing’”.

“‘Briefing’?”

“Sesión de instrucciones. Y al infierno otra vez. Si le causa horror el espectáculo de la especie humana, le recomiendo que venga como corresponsal a una de esas misiones. A la vuelta la vida le parecerá una Jauja, un paraíso; y el hombre, el más delicioso de los animales”.

La disquisición de Pierre pareció tener para Amescua el efecto de un “pep talk”. Sin decir palabra tomó su ‘whisky’ de dos saques; el color le iba volviendo rápidamente a la cara.

“Y en resumidas cuentas”, preguntó Guy, decidido a hacerlo hablar para completar aquella sumaria terapéutica, “¿qué tiene Ud. contra la especie humana?”.

“Su estupidez” dijo Amescua sin vacilar. Guy y Pierre se echaron a reír; el segundo un poco menos espontáneamente que el primero. “No su crueldad; no su incurable ceguera moral, que hace de la vida una cosa sin sentido; su estupidez”.

“Por ejemplo” dijo Guy.

“Por ejemplo ... el pedirme un ejemplo” dijo Amescua poniendo afectuosamente la mano en el hombro de Guy. Los tres rieron. Pierre dijo, mirando a su compañero de camarote:

“Vamos a ver si ha llegado esa lancha”.

“¿Esperas algún mensaje particular?”

Ante la intención de la pregunta el aviador ni movió una ceja; nada podía alterar en ese momento la complacencia olímpica de su expresión.

“Yo me quedo aquí” anunció Amescua.

El aire y el silencio componían una materia densa y transparente; todos parecían enterrados en un bloque de hielo puro y preservados para la eternidad. Los dos pasajeros se encontraron con Peter Clark en la cubierta superior. Tenía una camisa inmaculadamente limpia. “Ya veo que espera ir al Valhalla” estuvo tentado de decirle Guy.

“Los marineros de la lancha están a bordo” dijo el conmaestre. “Yanquis todos. Su capitán pide la lista de pasajeros”.

“Caray. Todavía se nos van a llevar a Miss Greyfield”. Guy habló sin poder contenerse, en uno de esos accesos de ironía mezclada de indiscreción que lo hacían odioso ante sus propios ojos y temible a veces ante los ajenos. El conrmaestre no registró nada; si tenía “une affaire” con ella, como lo anunciaban tantos gestos, tantos silencios en la mesa, y si la frase idiota de Guy lo ofendía, no lo dejó traslucir; su vaga sonrisa de buena educación no estaba dirigida a nada ni nadie en particular.

“Clark ... ¿De qué parte de Inglaterra es Ud.?” La pregunta de Pierre saltó repentina, como la de un interrogatorio político.

“De ninguno. Nací en Budapest y fui a Londres a los nueve años”.

“Ya me parecía”.

Pero el conrmaestre, que no quería meterse en ningún berenjenal, se abstuvo de pedir explicaciones.

“Un momento” dijo. “Voy a ver qué hacen y cuánto dura esta interrupción”. Y salió corriendo.

La mirada de Guy se volvió automáticamente a Pierre, cuyo cambio de expresión le pareció increíble. Los espías con cara de jugadores de poker le habían resultado ridículos en el cine, pero más ridículo aún era que pudieran permitirse el lujo de mostrarse con esta sonrisa de San Sebastián en los primeros éxtasis de su martirio. Aun como simple mueca teatral, la sonrisa de Pierre quedaba categóricamente desmentida por el sudor que le caía copiosamente por las mejillas, junto a las orejas, y por el entrecejo hasta bordear la nariz.

“Tanto cañonazo y todo acaba con la lista de pasajeros. ¡Ah, los yanquis!” dijo el aviador inconsecuentemente. Guy propuso que volvieran al bar: “Cuando los cancerberos se vayan, apuesto a que se llena de bote en bote”.

“Ve tú. Yo quisiera verlos marcharse” le contestó Pierre.

“Bien”.

Era una fórmula excelente para no tener que seguir presenciando aquella licuefacción sistemática. La inquietud de Pierre le hacía mal. Le habría hecho peor todavía si supiera de seguro que el aviador belga era un agente secreto de los dos bandos; por que esta era la idea descabellada que se le había ocurrido la noche anterior en el momento de acostarse.

Submarinos a la pesca de víctimas. Patrullas atlánticas. Espías. ¡No! No tan cerca de aquellas costas cantantes y sonrientes del Brasil; no entre adolescentes llenos de espinillas; no con tanto eco y sabor del Plata, aquella parte del mundo para la cual las guerras europeas son cosas tremebundas e inconcebibles que ocurren en Marte y que amenizan la lectura de los diarios locales. No, no y no, repitió el sentido teatral de Guy. Pero esos “no” se estrellaban

contra la noticia del enemigo a somormujo y contra el poderío de aquellas siluetas de acero, todavía tan claras a la distancia.

Al sentarse Guy, Amescua le dedicó una sonrisa triste.

“Me parece que vamos a tener que vigilarlo un poco, amigo. Y yo que lo creía una persona seria” dijo el uruguayo con una bronca vibración de afecto en la voz.

“Si la gente lo dejara a uno solo cuando debe ...” musitó Amescua.

“Haría mal. Está visto que todos tenemos un gran talento para hacer tonterías”.

“Qué inútil es todo, Señor”.

“¿Con mayúscula o con minúscula?”

“¿Cómo?”

“El ‘señor’. ¿Lo dice con mayúscula o con minúscula?”

“Qué tonto” dijo Amescua, soltando una risa desganada. “No. Es que ... que mientras exista la sensación de la fuerza y la ilusión de la conquista uno, que lo sabe, cierra los ojos. Pero viva Ud. meses y meses viendo morir a alguien, tómeme el sabor a la muerte, aunque no sea la suya, y al volver a la calle verá que ganas tiene de poner una bomba para hacer saltar a los demás. Tantos aires, tanto ruido, tanto palabrerío, tanto menear el culo por ahí para luego reventar, cuando ya se está podrido por la vejez. Y si se empieza a madurar mental y espiritualmente – cosa que debía ser la razón de estar en este mundo – la gente nos acusa del supremo delito latino: el de envejecer. Claro que envejecen los demás, porque son bajos e innobles; envejecer es una enfermedad, excepto en el caso de la madre de uno, que es una ‘viejecita adorable’, o el de uno mismo, porque no ocurre: ahí está el espejo para devolverle todos los días la misma imagen de hace treinta, cuarenta años” El cinismo de Amescua arrancó a Guy una risa amarga. “Dicen que se puede envejecer en Inglaterra, que allí no está considerado una obscenidad. Esa es mi esperanza: envejecer o morir. Como si una y otra cosa no fueran lo mismo”.

“Pero por lo que yo he visto entre los ingleses del Plata, allí no se venera a los viejos; se los acepta, como se acepta al hombre con sus defectos, respetándolo, quizá porque cada hombre que respira sabe que vivir es sufrir”.

“Muy bien, Delatour; esta es la cosa más racional que ha dicho hasta ahora”.

“Pero no espere que yo le fomente esas ideas necrófilas, viejo. Ud. está sano y fuerte; vale decir, es joven. Ya volverá a la estupidez ambiente de este mundo. ¡Hay tantas cosas buenas en él, aunque nada dure!”

El andaluz se echó a reír con los ojos húmedos; luego se los secó con un pañuelo,

“Lo que lamento es que por haber seguido Ud. estos días el consejo del tango ahora me deja beber solo” siguió diciendo Guy.

“Ya beberemos juntos. Ahora querría ver a esta gente levantarse como se levanta el ser humano cuando está frente el peligro; levantarse y salir de ese sudor gris de mediocridad que los cubre”.

“Ud. pide mucho” dijo Guy mirándolo a los ojos, que estaban enrojecidos e hinchados.

“Como los hombres del mundo occidental. Tendría que ser bonzo o intocable de la India para no pedir”.

Los ojos del andaluz volvieron a velarse. Hubo una pequeña pausa. De pronto, en medio del silencio, se escuchó el motor de la lancha norteamericana que echaba a andar y se alejaba. Guy, despaciosamente, salió a la puerta del bar. Pierre venía hacia allí, sudando y sonriendo más copiosamente que nunca.

“Por lo visto, somos lo que decimos” murmuró Guy por todo comentario.

Al entrar, el aviador levantó cuatro dedos de la mano en una señal a Collins que, ante tal programa alcohólico, se agarró la cabeza en un gesto deliberadamente teatral. Mientras el barco empezaba a moverse, un zumbido como de quinientas avispas avanzó hacia el bar. Pierre, aquel niño grande – fuerte y fofo, secreto y abierto a la vez, agradable y quizá temible – levantó entonces cinco dedos, arrancando a Collins una risa infantil.

“Antes que la langosta arrase con todo” gritó al barman-camarero, arrancándole uno de sus mejores guiños. Luego se volvió a pasar el pañuelo por el rostro y el cuello. Había dejado de sudar, pero también de sonreír.

Un coro de risas despreocupadas precedió a los primeros actores de lo que pronto resultó el “cocktail party” más animado de todo el viaje. El diapasón del ruido subió con industrias de órgano de iglesia; el número de avispas pareció multiplicarse por dos. Por primera vez en aquel viaje la ginebra corría como agua y el whisky como Coca-cola. Pronto los viajeros más jóvenes pasaron de pseudoingleses a seudonapolitanos y Karen se acercó a la mesa de los tres hombres invitándose a festejar con ellos el fin del incidente. Pero Guy, sonriéndole y poniéndole en la mano un Martini intacto, se levantó de la mesa.

“Lleve a Amescua esta tarde al camarote de Platon-Cadbury” dijo al oído de Pierre, atreviéndose a extender la invitación que había recibido la tarde anterior en una tarjeta impresa en negro y oro. Salió a cubierta. Quería estar solo, e inmediatamente vio que había tenido una buena idea.

El mar le parecía ahora más anchuroso que antes, el aire más respirable y picante, el cielo menos pálido. El paisaje marino le decía algo por fin: “Soy parte de tu vida, de tu carne:

respírame, gózame”. Se sintió tan feliz como cuando, en mitad de alguna fiesta de cumpleaños de su infancia, subía al altillo de un gran galpón que su padre había construido en el jardín de la casa y se encerraba allí a disfrutar la posibilidad de que alguien lo echara de menos. En una de esas ocasiones Carmen lo siguió.

“¿Querés que lloremos un poco? Vamos al altillo, vení” le dijo con el tono perentorio con que hablaban sus tías, poniendo un libro en sus manos. Era una mala traducción de “*Oliver Twist*”, pero la sola vista de la tapa hizo que Guy sintiera un nudo en la garganta. “Leé vos, ¿querés?”

“Muy bien” dijo él, sin encontrar nada de extraordinario en la invitación. Perteneecía a una de las dos generaciones de niños que se había criado leyendo los cuentos de “*Cuore*” de d’Amicis y haciéndose un repetido festival de llanto. Abriendo el libro en la página en que el pequeño héroe inglés cae en manos de Fagin y compañía, Guy carraspeó un poco antes de comenzar su trémula lectura.

IV

“Un renglón hay en el cielo para mí.
Lo veo, lo estoy mirando;
no lo puedo traducir;
es cifrado.”
(José Moreno Villa – “La verdad”)

Mildred cerró la puerta de su camarote y le echó la tranca. El incidente atlántico y el “jamboree” alcohólico que había suscitada al clausurarse le daban por fin este respiro, este lujo casi árabe de la soledad. Al fin estaba sola para llorar a pleno pulmón y con rabia si quería; sola para gritar, para rasgarse las ropas. Ganas no le faltaban; todo lo contrario. Modelos tampoco. Medea, Electra, Clitemnestra: tenía estilos diversos entre los que escoger para gritar su odio por el hombre. De algo sirve dar clases de literatura; hay frases que se le vuelven a uno refranes en la mente.

Era difícil que alguien la escuchara y si la escuchaban desde fuera dirían: “Todas las solteras cursis son iguales: en el pecho llevan un griterío atrida que tienen que soltar alguna vez. Las otras gritan en el orgasmo; por eso son menos cursis”.

Los sollozos la sacudieron apenas se tiró en su litera. Nada estaba curado ni cicatrizado; habían pasado dieciocho años y su horror, su aversión por la especie humana, su desesperación

por haber nacido, estaban tan de pie como la primera mañana, tan vivos como al llegar al “chalet”, llena de sangre y de olor a mar, a pedir socorro a sus amigos.

Dieciocho años de representar ante la madre y los hermanos la comedia de la resignación. Qué baldíos, qué inútiles. Al oír el cañonazo del barco norteamericano había sentido por primera vez hacía una hora esa tranquilidad que era tan experta en simular; tanto que en estos últimos tiempos hasta ella misma creía que todo estaba enterrado o casi enterrado en las cámaras últimas del olvido. Pero aquel horror vivido una vez hasta en la médula de los huesos no estaba momificado; era un fakir de esos que alguien desentierra y que de repente vuelve a respirar, a mirar a los demás en la cara con una mirada que parece venir de otros cielos, de otras galaxias. Mientras tejía en cubierta, y al verla mover los labios unos creían que rezaba y otros que estaba contando puntos. Mildred, sin darse cuenta de lo que hacía, estaba murmurando: “Si se hundiera el barco y yo muriera, ¡qué suerte! Todos dirían ‘¡Qué desgracia!’ pero yo: ‘Qué suerte’. Todos se lo imputarían al destino. Yo no tendría que matarme: me mataría el destino. Ya pude ver el golpe bajo que fue para todos aquel suicidio al llegar la noticia a Inglaterra. Toda la familia sintió una especie de culpa colectiva, todos, como si yo hubiera sido en alguna forma la causante de lo que pasó. Pero ahora han dicho: ‘No quiere tener novio; no quiere o no puede; ya no se puede casar. Es lógico que vaya a hacer algo por su país, completamente lógico’. Lo han dicho todos: Pellé y Teddy con un suspiro de alivio, estoy segura. Por más que yo sonriera, y saliera y fuera a bailes, o hiciera fiestas a mis sobrinos y no me perdiera sábado en alguno de los ‘clubs’, mi presencia en la casa era un testimonio perenne del escándalo y una especie de acusación contra todos ellos. Acusación por haber quedado enteros, por llevar vidas más o menos normales; pero acusación al fin. ¡Por qué no me habré muerto ahora! O antes. Antes, sí; me debieron haber matado antes en vez de haberme dejado rota en mil pedazos, sin confianza en nada ni en nadie por el resto de mi vida. Asesinos. Aquella mañana me mataron ... ‘nos’ mataron varias veces. Nunca se ha asesinado a nadie como nos asesinaron a los dos. Qué sarcasmo, resucitar después de haber muerto tantas veces”.

El acceso de llanto que la sacudió enseguida – un llanto de la Hélade, cortado por agudos gritos mediterráneos, como si las erinias esperaran para hacerle coro – era como un gran grito que pegara a los suyos: “¡Cobardes! ¿Uds. creen que basta con ‘sentirlo? ¿Qué han sentido Uds., cómo lo han sentido? Como una vergüenza; lo primero ha sido cada uno de Uds., naturalmente. Como una vergüenza; el pecado original es el del egoísmo. ¿Quién ha pensado en mi, en lo que pasaba por dentro de mi, en mi vida rota, mi cuerpo roto, mi alma desgarrada como si hubieran estado haciendo vendas con ella para tanta sangre y tanta violación, tanta, tanta violación de tantas cosas sagradas para una mujer y un hombre?”

Estaba lanzada y se puso a gritar con gritos retenidos durante años y años en las habitaciones en sombra de la casa del Tigre; gritos ahogados contra los alfileteros, contra los volantes de chintz, contra cientos y cientos de pañuelos. Durante diez años no la dejaron nunca sola. Era inútil que dijera que iba a salir “a estirar las piernas”. Si hubiera dicho que casi todos los días sentía necesidad de gritar, la habrían llevado a un psiquiatra del que habría sido perfectamente inútil esperar unas palabras inteligentes como las que ella necesitaba: “¡Pues grite, grite hasta desgañitarse! Nada mejor para su caso; hay montones de sitios por ahí donde se puede desahogar. ¡Grite!”.

¡Ah, gritar, gritar por fin; decirle a Dios, al “fatum”, a quien fuera, que ella no era la “goody goody” que los demás creían; que era una especie de princesa de barrio a quien en poco más de una hora le habían cambiado la lámpara maravillosa del amor por otra, agujereada, cuyo aceite rezumaba salvajismo y odio! Odiar no era estar loco. No en su caso por lo menos. Era lo normal, lo justo. Pero nunca había podido gritar su odio, ni siquiera de madrugada en aquel barco, donde las chicas se habrían pegado un susto de padre y señor mío al oírla a lo lejos y no verla junto a ellas, siempre vigilante. Y la sórdida historia habría salido a luz y la habría acompañado al cuartel de Inglaterra adonde iba a ganar su soledad castigándose. Y quizá a gritar también; en Inglaterra quedaban muchos bosque solitarios, muchos senderos perdidos por el campo. Mientras tanto, si el barco se hundía de verdad, aprovecharía los últimos momentos para lanzar alaridos como éstos: era mejor llegar al purgatorio o al infierno aligerada de aquella carga terrible de gritos que llevaba dentro.

X

X X

A las seis en punto de la tarde Guy entraba en el camarote del contralmirante Platon-Cadbury, trozo de un mundo cuya existencia en el barco no había sospechado hasta esa mañana. Fuera de allí todo sugería la emergencia, la necesidad; el único lujo estaba en aquellos círculos de tiza a los que, cuando el aburrimiento se hacía más agudo, ciertos pasajeros arrojaban, con ilusión de destreza, redondeles de cuerda que luego no encontraban por ninguna parte.

Pero aquella cabina, con su única litera cubierta por una colcha verde, su sofá y sus dos sillas tapizadas de verde y marrón – “colores que la clase media había impuesto como pendones de su mediocridad en el gran campamento gitano que era Inglaterra en aquellos días”, dijo el anfitrión – ostentaba el lujo supremo del espacio. Y el espacio era allí el homenaje que

la autoridad rendía al rango, a la jerarquía, como vaticinio de un tiempo en que una humanidad enloquecida acabaría por pagar cada centímetro cúbico de él a precio de oro.

Un vistazo al recinto quitó inmediatamente a Guy la sensación de enclaustramiento, de cárcel que cada día le iba dando más el barco (y que no le era del todo desagradable: “En el anonimato y el encierro está la paz”, se decía). Inmediatamente también se sintió de vuelta en Progreso, en los tibios prados de la cortesía anglosajona, con su opinión encorsetada, su pasión limada, su individualidad ahogada: todas aquellas razones negativas que, juntas, hacían quizá la verdadera civilización.

Detrás suyo entró Frank, queriendo peinarse a cabezazo limpio las mechas que le caían sobre los ojos porque llevaba las manos ocupadas como dos platos de “sandwiches”, unos de Chesire y otros de “corned beef”.

“Aquí tienen Uds. el caviar y el foie-gras de la casa”, dijo irónicamente con aquellas “aah” y “ooh” tan abiertas que parecía que iban a reventarle en la boca.

“Que nunca nos falten” dijo Mildred Stokes, soltando una especie de amén casi como un suspiro. Tenía todas sus joyas de oro, su mejor vestido negro, su mejor sonrisa; nadie la había visto así hasta entonces. Pierre, Amescua y ella – los tres vaso en mano – completaban el “party”. El camarero tomó una fuente llena de bebidas y la puso frente a Guy.

“Jerez seco, Scotch, Martinis, Manhattans, sir” le dijo.

Guy tomó una copa de jerez pálido y, al pensar en el sol que contenía dentro, se le hizo agua la imaginación.

“Yo quiero un poco de Shakespeare” dijo el contralmirante.

“Se lo ruego; no en horas de servicio, sir”.

“¿Quiere que me queje al Capitán?”

“No, por favor. Pero ¡qué dirán los señores!”

“Se divertirán. Lo hace Ud. estupendamente. Vamos”.

Frank dejó la bandeja sobre la mesa, soltó una risilla avergonzada, se encogió de hombros y echó para atrás con la mano el mechón que le había caído sobre la frente. Luego abrió completamente los ojos redondos como quien ve visiones, frunció la boca redondeándola y levantó los brazos a los lados del cuerpo dejando colgar las manos como apéndices de alas rotas. El efecto cómico era casi irresistible, pero nadie sabía si deliberado o no, de modo que los circunstantes se limitaron a sonreír. Enseguida comenzó el camarero el breve monólogo final de Puck en “Sueño de una noche de verano”:

“If we shadows have offended,
Think but this, and all is mended;
That you have but slumbered her,
While these visions did appear.
And this weak and idle theme,...”

La voz de hombre cabal parecía sugerir una reaparición de los fantasmas de Macbeth pidiendo disculpas por recordar el olor y el sabor del crimen. Pero el ojo errabundo de pajarraco y las manos flotantes de zafio subrayaban la burla del diablillo que sigue sin arrepentimientos de ninguna especie el artificio de la costumbre al requerir el perdón de sus espectadores. El contraste era maestro. Todos rieron y aplaudieron y él aprovechó las risas para desaparecer.

“Un tipo sorprendente” dijo Guy.

“¡Bah! Los ‘pub’ de Londres están llenos de genios histriónicos como éste” comentó Platon-Cadbury. “Todos dominan a maravilla el arte de burlarse de sí mismos; pero nadie podría martillarles en la cabeza la industria de ser otros por un par de horas ... y en serio”.

“Creo que me va a gustar Londres” murmuró Guy levantando su vaso.

“Pero tiene que darle tiempo. Londres requiere paciencia, como las mujeres” siguió el anfitrión mientras se levantaba para cambiar los vasos de Amescua y de Pierre. Guy aprovechó el momento para preguntarles:

“¿Qué novedades? ¿Es Freetown por fin?”

“Parece que sí. ¡Qué imbéciles!” dijo Pierre.

El contralmirante, desde su rincón, se encogió de hombros.

“Estas cosas se deciden siempre desde un gabinete, no frente a los torpedos y las ametralladoras. El arte naval, como el militar, se compone de una increíble serie de errores que el enemigo llama geniales victorias” dijo. “Pero no estamos aquí para hablar de eso. Los he citado para pasar un buen rato. Es costumbre mía que, tarde o temprano, mis invitados hagan siempre un número de varieté. Vamos a ver, Mildred, Ud. ¿qué instrumento toca?”

“¿Qué instrumento hay aquí?”

“Pues ... tenemos varios hombres, y hay también un ouija board”.

“¿Ouija board?” preguntó Guy enarcando las cejas.

“Sí, una especie de cítara con la que uno interroga al destino. En vez de cuerdas hay letras. Yo diría, Mildred, que Ud. ...”

“¿... que tengo comercio con los espíritus? ¿Me ve cara de eso?” preguntó ella riendo.

“Mucha. Manos a la obra”.

“Pues se equivoca. Pero puede que nos divirtamos un rato. En cuanto a Uds. los hombres, casi todos parecen tener alguna cuerda floja; como instrumentos, no habrá uno que no desafine” le contestó sonriendo la espléndida matrona. Espléndida, compuesta, llena de dominio de sí misma; una mujer que, con toda seguridad, no había tenido un problema en su vida. “¡Claro! ¡Como los ingleses no sienten!” habría dicho con su sonrisa más sabihonda Adolfo Cortés.

Retirando las dos bandejas que cubrían la mesa redonda, Platon-Cadbury las dejó sobre una cómoda. De un cajón de ésta extrajo un cartón doblado en dos y forrado con una imitación de cuero, un vasito, un “block” de apuntes y un lápiz. El cartón tenía impresas las letras del alfabeto siguiendo el orden de las horas en la esfera del reloj, con un “yes” y un “no” intercalados a la altura de las doce y de las seis.

El viajero hizo un esfuerzo por recordar dónde había visto aquello, dónde había oído hablar de aquel juego a simple vista tan infantil como el tablero instalado tres veces por semana en el “lounge” por donde, a golpes de cubilete que les costaban seis peniques por carrera a los voluntarios más libertinos, avanzaban unos colgantes caballos de plomo; y después de unos segundos le vino a la memoria aquel sanatorio para tuberculosos de Thomas Mann en “La montaña mágica” donde Hans – ¿era Hans el héroe? – tiene sus primeros contactos con el más allá. “Un fantasma. Al final aparecía un fantasma del primo muerto” pensó Guy de repente, y levantó los ojos hacia Mildred con asombro.

“No me mire con esa alarma: no soy ninguna bruja” le dijo ella. “El vasito habla, pero todos tenemos que ayudarlo a hablar”.

“¿Ayudarlo cómo?”

“Ya verá”.

“Perdóneme, pero yo no creo en esas paparruchas” afirmó Amescua con cierta altanería.

“Perfecto. Así apuntará lo que el vaso diga. Cuanto más desconfiado sea el apunte, mejor” contestó ella, sin dejarse amedrentar por el escepticismo romántico de aquel liberal de 1910. “¿Quién más, antes de ver lo que va a pasar, está dispuesto a calificarlo de paparrucha?” preguntó luego sin dirigirse directamente a Pierre o a Guy. Silencio. “Bien. Si todos vamos a ello de buena fe, creo que algo pasará. Lo importante es que el vasito no sienta ninguna influencia negativa”.

Amescua, “block” de apuntes y lápiz en mano, soltó una risa nerviosa. Acodados en torno a la mesa, el anfitrión se instaló en su litera luego de haber apagado la luz central del

camarote y dejar solamente la que descendía sobre el lavabo. Por último, colocó boca abajo el pequeño recipiente en el centro del “ouija board”.

“La cosa es muy sencilla” dijo Platon-Cadbury. “Nosotros cuatro vamos a apoyar la yema del dedo en el pie del vaso. Pero apenas, apenas. Empujarlo es físicamente imposible. Cuando se lanza a escribir sus mensajes a toda carrera, ya verán que muchas veces el dedo de uno se le queda en el aire. Vuelvan a apoyarlo entonces en la base, en el borde de la base, pero muy ligeramente”.

“Si se mueve a toda velocidad” intervino Amescua aferrado a su racionalismo con la misma furia que un árabe a su religión, “es porque alguien lo empuja”.

El contralmirante, sonriendo, sacudió la cabeza.

“Qué hombre” dijo. “Calle, observe y apunte”. Y dirigiéndose a Mildred:

“¿Le hacemos alguna pregunta?”

“La de costumbre”.

“Bien”.

Hubo un silencio en que los cuatro actores del juego – en algún caso con cierto temblor – apoyaron el índice en la superficie lisa y recta que les ofrecía el vasito dado vuelta. Luego Amescua, repitiendo su risa nerviosa, preguntó:

“Bueno ¿y ahora qué?”

“Hay que esperar. Cuando esté pronto para actuar, ya se moverá solo”.

“Solo, sí; solo ¡con cuatro dedos encima!” dijo Amescua con infantil obstinación.

“Calle, hombre calle” le repitió Platon-Cadbury. Pasaron unos segundos más. El vasito, finalmente, empezó a girar con discreción en torno al punto central de la mesa en que el anfitrión lo había puesto.

“¿Tiene algún mensaje para alguien?”

Sorprendiendo con la violencia de su arrancón a los cuatro dedos en él apoyados, el frágil instrumento se dirigió sin vacilar hacia el “sí”.

“¿Para quién?” dijo Mildred.

El vaso fue de una manera vacilante hacia la “m”; luego, más decidido, hacia la “a”. La “ch” la formó con una rapidez que hizo que el dedo de Pierre lo perdiera. Al ir hacia la “i”, Amescua, adelantándose involuntariamente a los acontecimientos, formó una “o” con sus labios y luego los apretó hacia adentro; denuncia inútil de su inquietud porque nadie levantó la cabeza para mirarlo.

“Machito” dijo Pierre al completarse el nombre. Los hombres rieron.

“No me atrevo a preguntar si hay aquí algún machito; buena me pondrían” dijo Mildred con la sonrisa fácil y la mirada dura.

“Vamos a ver qué mensaje es ese” se atrevió a decir Amescua después de una corta lucha interior, bien justificada por la risa un poco brutal de los otros tres hombres.